CARAS Y CARETAS



POR LAS DUDAS

Elpidio. — Amigo presidente, ¿entrenándose usted?

Alvear. — Sí, amigo vicepresidente; me está haciendo muchísima falta.



LA SOMBRA DE JESUS ENTRE LOS MUERTOS





Ha caído la noche. Sobre la ondulada planicie del llano las sombras van ocultando misteriosas los horrores de la tragedia...

La muerte ulula entre las sangrientas presas de su fúnebre botín, y aquí y allá se detiene sonriente contemplando los charcos de sangre negruzca y pastosa que se forman al pie de los montones de cadáveres, como una infernal destilación que va regando en la tierra la semilla del dolor...

Los gestos de espanto y agonía que conservan las caras de los muertos reflejan aún los horrores de la lucha, del sangriento combate en el que se despedazaron sus carnes con las guijas de las piedras rotas al choque brutal de las granadas explosivas; de las heridas hondas y alargadas, como bocas de clownes, fluyen aún rojas gotas titilantes, que se deslizan por entre los cuerpos hacinados como una repugnante sierpe que fuera trazando el surco de su huella sobre las carnes lívidas de los muertos. Trozos de herrajes y armas mutiladas y retorcidas en inverosímiles curvaturas; zanjas y cortaduras profundas, que parecen cicatrices monstruosas de la tierra, rebosan llenas de escombros, de ramajes carbonizados y de viguetas astilladas que se hunden entre los cadáveres de las acémilas y caballos, cuyos vientres abultados brillan como odres grasientos y estallantes. Escombros y paredones ruinosos que aun conservan erguidos sus sillares de piedra, en raros equilibrios, muestran los restos que quedan de los que fueron bellos y poéticos molinos que elevaban al cielo la cruz de sus aspas; y aquellas otras lindas y alegres alquerías, rodeadas de huertos y jardines, cuajados de árboles y flores, donde antes la aves tejieron la cromática sinfonía de sus trinos entre la verde urdimbre de las hojas.

La lúgubre segadora ha talado la vida hasta el último rincón de este trozo de la tierra, y la noche tenebrosa, compañera de la muerte, oculta con su sombra los horrores del crimen.

En el silencio infinito del campo iníciase levemente un dulce rumor, cual una suave armonía lejana, cuyas notas perdidas llegan fatigosas cabalgando con el viento. Allá lejos, sobre el horizonte, recórtase de pronto la extraña silueta de una blanca visión, transparente e inconsútil, como un espíritu celestial.

Avanza lentamente, sin posar apenas su planta sobre el haz del suelo, y sus brazos tendidos al largo de la túnica sostienen los pliegues de su alba clámide. Un nimbo luminoso circunda su cuerpo transparente, con una rara luz que emana de sí mismo. Sobre la inclinada faz, orlada de bucles y sedosa barba, se ciñe a la altura de la frente la simbólica corona de espinas, que es la diadema del dolor.

Sus dulces ojos, tristes y dolidos, contemplan el desolado campo de batalla, que yace en el reposo trágico de la muerte. Va deteniendo su lento paso ante los cuerpos derrumbados que yacen acá y acullá como retorcidas briznas de un incendio. En su cara refléjase una infinita piedad, un divino perdón hacia la maldad de los hombres que se matan y destrozan en sus luchas fratricidas. Párase la Sombra ante un soldado muerto, en cuyo pecho, cerca del corazón, se muestra una enorme herida; sus manos conservan, agarrotadas, el fusil, que ni aun la muerte ha podido arrancarle. La Sombra tiende sus brazos sobre él, y por divino milagro su cuerpo se anima y le vuelve la vida que huyó por el rojo boquete de su pecho. La Sombra le pregunta:

—¿Qué pecado o qué maldad te llevó a la muerte, siendo tu cuerpo joven y vigoroso?

—Era extranjero en este país cuando me alcanzó la guerra. Veía pasar soldados que marchaban al combate; valientes que se alistaban para luchar en los campos de batalla. La voz de mi raza habló en mí; todos mis antepasados fueron guerreros y conquistadores, y algunos murieron en estos mismos campos con las frentes orladas por la corona del valor y del triunfo. ¡Brujas!... ¡Amberes!... ¡Gante!... Mi raza ha vertido su sangre sobre todo el haz de la tierra. Soy español.

La Sombra, tras una leve pausa, responde al soldado:

—Tu pecado es el orgullo, y él te ha traído a la muerte. Sea, pues, ésta sólo tu castigo, y descansa.

El alma del herido huye de nuevo del desgarrado pecho, y se aleja entre las sombras de la noche hacia la paz del perdón.

La Sombra continúa andando y llega junto a otro soldado. Le vuelve el alma también y le pregunta:

—Y a ti, ¿qué culpa te trajo a la muerte?

El soldado responde:

—Ya veréis por mi ropaje que mi patria no es ésta. De la mía vine aquí, porque así lo pedía la paz del Estado. Los míos siempre luchan fuera de su patria. Aquí también, ya hace más de un

siglo, vencieron y murieron algunos en Waterloo. Entonces luchábamos contra ellos; hoy con ellos: es igual. Nuestra patria nos paga por eso; nos compra la vida para luchar, y nosotros, libremente, lo aceptamos. ¿Qué más tiene, pues, morir aquí o allá, contra éstos o con éstos? Todos los hombres del mundo son enemigos de mi patria si no son hijos de ella. Nos llaman guerreros mercenarios; mas ¿qué saben? Ellos regalan estúpidamente sus vidas, nosotros las vendemos. Ellos van a la lucha irreflexivos, impetuosos, odiando sin saber por qué; nosotros, cuando llega la muerte nos halla siempre parados y de frente: cumplimos nuestro deber.

La Sombra murmura quedamente:

— En tu raza siempre floreció la codicia; tu culpa es en ti más leve, porque es la de todos los tuyos. Descansa.

Siguió caminando la sombra y se detuvo ante otro soldado:

— Despierta — dícele. — ¿Cómo has hallado la muerte tan lejos de tu patria?

El soldado contesta con hablar indolente:

— En los libros sagrados de Manú, mi raza se menciona con letras de oro; los brahmas y los príncipes son sólo nuestros jefes. De niños aprendemos a luchar con las fieras del bosque; de jóvenes con los hombres, y de viejos contra el dolor; nuestros cuerpos sufren las heridas sin lamentos, y luchamos como los tigres de las selvas, que fueron nuestros maestros. Llegamos a la muerte sin quejarnos, porque la vida es todo dolor, y sólo en la gran noche existe el reposo. Nuestro premio es ese: la paz de las sombras.

La Sombra se aleja, diciéndole:

— La indolencia es grave pecado, mas también a ti ha de llegar mi perdón. Descansa, pues.

Siguió la divina Sombra caminando entre las ruinas de las granjas, de los vallados campestres, tronchados como a impulsos de una tromba de huracán. El negro velo de la noche, que cubría los horrores de la devastación, del incendio y de las furias homicidas, iba rasgándose con el halo luminoso que emanaba el fantasma en una extraña irradiación divina. Su paso se alumbraba entre las sombras, dejando tras de sí una brillante estela de luz que caía en el suelo y sobre las lívidas caras de los muertos como una lluvia de fosforescencias que se cuajaban en brillantes gotas de un rocío de plata.

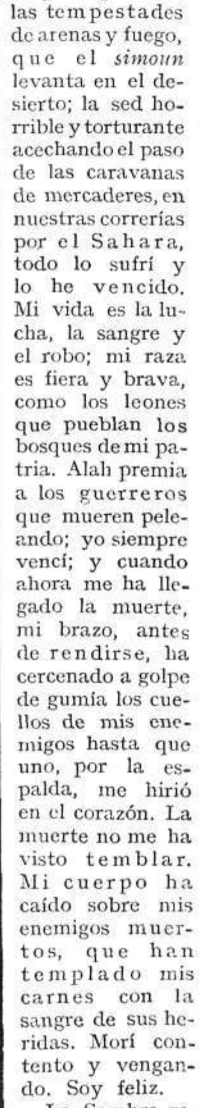


Su planta rozó otro cuerpo caído en trágica postura. En la faz contraída del muerto pintábase el trazo sangriento de una espantable cortadura. Cerca del cuello los bordes de la herida se abrían con deformes pingajos de carne mutilada.

La Sombra posó sobre la horrible llaga el milagro de su mano transparente, y la herida se cerró como ungida por un bálsamo de divina virtud. La voz de la Sombra invocó de nuevo el supremo poder y le volvió el alma; y la dulce armonía de sus palabras rimaron en el eco de la encalmada noche la implorante interrogación:

— ¿Cuál fué tu culpa, hombre pecador?

— De mi lejana patria vine aquí — empezó a decir el soldado — requerido por la fuerza y obligado por la amistad, que es proverbial en mi raza. Soy guerrero, y todos mis ascendientes lo fueron también. Mi piel se curtió en las arenas del desierto, y mi espíritu se templó en las luchas con hombres y chacales, que en mi patria pelean igual. Mis fiestas religiosas, crueles y sangrientas;



las tempestades de arenas y fuego, que el *simoun* levanta en el desierto; la sed horrible y torturante acechando el paso de las caravanas de mercaderes, en nuestras correrías por el Sahara, todo lo sufrí y lo he vencido. Mi vida es la lucha, la sangre y el robo; mi raza es fiera y brava, como los leones que pueblan los bosques de mi patria. Alah premia a los guerreros que mueren peleando; yo siempre vencí; y cuando ahora me ha llegado la muerte, mi brazo, antes de rendirse, ha cercenado a golpe de gumía los cuellos de mis enemigos hasta que uno, por la espalda, me hirió en el corazón. La muerte no me ha visto temblar. Mi cuerpo ha caído sobre mis enemigos muertos, que han templado mis carnes con la sangre de sus heridas. Morí contento y vengando. Soy feliz.



La Sombra re-

puso llena su voz de templanza y humildad:

— Grave culpa es la tuya. Ese valor y esa fuerza que te enorgullecen sólo sirven en ti para el mal; el pecado de la ira ha cegado tu alma con la aridez del crimen. Acoge la templanza y alcanzarás el perdón.

Se alejó la Sombra y volvió a caminar de nuevo entre los muertos.

Cerca de unos árboles, desgajados por la metralla, había una pequeña casa de labor cuyos paredones blancos semejaban la albura de una magnolia entre las hojas. La avalancha de la muerte y del fuego sólo habían destruído un ángulo de la casa. La techumbre y los lienzos de pared librados de la catástrofe parecían aún reflejar la riente alegría de las tardes de sol, cuando el rojo astro tendía sobre la plácida belleza del paisaje el encanto de su cabellera de oro.

En la trágica noche la pequeña casita, abandonada y derruída, tenía la emoción intensa y dolorosa de un sueño infantil destruído por la realidad. La Sombra penetró en la casa abandonada. Algunas estancias conservaban aún la paz que gozaran sus dueños, y los rústicos muebles que las alhajaban retenían las escencias de los frutos que guardaban los arcones, y que impregnaban el ambiente de perfumes sanos.

Llegó la Sombra junto al hogar. Cerca del campanón de la chimenea la muerte había dejado una presa. Un cuerpo derrumbado junto al escabel del hogar recordaba en el ambiente encalmado de la casa la tragedia de fuera.

La Sombra se acercó junto a él y le preguntó, como a los otros, qué pecado le había conducido a la muerte.

El guerrero respondió:

— Casi todos los que luchamos en este país somos extranjeros. Yo vine de mi lejana patria, que es la más fría y la más grande de la tierra, traído por la fuerza. A mí y a los míos nos sacaron a latigazos de nuestras humildes aldeas, allá muy lejos, al norte, lindando con la estepa, la estéril llanura sin fin que parece un desierto de hielo. He venido a la guerra porque a la fuerza me han traído, y luché por defenderme de la muerte. Mas ésta, que no pudo alcanzarme en el campo de batalla, me acechó aquí, donde yo no recelaba. Ni el odio ni la ira se han anidado en mi pecho, y no he buscado enemigos en quien vengar mi desgracia. En esta casa, que yo creí rincón de paz, vi un gesto bárbaro de la muerte, y yo mismo la hallé sin esperarla En esta mesa, donde todavía se ven restos de comida me apresó la muerte. Esos malditos alimentos que mi gula reunió como manjares de festín guardaban un veneno que me abrasó las entrañas... Y cuando mi horrible agonía torturaba mi cuerpo con espantosas convulsiones, como un nuevo tormento, hube de presenciar una escena repugnante. Ved allí, junto a aquellos muebles rotos, dos cuerpos aun revueltos en un abrazo de lucha y de odio. Uno de ellos es el de una muchacha casi niña, una zagalica que estaría al servicio de los amos de esta granja. Ella fué mi envenenadora, y allí, oculta tras aquel arcón, se gozó en mi agonía luego de poner ante mí, con disfrazada humildad, esos emponzoñados alimentos que yo, a la fuerza, la hice servirme. Pero su crimen halló castigo. Aquel soldado entró en la estancia y sorprendió la codiciosa presa. La belleza de la zagala y su mocedad despertó en ese hombre sus instintos bestiales... Esa niña era ya mujer por su maldad. La lucha fué breve; el soldado venció, pero la muerte truncó su triunfo. La mano de esa mujer, que fué hábil para manejar veneno, fué fuerte para esgrimir el puñal por venganza de su honra, y en el abrazo infernal de odio y brutales pasiones que ligaba sus cuerpos, hirió por la espalda al hombre, y éste trituró su cuello con la tenaza de sus dedos, crispados en la última contracción de su bárbara agonía...

Calló el soldado, y la Sombra, luego de una pausa leve, habló lentamente. Su mano, extendida, cubrió con su clámide el grupo trágico de la mujer y el hombre cuyos pecados castigó la muerte al empezar la cópula infernal, manchando la alba capa con el rojo estigma de su sangre. La Sombra dijo:

— El castigo de tu culpa lo has redimido con tu muerte. Sea en ti mi paz, y séalo también para los indignos de redención, que no purgaron en el arrepentimiento el perdón de sus pecados. Los hombres en la tierra han olvidado al Mártir del Gólgota; mas mi bondad es mayor que sus culpas. Sea, pues, esta noche la paz entre los muertos.

La Sombra se alejó de la casa maldita, que de nuevo ocultóse en el negro velo de la noche, y entre las obscuras nieblas que cubrían el campo su fantasmal y divina silueta siguió caminando...

* * *

La tibia claridad que precede al sol iníciase por el horizonte, recortando las siluetas de las arboladas lomas, sobre el fondo de seda del azur; la luz indecisa de la mañana que nace va acusando, levemente, los vagorosos contornos del lúgubre valle donde la muerte ha hecho su jardín; y la ingrávida Sombra, que en la noche ha deambulado entre los muertos, al prodigio de la luz que empieza va concentrando su figura imprecisa en una imagen carnal. En el centro de la ancha planicie, que el mal ha poblado con sus gestos infinitos de dolor, la divina figura de Cristo se aparece en actitud de oración, cual aquella otra noche, precursora del suplicio, en el Monte de las Olivas. Su plegaria implora también esta vez al Altísimo el perdón de los pecados de los hombres, y en su dulce rostro, sereno y bello, las ardientes caricias de las lágrimas surcan sus mejillas blancas y se deslizan lentamente por las húmedas huellas que han trazado en su faz.

El llanto del Divino Mártir es la semilla del perdón que florece en la tierra, y cuando la luz del sol inunda el valle y rasga las sombras, se lucen, sobre el pequeño altozano donde oró Jesús, dos blancos lirios, cuya albura no han podido manchar la sangre y el fango de la tierra.

FERNANDO MOTA

DIBUJOS DE MACAYA



El escarabajo dorado

El tren se acercaba a la estación Victoria, y Kressler, sentado en un rincón del coche fumador, terminaba una conversación sobre orquídeas.

La persona con quien sostenía la conversación era un hombre regordete que parecía estar aburrido y cansado, y regresaba a Londres después de quince años de ausencia en la India.

— Claro — dijo Kressler, — todas esas variaciones tomando las formas de insectos y escarabajos se deben simplemente a la modificación de las especies de la capa floral. Si tuviera un lápiz y un pedazo de papel podría explicárselo mejor.

— No importa — dijo su compañero apresuradamente. — Comprendo lo que quiere decir. Bueno, aquí estamos por fin. — Dejó caer la ventanilla y cuando el tren se detenía hizo señas a un changador.

Kressler hizo lo mismo.

— Esto no — dijo Kressler. — Lo llevaré yo mismo. — Se refería a un paquete que lucía las iniciales «J. K.» y que por los sellos y rótulos demostraba proceder del Este.

Cuando su equipaje estuvo arreglado en dos taxis, se metió en el primero, colocó el paquete «J. K.» en el asiento de enfrente y dió su dirección al chauffeur.

Kressler era un hombre de cuarenta y siete años, delgado, de aspecto nervioso, con un espeso bigote y los ojos de soñador. Tenía una doble chifladura: las Orquídeas y la Coleópteromanía.

Su colección de escarabajos era única. La gente se reía de él porque dedicaba una parte de su gran fortuna a la colección y cultivo de rarezas; si se hubiera dedicado a las carreras y a trasnochar lo hubieran reconocido como un hombre sano, ¡pero que un hombre dedique su vida a los escarabajos y orquídeas! Y puede ser que tuvieran razón, pues estaba casado con una encantadora mujer y la abandonaba una y otra vez durante meses y meses, mientras corría como loco en persecución de ejemplares que aumentasen sus colecciones. Acababa de regresar de las islas Salomón, por vía de la India, después de una ausencia de nueve meses.



—TODA LA BASURA VA AL CAJÓN, SEÑOR.
—¿TODA LA BASURA?... ¡PERO ESO NO ERA BASURA! ¿NO COMPRENDES?...

Los autos se detuvieron frente al número 29 de la calle Pont. Kressler se acercó a la puerta, llamó, y fué recibido por Burden. Burden, de la vieja estirpe de mayordomos con patillas, contagiado tal vez por el medio, su forma se asemejaba al bulbo, y su color era aun más vario que las partes interiores de la *Maxillaria Cypripedium.*

— ¿Recibieron mi telegrama? — preguntó Kressler.

— Sí, señor, — respondió Burden tomando el sombrero de su patrón y disponiéndose a quitarle también el paquete de la mano.

— Está bien, déjalo — dijo Kressler. — ¿Dónde está la señora?

— La señora dijo que estaría de vuelta antes de que usted llegara. Fué a una recepción.

Kressler sacó el reloj; eran las cinco y diez.

— Bueno — dijo; — cuando venga puedes decirle que me encontrará en la biblioteca. Cuídate de mi equipaje y haz que esas cajas de ejemplares sean colocadas en un lugar seco.

Entró en la biblioteca y, colocando el paquete en la mesa del centro, sacó un cortaplumas y empezó a cortar cuidadosamente las costuras de la envoltura de lona. Hecho esto levantó la tapa, y apareció un lecho de musgo seco cuidadosamente asegurado con finas tiras de bambú. Algo del sol misterioso de los trópicos parecía

emanar de aquel envoltorio que Kressler empezó a deshacer con su cortaplumas, separando las tiras de bambú hasta que quedó al descubierto el interior: un enorme escarabajo de color bronceado, los bordes de las alas brillantes como el oro, brillante como si estuviera vivo, debido al poder preservativo del musgo.

Había muchos escarabajos en las cajas que trajera, pero ninguno de ellos era un ejemplar tan hermoso y extraordinario como el que tenía a la vista. Era un ejemplar único en el mundo.

Volvió a colocarlo cuidadosamente entre el musgo y lo puso sobre otra mesa, al lado de la ventana.

II

A la mañana siguiente Kressler salió temprano en busca del profesor Skeines, con quien regresó ya cerca de la hora del almuerzo.

La señora de Kressler había salido de compras, por lo que estuvieron en la mesa los dos solos, con una botella de viejo Madeira.

La conversación de Skeines fué tan interesante como el contenido de un catálogo de bulbos para un principiante, pero a Kressler le agradaba.

Escuchaba con marcado interés mientras Skeines se burlaba de la monografía del profesor Pullman sobre la *Hexandria*. Aprovechando una pausa de su charla, Kressler intervino, arrebatándole el tema que al instante encaminó sobre los coleópteros.

— Y ahora le mostraré algo que vale la pena ver — dijo Kressler levantándose. Salió del comedor y entró en la biblioteca dejando la puerta entornada. El viejo Skeines, mientras se servía otro vaso del Madeira, lo oyó hablar a gritos, y una voz femenina que contestaba:

— La señora me dijo que lo tirara, señor.

Skeines escuchó atentamente. Siguió un largo silencio; después se volvió a oir la voz de Kressler:

— ¿Te dijo que lo tiraras?

— Sí, señor.

— ¿Te dijo... que lo... tiraras?... ¿Adónde?... ¿Cómo?... ¿Cuándo?... ¿Adónde?... adónde lo tiraste?

— ¡Toda la basura va al cajón, señor!

— ¿Toda la basura?... ¡Pero eso no era basura! ¿No comprendes?... ¡El único escarabajo dorado en el mundo!... ¡Santo Dios!... ¿Adónde está el cajón?

— En el patio, señor; pero a esta hora ya estará vacío.

— ¿Vacío, adónde?

— En el carro de la basura, señor.

— ¿Qué carro de basura?

— El que viene todos los días, señor.

— ¿De dónde viene?

— No sé, señor.

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Dónde está Burden?

— La señora lo mandó a lo de Harrods en busca de una pantalla.

— ¡Pantalla!... ¡Santo Dios! ¿Sabe algo la cocinera? Corre y pregúntale, pronto; dile lo que ha sucedido, pronto.

El viejo Skeines, sumamente interesado, y en parte entretenido como si estuviera escuchando un drama, se sirvió otro vaso de Madeira.

Skeines era un solterón, y la estimación que sentía por su estado aumentó en intensidad al escuchar la tragedia doméstica que se desarrollaba a su alrededor.

Pensó en la *Lilium Skeinessensi*, la cual una esposa podía haber hervido confundiéndola con una cebolla.

La voz de la sirvienta volvió a dejarse oir:

— Señor, la cocinera dice que el basurero vino a las once como de costumbre, y no sabe de dónde viene.

— ¿Dónde está mi sombrero?

— Aquí está, señor.

Skeines oyó abrir la puerta de la calle, un taxi que al pasar era llamado y la voz de Kressler gritando: — A los hornos de cremación.

No se disgustó por haber sido olvidado en aquella forma por su amigo; lo conocía demasiado bien. Terminó la botella de Madeira, fumó un cigarrillo y después se retiró feliz y contento de su estado civil que le libraba de tales desastres.

III

Kressler no regresó hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, después de estar seguro de la inutilidad de su esfuerzo, reconociéndose vencido, agotado. Había cenado en el club, recordándose, mientras comía, de la gente que había entrevistado y las cosas que había visto, desde los carros de la basura hasta los fogoneros, y todas sus averiguaciones habían resultado inútiles. Volvió a casa a la una de la mañana. Oyó la tranquila respiración de su esposa, entró en su habitación y, por la mañana después del desayuno, salió en busca de Skeines.

No quería encontrarse con su mujer; se tenía miedo. No quería pensar en ella. Si hubiera destruído el escarabajo en un arrebato de mal humor, podía ser que la hubiera perdonado más fácilmente que olvidar aquel insensible, estúpido desastre originado por las rutinas del doméstico orden.

El almuerzo con Skeines y un paseo por el Parque tuvo un efecto refrescante, y a la hora de su regreso a casa, a las cuatro, no sólo podía pensar con calma en su esposa sino que estaba deseoso de verla. Verla y hacerle comprender exactamente lo que había hecho, explicándoselo en un lenguaje que una criatura pudiera entender.

— La señora está en la sala, señor — le dijo Burden.

Al entrar Kressler la encontró preparándose para servir el te. Placentera y evidentemente sin la menor idea del daño que había causado.

— John — dijo ella al verle entrar. — ¡Lo siento tanto!... Mary me dijo que esas yerbas que dejaste en la biblioteca no debían haberse tirado. Le dije...

— Ya sé — dijo él, — era un escarabajo, no hay necesidad de apurarse... Dos terrones.

Tomó su taza y se sentó, y ella, lo más tranquila, siguió la conversación en otro rumbo. Nada sabía de los incidentes del día anterior; la sirvienta le había dicho que el señor *parecía* disgustado. Pero cuando terminaron de tomar el te, él volvió a su tema.

— Quiero hablarte, Elsa, sobre ese asunto; siéntate aquí en el sofá, al lado mío, y te contaré la historia para que veas lo que ello significaba para mí.

— Sí querido — dijo ella, alcanzando una tricota que estaba tejiendo y sentándose al lado de él en el ancho y confortable sofá.

IV

— Recordarás, o tal vez no lo recuerdes, que antes de salir contraté a un coleccionista que debía encontrarme en Rangoon.

— Sí, recuerdo algo de eso — dijo ella, — porque te disgustaste cuando te pregunté que era lo que iba a coleccionar allí.

— Si me disgusté — contestó Kressler — fué simplemente por el hecho de que una expedición que iba en busca de nuevas especies de ciertas plantas agrupadas bajo el nombre de Orquídeas y ciertas nuevas formas de vida sin llevar un colec-

cionista para ayudar, hubiera sido odioso. Bueno, encontré ese hombre en Rangoon, Simmonds era su nombre. ¿Quieres hacerme el favor de dejar esas agujas, querida? Sus movimientos me interrumpen... Después de una hora de conversación con él descubrí que no era un simple coleccionista, sino un hombre que tenía una pasión por su oficio y que había recorrido los lugares más salvajes del mundo siempre en estudios científicos.

Yo tenía ya una goleta de sesenta toneladas, la *Madrás*, perteneciente a un dinamarqués residente en Rangoon; firmé el contrato por un año. Una semana después teníamos la tripulación y provisiones necesarias, y enderezamos nuestro rumbo a Borneo.

Cuando llegamos a Sarawak nos internamos hasta Igan, que está situada en una curva del río Rejang. Entre ésta y Muke quedaba nuestro campo de operaciones, y allí, conducido por Simmonds, me hice de una rica cosecha, la mitad del contenido de esas cajas que he traído. En aquella pequeña zona despreciada por los coleccionistas encontramos todo eso gracias a sus conocimientos y osadía.

— Es algo así como andar de compras — interpuso ella. — Algunas veces en una tienducha una encuentra cosas más buenas y baratas que en las grandes tiendas.

— Así es — repuso Kressler, sorprendido por la inesperada salida de su esposa. — Después de acabar con aquella zona volvimos a embarcarnos para dirigirnos a la isla Sandal, del grupo de la Sonda. Es una isla muy pequeña, pero bastante rica en flora y fauna y olvidada por los coleccionistas. Después de cosechar una buena carga continuamos hacia Mallicollo, en las Nuevas Hébridas, parando allí sólo para tomar agua y seguir hacia una pequeña isla al sur que Simmonds me había indicado. Pasamos allí dos semanas, y al tiempo de partir para Suva Simmonds me hizo una proposición.

Parece que algo así como un año antes un tal Van Harne le había informado de las ignotas riquezas de Malaita en las islas Salomón. Van Harne era también coleccionista, y había indicado cierta bahía al oeste de Malaita, donde la floresta era extraordinariamente rica. La única dificultad que había eran los nativos. Los nativos de Malaita son la gente más peligrosa del este. La civilización jamás los ha tocado. Son caníbales, pero matan más por comer que por la extraña pasión arraigada en ellos desde tiempos inmemoriales, la pasión de coleccionar cabezas humanas.

Bien; Simmonds me propuso ir a Malaita y, desafiando el riesgo, explorar los bosques de que habló Van Harne. Era tal su devoción hacia mí que, aunque sólo era pagado como un agente y podía haber elegido sitios seguros, dejó todas las consideraciones personales a un lado. ¿Comprenderás el hecho, no?

— Sí, sigue — dijo ella arrimándose más a él como para protegerse contra aquellos cortadores de cabezas. — Comprendo, quisieron cortarle la cabeza, ¿no? Me dijiste que era tan grande...



— SÍ, SIGUE — DIJO ELLA ARRIMÁNDOSE MÁS A ÉL COMO PARA PROTEGERSE CONTRA AQUELLOS CORTADORES DE CABEZAS.

— No pensaba en ello. Estaba dispuesto a perder su vida por mi causa y por causa de los objetos de nuestra investigación. ¿Lo comprendes claramente?

— Sí, claro.

V

— Bien; acepté su proposición, después de madura reflexión, y al día siguiente navegábamos hacia Malaita, arribando a la bahía indicada por Van Harne. Desgraciadamente aquel día fuí atacado por una fiebre que me impidió desembarcar, a pesar de las fuertes dosis de quinina que tomé. Simmonds se mostró nuevamente en su verdadero aspecto. Determinó desembarcar solo, llevándose dos indios kanakas que habíamos contratado en Mallicollo. Le indiqué los riesgos a que se exponía una partida tan pequeña, pero él estaba determinado y yo me encontraba tan débil que no podía discutir con él. Así que se fué, llevándose provisiones para tres o cuatro días, una pistola automática y las latas de ejemplares que siempre colgaban del hombro.

En la mañana del día siguiente uno de los kanakas regresó trayéndome una nota de Simmonds en la cual me decía que había descubierto lo que llamó la maravilla del mundo: el escarabajo dorado, un escarabajo absolutamente desconocido

para la ciencia. Me hizo una pequeña descripción, y terminó diciéndome que continuaría internándose en la selva para regresar al día siguiente. Puedes imaginarte mi excitación; la fiebre desapareció al momento, el apetito volvió y dormí profundamente aquella noche; soñé tal vez el más espléndido de los sueños. Caminaba con mi amigo por un bosquecillo donde la flora era de una belleza casi imposible. El próximo día no podía retirar mi vista de la costa esperando verle volver, pero pasó la tarde y llegó la noche sin dar señales de vida. El día siguiente fué lo mismo, y al caer la noche llegó un grito hasta nosotros desde la orilla, pero no era de Simmonds.

Era de Ramua, el segundo kanaka, que regresaba sin su patrón. Cuando lo tuvimos a bordo estaba demasiado extenuado para hablar, pero al rato, después de darle un poco de alimento y coñac, se repuso lo bastante para contarme la historia.

Dijo que poco después de separarse de nosotros llegaron a la floresta donde «el patrón de la cabeza grande», que era como le llamaban en el idioma nativo, había demostrado gran alegría por un bicho que encontró y metió en la lata. Después de mandarme el kanaka con la nota, él y Ramua siguieron internándose.

Claro; me imaginé que Simmonds, como generalmente sucede después de un buen hallazgo, espoloneado por el suceso se internó más y más en la selva. Siguieron hacia el norte para no encontrarse con las montañas, y al caer la noche, cuando dormían, fueron asaltados por los nativos, amarrados y llevados cautivos a sus chozas que estaban situadas en un claro cerca de la costa.

Ramua consiguió deshacerse de las ligaduras y escapar. No podía decirme lo que los nativos habían hecho con Simmonds: si estaba aún vivo o si lo habían matado. Había llegado hasta nosotros por el instinto animal tan común en el hombre primitivo, y al ser interrogado manifestó que podría encontrar las chozas si yo me animaba a encabezar la expedición llevándolo como guía.

Por supuesto, en el acto me puse en acción. Eramos siete entre todos, incluso el capitán y los dos kanakas. Teníamos a bordo cuatro rifles de repetición y cuatro revólvers, con suficiente munición. Después de darle a Ramua seis horas para descansar, partimos al despuntar el día, llevando provisiones para cuatro días.

Desembarcamos sin dificultad, y, dejando un hombre en el bote para que se volviera y cuidara de la goleta, nos internamos guiados por Ramua.

A medida que la claridad del día aumentaba pude notar que aquello era el paraíso del coleccionista, pero preocupado por la suerte de Simmonds cerraba los ojos a todas las tentaciones que se ofrecían a mi alrededor. Mi única idea era avanzar.

Al atardecer hicimos alto para descansar y comer, y dos horas después continuamos la marcha, con Ramua guiándonos con el infalible instinto de un perro, hasta que haciendo alto nos esperó, y bajando la voz anunció que estábamos sólo a un tiro de distancia de las chozas.

El sol se ponía en aquel momento y la obscuridad empezaba a reinar bajo los árboles. Dijo que lo mejor sería esperar unas horas, hasta que se levantara la luna, y entonces, mientras los salvajes dormían, podríamos acercarnos, libertar a Simmonds si aún estaba con vida, tal vez sin levantar alarma, o, si fuera necesario, atacarlos a la luz de la luna con más probabilidades que en aquella obscuridad que empezaba a rodearnos. Nos dijo que si intentaban matar a Simmonds ya lo hubieran hecho para entonces, por lo que aceptamos su plan y nos tendimos dispuestos a descansar.

Pronto notamos una débil luz gris que filtrábase entre los árboles. Era la luna que empezaba a alumbrar, y un momento después Ramua murmuraba que ya era hora. Ordené a la gente que alistaran sus armas y, siguiendo a Ramua en fila, avanzamos. A los diez minutos hicimos alto, nos esparcimos y a través del follaje vimos las chozas de los indígenas agrupadas en círculo en cuyo centro una pequeña hoguera levantaba una columna de humo hacia el cielo.

Sobre el fuego había tres palos en forma de trípode, del que por una cuerda colgaba algo que el humo lamía. Al lado del fuego estaba sentado un viejo que alimentaba las llamas con hojas secas, dejando ver a intervalos lo que estaba ahumando. Era el único ser que se veía; los demás dormían profundamente.

Ramua, que estaba al lado mío, me tiró de la manga señalando al viejo de la hoguera, y dijo: — Curandero brujo. — Después levantó un dedo y agregó: — Espere.

Desapareció arrastrándose por entre los árboles para reaparecer al rato con algo en las manos. Era un pedazo de retorcida liana gruesa como una fusta. Después, levantando de nuevo el dedo en señal de silencio, volvió a desaparecer. Al rato lo vimos cruzar como un fantasma acercándose a la espalda del viejo. Antes de que éste pudiera darse cuenta, la liana le rodeaba el cuello, apretada y retorcida, mientras él pataleaba en el suelo, quedando estrangulado en un momento. Ni un grito se sintió en la tranquilidad de la noche que pudiera causar alarma, nada más que un débil quejido en la corta agonía del viejo, que podía haberse confundido con el gruñido de un jabalí en la selva.

Después Ramua sacó lo que colgaba del trípode y levantó del suelo algo que brillaba junto al cuerpo del muerto. Era la caja de lata de Simmonds; lo otro, lo que sacó del trípode, ¡era la cabeza de Simmonds!

Volvió a nosotros con una de aquellas cosas en cada mano, y gateando entre los árboles dejamos las silenciosas chozas a nuestras espaldas, llegando a la costa al amanecer para levar anclas una hora después.

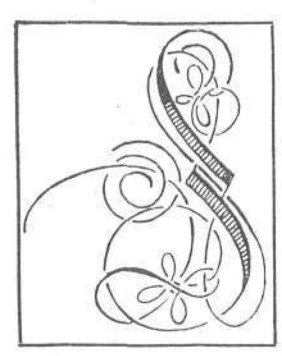
El resto trágico de mi amigo encontró su sepultura en el mar, y el escarabajo dorado, por el cual dió su vida... ¡por lo que él dió su vida!, ha ido a parar a los hornos de quemar basura de Londres; eso es todo lo que te quería decir... ¡ahora ya lo sabes!

Kressler hizo una pausa, pero su esposa no se movió. La cruel fatalidad parecía haberla dejado muda, con la cabeza reclinada en el hombro de él. Kressler medio asustado por el efecto de su revelación, la miró a la cara... ¡Estaba dormida!



PERIODISTA...





E sentó tímidamente en un extremo de la gran mesa atestada de diarios y manchada de tinta, que ocupaba gran parte de la sala de «Policía»; *era* periodista, podía escribir lo que creía y lo que pensaba, sus ideas iban a ser consignadas en miles de hojas y multitud de seres las leerían para aprobarlas, para discutirlas, para convencerse. ¡Qué feliz se sentía! Desde el rincón que le habían destinado podía verse un trechito de cielo, en ese momento de un intenso azul, y por ese hueco de infinito el espíritu de Arturo volaba, se iba muy arriba, sintiendo la satisfacción de la victoria, de una victoria lograda tras una dura lucha.

¡Era periodista! Debía escribir en la sección policial, y en el diario tenía importancia esa sección; procuraría hacerse útil, agradable al secretario; al director que parecía tan bonachón y tan amable. Y alentado por sus esperanzas Arturo emprendió la tarea.

Era un muchacho joven, de unos 19 años; había llegado hacía meses de Córdoba lleno de entusiasmos, de ensueños, de deseos de triunfar y verse aplaudido. Pensaba, al escribir, en su pueblo natal, en ese pueblo en que se habían reído de sus escritos y de sus ensueños. Ya les enseñaría él a todos y a la mala muchacha que lo despreció y a quien él habíale escrito: «Triunfaré, seré grande y célebre y entonces tú sentirás la pena del recuerdo, cuando ya a mí no me quede ni el recuerdo de la pena».

Y mientras en el lado opuesto de la mesa uno de los compañeros extendía una baraja para hacer un intervalo de «monte» en la diaria tarea, Arturo dedicóse a poner en limpio noticias de policía: el robito de barrio, el incidente callejero, el asalto inevitable.

Al tercer día de su entrada en el diario él notó que sus artículos no salían todos, que algunos quedaban y se perdían; eso lo alegró; sus compañeros le habían informado que «alguien» tenía rabia a los que escribían bien; pero a buen seguro que el director no sabía nada de eso. ¡Oh, la mala voluntad! — atinó a decir y redobló sus esfuerzos para matizar originalmente las insignificantes vulgares noticias diarias.

— Señor, lo llama el director — anunció una mañana un ordenanza; y allí fué nuestro hombrecito, lleno de júbilo. Ya sabía él que el director se iba a enterar; ahora le aumentarían el sueldo, quizá le dieran la dirección, en esos momentos vacante, de la página, y entró orgullosamente, aunque con timidez, en el despacho.

El director lo miró distraídamente; era un hombre que creara aquel diario de la tarde, hoy poderoso, con sólo unos pocos pesos en el bolsillo; generoso y confiado había sido engañado muchas veces y ahora el egoísmo lo dominaba poco a poco; tenía fama, sin embargo, de saber apreciar el valor de sus colaboradores, aunque les dijera lo contrario a esa apreciación, y de saber dar a cada uno de ellos el lugar en que resultaban más eficaces.

— ¿Usted ha escrito esto? — preguntó con indolencia alargando unos cuantos recortes a Arturo; y sin esperar su contestación agregó: — Me informan que usted tiene el sentido del orden y que ha arreglado muy bien el casillero policial — y cortando las protestas de gratitud que iba a formular su oyente concluyó. — Le aumentaré el sueldo y lo cambiaremos de sección; ¿usted tiene buena letra?

— Eso creo, señor.

Arturo se emocionaba. ¿Buena letra? ¿Qué significaría eso? ¿Cambio de sección? ¡Lo irían a pasar a «Política»! Y tembló de placer. La voz del director volvió a sonar con idénticas frías entonaciones.

— El secretario le dará instrucciones y le señalará nuevo puesto; buenas tardes. — Y el dedo en que lucía un solitario de varios años de sueldo de Arturo, se tendió para apretar un timbre.

Arturo esperaba con impaciencia al secretario de redacción. Lo buscó indirectamente yendo al taller, al grabador, al estudio fotográfico; pasó por el archivo, ese lugar muerto donde se vegeta en una búsqueda incesante de datos, y por último se sentó procurando escribir.

La voz del secretario de redacción lo sacó de su ensimismamiento.

— Oiga che, venga.

¡Al fin! Y Arturo sonrió a la redonda cara y a los lentes salpicados de tinta del secretario.

— El director hablóme — comenzó algo enfáticamente Arturo.

— Sí, ya sé. Venga.

— ¿A qué sección voy?

El secretario no contestó, y atravesaron así, en silencio, los patios hacia los cuales se abrían las puertas de las salas de redacción; y así, mientras una vaga inquietud iba dominando al pobre muchacho, llegaron al archivo.

— Ola, Pérez — dijo el secretario. — Aquí tienen el empleado que reclamaban: es nuevo; enséñenle nuestro método.

Y se fué.

Había en el gran salón ese olor especial que se desprende del papel viejo; el jefe del archivo sonreía a su nuevo compañero, y, mientras con un esfuerzo enorme para no llorar Arturo miraba fijamente los estantes llenos de grandes sobres, sus manos afiebradas hicieron presión y rompieron la pluma, esa pluma destinada al triunfo y que no iba a necesitar más, nunca más, en el archivo.



H. FERNANDEZ MENDEZ

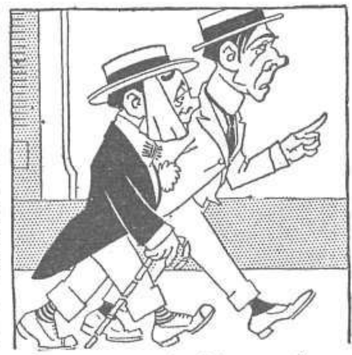
A SARRASQUETA LE DUELEN LAS MUELAS



Sarrasqueta sufre de un terrible dolor de muelas y está que rabia, pues no encuentra específico alguno que se lo calme.



Lo visita un amigo, y al verle echando las muelas, le recomienda a su dentista, que es muy bueno, y aunque parezca mentira habla poco y cobra barato.



Y paso a paso, entre dolores y gritos, se dirigen al consultorio del sabio odontólogo para que le extraiga la muela, que debe ser la del juicio.



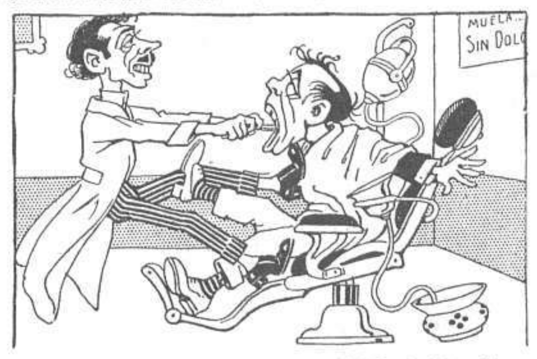
Entra en la sala de espera, donde aguardan turno otros enfermos, que con sus gritos, quejas y lamentos hacen aumentar el dolor de su muela.



Doctor. — Vea la tarifa. ¿Cómo quiere? ¿Sin dolor o al natural?
Sarrasqueta. — ¡Con el menor dolor posible, y no vaya a sacarme la de al lado que está muy sanita!



Doctor. — Ya está bien agarrada. Ahora tenga valor, que no sentirá ningún dolor.
Sarrasqueta.—¡Ay!... ¡aaay!... ¡aaay!... ¡aaay!... ¡aaay!...



Doctor. — ¡No grite! Si trabajo por la tarifa de sin dolor. Ahora el último tirón, y fuera.
Sarrasqueta.—¡Ay!... ¡aaay!... ¡aaay!... ¡aaay!... ¡aaay!...



Doctor. — ¡Aquí está por fin la muela! Ahora tenga juicio y no alborote más.
Sarrasqueta. — ¡Ay!... ¡ay!... mi madre... ¡ay... mi padre!... ¡ay!... ¡su abuela!...



Sarrasqueta. — ¿Cuánto le debo, doctor?
Doctor. — Puesto que le ha dolido tanto, sólo le cobraré dos pesos...



Amigo. — ¡Qué gritos! ¿Pero es verdad que te ha dolido tanto?
Sarrasqueta. — ¡Si no he sentido nada! Gritaba para que me cobrara la tarifa más barata.

DIBUJOS DE REDONDO

Facultad de Derecho de Buenos Aires

Escribanos egresados en diciembre de 1922



Señor Víctor A. B. Virginillo.



Señor Pedro Menphis Paggi.



Señor Juan Félix Aspitia.



Señor Ricardo B. Badaracco.



Señor Raúl E. Cordero.

DESCUBRIMIENTO DE LA LUZ FRÍA

La hipótesis a que apela la física moderna para explicar el calor y la luz es que ambos fenómenos, lo mismo que la electricidad, no son sino una forma de movimiento del éter. Cuando los átomos del éter se mueven, se produce determinada cantidad de calor, y si se aumenta ese movimiento de los átomos de éter, que se supone penetran todos los cuerpos y llenan el espacio infinito, aumenta también el calor y llega un momento en que se produce la luz.

No se puede, pues, producir luz sin calor, salvo en los casos de fosforescencia.

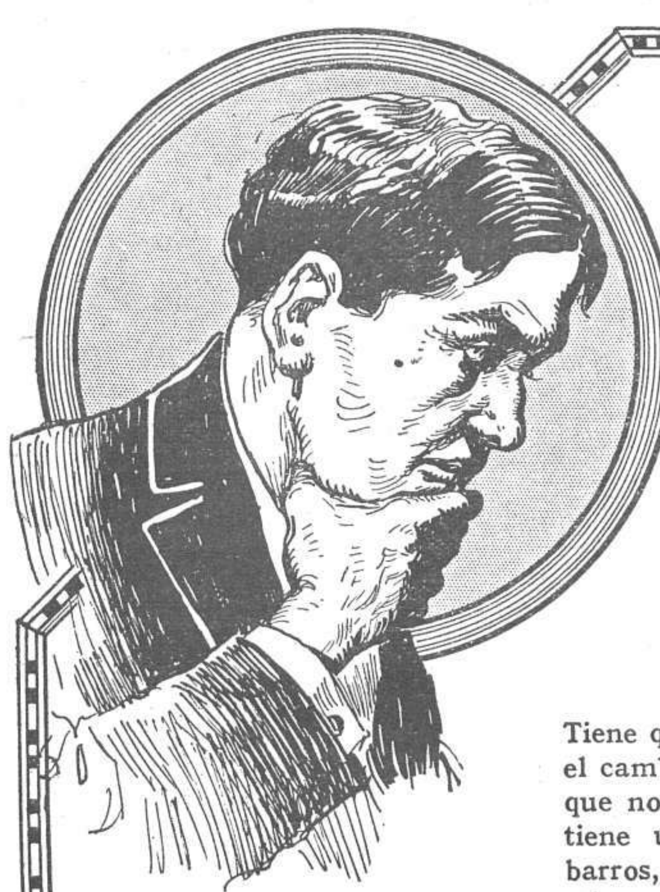
El profesor E. Newton Harvey, de la Universidad de Princeton, ha logrado producir la luz fría continua después de ocho años de experimentos sobre la luminosidad de las luciérnagas, bacterias, crustáceos y otros organismos.

Un pequeño crustáceo, del tamaño de una pulga, que existe en el Japón, proporciona una substancia que irradia luz sin producir calor, pero la luz que emite no se diferencia de la que producen las luciérnagas, los troncos de los árboles, las hojas muertas o la carne que se guarda por muchos años en los frigoríficos.

A esa substancia ha dado el profesor Harvey el nombre de «luciferina». Disuelta en el agua de un frasco parece agua que arde con una luz azulada que permite leer con ella a distancia de dos a tres metros.

El gran problema consistía en que la luciferina irradiara una luz constante. Aislada del oxígeno se vuelve obscura, pero si se le pone en contacto prolongado, se consume. Había, pues, que encontrar un proceso químico que permitiera conservar la luz fría.

Este proceso consistió en separar la luciferina del oxígeno, tan pronto como se pone en contacto con él. Separada del oxígeno puede volver a lucir indefinidamente, y aunque la luz va decayendo paulatinamente, es posible mantenerla en su primitivo esplendor por medio de continuas cargas de luciferina.



Tengo que purgarme...

¿Cómo?

¿Cuándo?

¿Con qué?

¿Por qué dice este hombre: Tengo que purgarme?

Tiene que purgarse porque, con el cambio de estación, algo hay que no le va bien. A lo mejor tiene una punta de granos y barros, o anda con dolor de barriga o algún reumatismo antiguo lo obliga a renguear; quizás algún eczema lo hace rascarse todo el día o tiene el aliento cargado.

Este hombre tiene razón; ha de purgarse, pero... la elección es difícil; hay muchos purgantes, a cual más malo de gusto, que requieren cuidados o que pueden hacerle mal.

Vamos a aconsejarle

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

que, bajo forma de una rica pastilla de chocolate, puede tomar en cualquier tiempo, a cualquier hora, sin mayores cuidados. Laxante a dosis de una, purgante a dosis de dos o tres, la Santeína es el purgante soñado.



SE HALLA EN LAS FARMACIAS Y EN

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

LA ESPERA INUTIL

Muere el sol... Es una tarde de otoño, triste y apacible como el alma de un monje. Una brisa tranquila acaricia la fronda. Un álamo que se alza en medio del jardín, blanco y suave con no sé qué suavidad inmaterial y lejana, nieva la melancolía de sus hojas amarillas. Silencio y calma. Y en medio del silencio provinciano, viniendo de la calle como una nota de oro, una canción de niño ondula, canta, ríe sobre la casa dormida.

La tarde de otoño lo envuelve todo en su tristeza apacible. Una tristeza que no sé por qué nos recuerda la mirada de los bueyes, la vida de los tísicos, el alma de los monjes...

La casa es grande, triste, silenciosa. En el corredor — ¡oh, sus corredores desiertos y sonoros! — desde un sillón de mimbre, una mujer contempla el horizonte. Es alta, de facciones finas casi hermosas, un poco vieja. Una melancolía honda se lee en sus pupilas. A su lado, sobre una silla, hay una costura abandonada. En el suelo, sobre el fondo rojo obscuro del piso de baldosas, se destaca el corazón blanco de un libro abierto.

La mujer piensa. Sin saber por qué esta canción de niños que viene de la calle la ha puesto triste. Y sin quererlo, casi sin saberlo, con un ligero movimiento de los labios se ha dicho:

— ¡Dios mío, Dios mío! Hoy precisamente cumplen ocho años... ¡Ocho años!...

Y otra vez, sin terminar la frase, se ha quedado abstraída, como en un pensamiento lejano, contemplando el horizonte...

La tarde triste y apacible ha cobrado una dulzura infinita. En el cielo plácido y azul yerran ligeros nubarrones grises. Algunas estrellas pálidas miran desde una lejanía de ensueño. El silencio es más denso, más profundo. Todos los ruidos llegan confusamente, como a través de un velo. Todas las voces se sutilizan y se esfuman como en vaguedades de sombra, en esa armonía obscura que en medio de la noche, frente a una pradera o en las márgenes de un río, nos sabe dar la sensación confusa de haber puesto la mano sobre el corazón del mundo...

La mujer recuerda. Primero ideas informes, pensamientos vagos empiezan a bullir en su cerebro. Después, poco a poco, se precisan, surgen claros y humanos.

— ¡Ocho años!

Su imaginación vuela allá, a aquella tarde lejana en que lo conoció. Ella entonces tenía veinte y cuatro años. Era bella, era ingenua, pero... ya era pobre. Terminaban de sacarse el luto por la muerte de su padre, después de la pérdida de su fortuna. Fortuna de la cual sólo se salvó esta casa grande, triste, silenciosa, en que desde hace quince años, junto a su madre anciana, mira pasar la vida con su color de tierra y su larga carga de tristezas...

Otra vez los pensamientos se le escapan. Su cerebro es como un día de niebla, en que las ideas pasan imprecisas y fugaces. Se abstrae... balbucea:

— ¡Ocho años desde que se fué! ¡Quince desde que lo conocí!...

Su mirada torna a hundirse en el horizonte. El sol amarillo de la tarde pone una nota de oro en la copa de los árboles. Un chingolo, en una madreselva cercana, con un gritito melancólico llora de rato en rato no sé qué oscuros dolores de leyenda. El cielo es de un azul blancuzco. La brisa suave trae el rumor del río que corre hacia la muerte, lento, tranquilo, sosegado...

— Juan Carlos... quince años... yo también pude ser madre. La vida...

Alguien que llama la interrumpe. Unos pasos flexibles de mujer suenan en el zaguán. Después en el corredor.

— ¡Carmen!... ¿Dónde estás?... ¡Ah! ¿No vas a la plaza?

— No, Lía; estoy indispuesta.

— ¿Qué tienes?

— Nada... un poco de dolor de cabeza; nada más.

— ¿Y doña María?

— Ahí adentro.

— Bueno, me voy... ¡Ah! ¿Sabes la noticia?

— No. ¿Qué?

— Juan Carlos se ha casado en Buenos Aires... Bueno, pero después te contaré... es tarde.

Y la amiga se fué sin esperar contestación. No la hubo tampoco. Sólo el sillón de mimbres ha crujido ligeramente bajo la presión de los nervios.

El drama silencioso se ha consumado una vez más. El drama de las novias tristes, tristes y pobres que se quedan en el fondo de los pueblos esperando la vuelta del que ha ido a la conquista de la urbe. El gran vampiro egoísta que se traga impasible con el sueño de las novias y el sueño de las madres la vida provinciana. ¡Ah, Buenos Aires, lo que te damos y lo que nos devuelves!

La visión de la ciudad esplendorosa ha surgido en el horizonte con no sé qué prestigio de sirena sensual y cruel. Un sollozo ha inquietado a la anciana:

— Carmen, ¿qué tienes?

— Nada, madre, nada...

El sol ha muerto. La tarde es triste y apacible como el alma de un monje. La brisa suave sigue besando la fronda. El silencio provinciano, denso y profundo, mece largamente las notas de oro de la canción de niños. Pero entre ellas se perciben ahora: rodar de coches... jadear de «autos»... ritmos perdidos de una música lejana... El mundo que sigue su curso. Los hombres que se divierten. La vida que pasa mientras la mujer llora, dulce, dulcemente, llena de resignación y mansedumbre.

¿Quién queda sin culpa?

Por LEOPOLDO RODRIGUEZ PUJOL

El Afamado
ROYAL
BAKING POWDER

Polvo "Royal" para Hornear
Absolutamente Puro

Levanta Perfectamente Toda Clase de Alimentos Preparados con Harina y Economiza Huevos.

Usando el Royal Baking Powder, pueden hacerse exquisitas Tortas, Panecillos, Bizcochos, Pasteles, etc., con la notable ventaja de que se necesitan menos huevos.

En muchas recetas la mitad de los huevos es suficiente; en muchas otras pueden suprimirse éstos por completo si en lugar de cada huevo que se omita se añade una cucharada pequeña del famoso Royal Baking Powder. El resultado será siempre excelente. Recomendamos la siguiente receta, *como ensayo:*



PUDINES

Las medidas siempre a nivel

2 tazas de harina, 230 gr.
3 cuch. pequeñas de Royal Baking Powder, 12 gr.
1 cuch. grande de azúcar, 14 gr.
1 taza de leche, 1/4 litro.
2 huevos.
1 cuch. grande de manteca o grasa, 14 gr.

Se ciernen juntos, la harina, Royal Baking Powder, azúcar y sal; se añade a esto la leche, los huevos bien batidos y la manteca o grasa. Revuélvase todo hasta que esté bien mezclado. Los moldes que se tienen destinados para hacer los pudines se llenarán sólo hasta la mitad, poniéndolos luego a cocer por unos 20 ó 25 minutos.

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES

¡CUIDADO!

Al comprar pida Vd. siempre ROYAL BAKING POWDER, que significa "Polvo ROYAL para Hornear". No use la palabra ROYAL solamente, pues esto da lugar a entregarle algo que no es el legítimo. Fíjese siempre si la lata que obtiene lleva reproducida en la etiqueta la misma lata con la palabra "ROYAL". Sin este requisito no es el legítimo.

Tenemos un libro con muchas otras recetas para el uso del Royal Baking Powder, que le enviaremos gratis, si manda Vd. su nombre y dirección a nuestro Representante en Buenos Aires, L. Van Bokkelen, Casilla Correo N.° 1037, o bien a la Royal Baking Powder Co., New York.

Nuestros amiguitos del interior



Alberto Ranieri y Elena Páez. — Necochea.

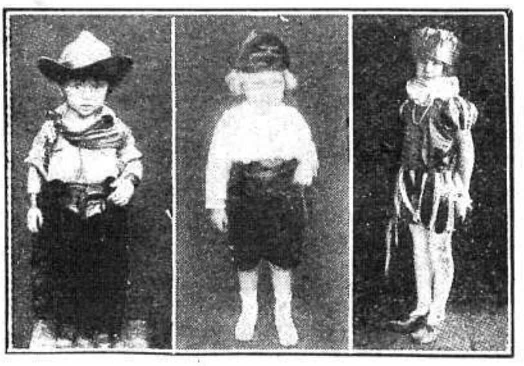
Niños Cadegoni. — Necochea.



Chichita Alvarez y Alvarez. — Gualeguaychú.

Nene de Arlas. — Necochea.

María Esther Pripp. — Necochea.



Juan M. Constantino. — General Pico (F. C. O.).

Niño de Hernández. — General Pico (F. C. O.).

Nélida Rusconi. — General Pico (F. C. Oeste).



Elsita Vega Godoy. — Gualeguaychú.

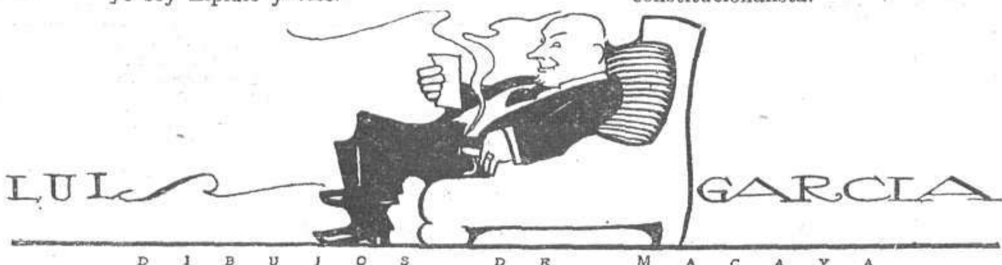
Anita González. — Necochea.



RESIGNADO

— ¡Las cosas que me ocurren, Dios bendito!
Una carta escribí ¡qué hermosa carta!
Mejor no creo que la hubiese escrito
un espartano de la antigua Esparta.
La escribí suponiendo
que iba a tener un éxito tremendo.
La leyó Su Excelencia
(yo, que puedo ocupar la presidencia,
soy también Su Excelencia, ciudadanos),
se restregó las manos
y pensó muy tranquilo: «¡Qué ocurrencia!»
¿Es qué tengo o no tengo trascendencia?
Ni le he dado un disgusto
ni me respondió adusto;
me aseguró, al contrario, muy afable
que soy un escritor inimitable.
Se ve que no le asusto.
Aunque aceptar me cuesta
que hay algo de ironía en su respuesta,
no tengo más remedio que aceptarlo;
ya que ¿cómo negarlo?
Marcelo ni se enoja ni protesta
y me habla de mi noble magisterio
con una bondadosa tolerancia
que me quita importancia.
¡Y no me toma en serio!
¿Por qué me aparta a un lado blandamente?
¿Por qué con suavidad me contradice?
¡Que obre prudentemente,
porque, si él es Marcelo y presidente,
yo soy Elpidio y vice!

Me suele aconsejar que no me aflija
y mi formalidad le regocija.
Su conducta no es cuerda.
¿Soy un vice a la izquierda
o ando como González sin manija?
Yo no miro sus actos con encono,
es decir, no le envidio;
¿a qué, pues, repetirme: «Escuche, Elpidio,
si yo me pongo a tono, desentono»?
Es demasiado. ¡Basta!
Con su humorismo protector me aplasta.
Cierto foliculario,
buen correligionario,
pero un poco indigesto,
afirma en un artículo,
publicado hace días, que me he puesto
levemente en ridículo.
¡Lo que la gente inventa!
Yo no me he dado cuenta.
Lo que sé es que Marcelo, que se engríe
con ese fácil triunfo, ya me toma
de un modo, medio en serio, medio en broma,
y que, si estoy solemne, se sonríe.
Será inútil que hoy vaya y le pregunte
por qué me trata así, pues, muy correcto,
me dirá que me tiene mucho afecto.
No me lleva el apunte.
Se comprende. Yo grave, él ironista,
tenía que ocurrir lo que ha ocurrido.
¡En mal momento he sido
constitucionalista!



DIBUJOS DE MACAYA

De Lomas de Zamora



Grupo de concurrentes al animado baile de disfraz celebrado en el Club Español para festejar el Carnaval.

PESIMISMO EUGÉNICO

Ha dicho «The Times» que en el Congreso de eugenistas último que se celebró en Nueva York, ha imperado el más profundo pesimismo. El presidente, profesor Henry Mirfield Osborn, ha puesto en evidencia el constante crecimiento del egoísmo que amenaza la existencia de la familia. « Obedezcamos a nuestros impulsos, arreglemos a nuestro placer nuestra vida, y que cada individuo goce sin tasa de sus derechos y sus privilegios ya que la especie ha de morir mañana.» Tal parece ser la consigna.

En los Estados Unidos, en un siglo, la familia con muchos hijos ha desaparecido o está a punto de desaparecer, y triunfa la familia con un solo hijo.

« La próxima fase — ha dicho el profesor — será la del matrimonio sin hijos y la de la extinción de la raza que ha fundado la gran República estadounidense. »

Otros oradores han sido menos pesimistas en sus predicciones. El mayor Leonard Darwin ha defendido a los eugenistas de la acusación de querer substituir el amor como impulso matrimonial con los preceptos y normas de la cría de animales.

« Y eso no es cierto — ha dicho. — Si a los jóvenes se les permitiera seguir su inclinación natural, los matrimonios serían mucho más cuerdos desde el punto de vista eugénico. Pero los matrimonios se hacen por amor a la riqueza o a la posición social, sin preocuparse del mejoramiento de la raza. Esta es la tendencia que hay que combatir a todo trance. »




A CIEGAS...
Pedir en la botica "un remedio para el dolor de cabeza", sin especificar cual se desea, es simple y sencillamente comprar a ciegas. ¿Qué es ese polvo que le venden envuelto en una cápsula, o comprimido en una tableta anónima? ¿Es eficaz? ¿Es puro? ¿Está fresco o pasado? ¿Es nocivo para el corazón? ¡Usted no sabe absolutamente nada! ¿Cómo es posible cerrar los ojos y recibir cualquier cosa tratándose nada menos que de la salud? El analgésico que hoy prefieren los médicos en el mundo entero es la CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) porque obra mucho más rápidamente que la aspirina sola; porque levanta las fuerzas; porque regulariza la circulación de la sangre y, sobre todo, porque es COMPLETAMENTE INOFENSIVA PAR EL CORAZÓN. ¡Eso es lo que Ud. debe pedir, clara y precisamente, en vez de seguir comprando a tientas! Puede obtenerla en tubos de veinte tabletas, o en SOBRES ROJOS BAYER de una dosis, que son el empaque ideal para casos de emergencia.
Este es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"
Limpio
Cómodo
BAYER
Higiénico
Seguro
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina
Cafeína
CAFIASPIRINA





PAGINAS CAMPERAS

LEÑAS DEL



La llanura estaba verde y florecida, y las almas agrestes, de suyo afinadas a la esplendidez campera, retozaban, cabe la esperanza, que también es verde, como sobre un nuevo campo de emociones vírgenes. Porque época de florecer es para que todo florezca. Y porque si las almas también tienen su invierno, ningún resurgir y ningún redoblar como el del espíritu morador de las pampas, hecho como de su misma tierra, sus lluvias y sus soles.

Y vino una alegría lúcida para las gentes. Como un cambio de ropaje interior. Casi como una renovación total. Las caras parecían más limpias y más tersas. Las frentes, más despejadas. Y cuando se decían sus cosas, la comunicación era más franca y más jovial.

Había omitido decir que la seca se prolongaba de cuatro meses sobrados y que la llanura había estado cargándose de duelo...

— ¡Llovió tanto, y tanto, y tanto — decía Celedonia, la moza gentil, expresiva y ganosa, — que por fin se puso muy lindo; lo que se llama realmente muy lindo!

— Devera, ¿eh?

— Daban ganas de llorar... tanto sol caliente y tanta polvareda. Yo no se podía respirar; ya no se vivía!

— Devera... ¡la gran flauta!

— No diga devera. Diga: tiene razón, señorita; usté tiene razón, señorita Celedonia, porque esa es la pura verdad.

Y Bartolito se quedaba serio y medio avergonzado. Es que aquella muchacha superior le corregía todo, con una altivez de maestro sabio que no admite réplica.

— Ya sabe; no diga devera. Diga: es verdad.

— Es verdá.

— ¡Así vamos bien! Pues, como le iba diciendo... y ahora no me acuerdo más nada... ¡qué broma! ¡Ah, sí! Que yo nunca he visto un verano tan sofocante. ¡Y esos pobres animales siempre sobre las bebidas! Hasta ellos están más contentos, créame, créame... Pero óigame, Bartolito, ¿usté no tiene lástima de los animales, que se está riendo?

— No era por eso...

— Entonces, ¿es que se reía de mí?

— ¡Devera que no sé ni de qué!

— ¿Otra vez?

— Digo... ¡de la verdá que no sé ni de qué!... Bueno, pa que vea... me réia de que no sé decir más que d'ese modo y usté me reta, pero es inútil, porque se lo vi'a decir siempre del mismo modo. Gaucho sin colegio y ternero porfiao es lo mismo.

— Bueno, no lo voy a retar más, que ya es bastante grandecito...

Bartolito había abierto la boca, en tanto, y parado las orejas...

— Con permiso... le ói el silbido al patrón.

Y se largó el hombre para las casas.

* * *

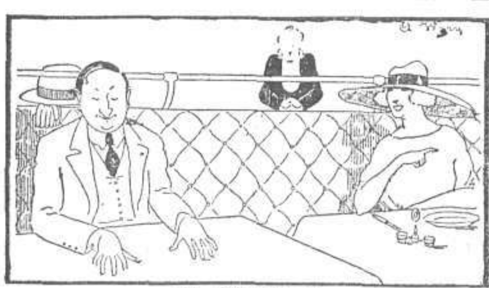
La moza Celedonia brama de ardentía juvenil. La estación le ha puesto en el corazón unos ideales de amor un poco curiosos, pues ni ella puede interpretarlos en cuanto a su realidad. ¿Qué es lo que le atrae, de aquél muchachón hosco y hasta vulgar, simple peón distinguido de la estancia, a ella, muchacha casi ilustrada y casi fina, que cursó estudios en Buenos Aires y conoció a tanto mozo digno de por allá? Lo cierto es que lo busca y se procura su conversación. Cosa de la carne no es, según se ha convencido, porque se siente lejos de experimentarlo. Se ha preguntado sobre qué es que pueda encantarle de aquel representante de la masculinidad, sólo evidenciado en ser listo desde arriba de un caballo y de estarse en cuclillas, abajo, oyéndola como embobado, los ojos sobre sus ojos, el rostro como iluminado en su presencia, recorredor de un lenguaje que limita el uso de diez o doce contestaciones eternas e iguales; se lo ha preguntado en un examen de conciencia prolijo... y vive en ayunas.

Ahora arranca de la quinta y vase a caminar y juntar flores silvestres que, luego, hecho un gran montón en la sobrepollera, gusta desparramar al aire, detenida a media marcha, para que después le caigan sobre su cuerpo como lluvia. O si no detenerse para irlas eligiendo, de entre ese montón, por sus colores o por sus perfumes, y deshojarlas o aspirar su fragancia, y hacer un movimiento nervioso, pegar un salto y tender el género y ver cómo caen a sus pies, entre enteras y rotas.

¿Estará Celedonia enferma de romanticismo? ¿Será una ingenua? ¿Es que solamente acciona a impulsos de su juventud todavía alocada? ¿Es que los campos ahora bonitos le han despertado sus antiguas modalidades de la niñez, truncadas a su partida para el colegio a pupila de la Capital, y trinca por lo que no trincó, y habla por lo que no habló, y ensueña, a confines abiertos, por lo que no ensoñó?

* * *

Bartolito amaneció gozoso, en son de fiesta, y fué a causa de ser el cuarto domingo desde que



LA COSTUMBRE

El célebre médium. — ¡Mozo! ¿Está usted ahí?



La señora (enojada). — ¿Me das tu casa de muñecas, Dora?
La niña. — ¡No; solamente le alquilo la pieza de arriba por dos pesos por semana!



MISMO PALO

JULIO CRUZ GHIO

regresó a la estancia la Celedonia de su embrujamiento. Ya sabe él que el domingo, desde medio día en adelante, si ella se le pega a él, es por toda la tarde. Y esta vez tiene un pensamiento notable: le propondrá un paseo en la «araña», coche liviano y volador, y si lo acepta, le atará dos caballos briosos, para que se asuste un poquito unas cuantas veces, sin hacerle caso porque se asuste, a ver si así él la manda un poco a ella, que tanto lo manda a él, y, dele que dele, llevarla hasta el límite del nuevo retazo de campo adquirido recientemente por el patrón (que Celedonia no conoce) donde hay un arroyo de cruzar a la barriga, pero que parece un mar por lo ancho, y meterse allí, chapalear y chapalear, y meterse vuelta y vuelta, y darse maña para aparentar que los brutos no obedecen y no salen del medio, para que se asuste de lo lindo, para que grite... etc., etc... si es que la señorita no ordena, antes, otra manera de pasar el día!

La ex colegiala interna, en cambio, despertó con otras ideas: esperar a almorzar y salirle después al encuentro, por la quinta, donde él la estaría esperando, sin duda, de acostumbrado, y hacerse contar la historia de su vida, por si le resultaba interesante. Eso sería tema de dos o tres horas; pues tenía pensado que quien es como mudo, de ordinario, almacena mucho detalle para soltar, sitio y oportunidad mediantes, por junto y sin resuello.

Y su padre se despidió del sueño con otros propósitos raros: traerlo a almorzar a Bartolito a su mesa, en vista de la buena relación armonizada entre los dos jóvenes, y sentirse así más alegre de comprobar la segura alegría de los otros dos por tan extraño episodio, que un día es un día y, a veces, un día en que uno hace una cosa bien hecha, hace las cosas bien para toda la vida...

* * *

....

El mozo y la moza andaban siguiendo sus inspiraciones, y ya se acercaba la hora, y todo sobrevendría. Pero el amo dispuso y sucedió todo a su manera, compareciendo aquél y ubicándose según puesto destinado en el comedor.

Les dijo que no se asombraran, pues no tenía nada de particular; aunque Bartolito se quedó lo más zonzo, de entrada, y no sabía ni cómo sentarse.

— ¿No te parece bien — argumentó el padre a la hija — que tu amiguito nos acompañe?

— Me parece muy bien, papá.

— Y a vos, ¿qué te parece?

Bartolito, por toda respuesta, se sonrió, ardiendo de colorado.

— ¿No han hecho tanta miga, desde que llegaste? Era justo. Andan como hermanos.

La mucama gallega comenzó a servir y, francamente, aquel almuerzo pareció de casa con velorio para enterrar a la tarde, pues ya nadie abrió la boca sino para comer o beber. Y el viejo bebía fuerte y seguido...

Prolongóse así, como en misa, aquel acto. Los dos representantes de la juventud ni osaban mirarse. Comían y pensaban. Quizá qué pensaban... Todo eso era muy raro... Y como que el viejo comía silencioso también, y se veía que estaba preparándose para soltar algo...

Cuando llegó el postre, y a punto de probarlo la moza y el mozo, el padre los contuvo. Púsose lo más solemne que le fuera dado, y entre secándose la barbilla con la servilleta y sentenciando con la otra mano, dijo:

— Y no al ñudo andaban como hermanos, pues, porque lo son. Les estaba guardando la sorpresa por puro saber más, que tanto he visto entre los animales... y quería convencerme de que sucede igualito con las personas...

Los muchachos se miraron inquietos...

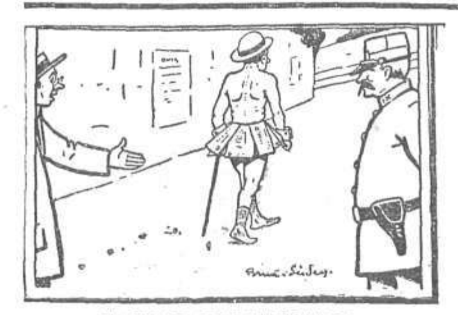
— ¿No ven que tienen el mismo pelo? ¿No ven que hasta en el modo 'e andar se parecen? ¡Es que son míos los dos! ¡Vos, de tu mama, que se murió cuando te llevé al colegio; y vos, de la tuya, que se murió más antes!... ¡Y a vos te traje, cuando se murió, después, el que te créias qu'era tu padre... y no al ñudo te traté siempre como a pión, pero como a hijo! ¿No es verdá?

— ¡Devera! — respondió Bartolito; y la miró a Celedonia enternecido.

— ¡Ahora podés decir devera y lo que se te dé la gana, porque ya sabemos quienes somos! — le adelantó ella. Y, dirigiéndose al padre: — ¡Lo que es la voz de la sangre, papá... Yo lo quería corregir como si fuera mi hermano... y era nomás!

— Perfectamente y ya lo saben; y la estancia es de los dos. Quiéransen bien, coman el postre, y vos la invitás, luego, m'hijo, y la llevás a mostrarle por donde no haya visto...

Se levantó, le palmeó el hombro al varón, le envió una mirada de cariño a la chica y, medio chispeado por las libaciones, salió, lo más derecho que pudo, mesurado y contento, adentrándose a su dormitorio.



EL RIGOR DE LOS TIEMPOS
— Es un loco, ¡deténgale!
— ¡No; es un contribuyente que sale de casa del recaudador!



El suegro. — Le daré 100.000 pesos ahora y el resto lo tendrá usted después de mi muerte.
El yerno, distraído. — ¿Y cuándo se imagina usted que eso puede ocurrir?

Una original comparsa carnavalesca



"Los criollos de la selva", pintoresca y típica comparsa que atrajo la atención de la población de Barracas por los notables simulacros de combates indígenas que representaron ante el público.

RAPIDEZ DE LA VIDA

La vida humana se parece a un camino cuya salida es un precipicio horroroso; se nos advierte desde el primer paso, pero la ley está pronunciada: es preciso avanzar siempre. Yo querría volver sobre mis pasos. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan el camino. ¡Aun si yo pudiera evitar este precipicio horroroso! No, no; es preciso marchar; es preciso correr, tal es la rapidez de los años. Nos consolamos, no obstante, porque de tiempo en tiempo nos encontramos objetos que nos divierten: las aguas corrientes, las flores que pasan, y nos querríamos detener. Marcha, marcha. Y sin embargo, se ve tras de sí todo lo que había pasado. ¡Fracaso espantoso, inevitable ruina!

Nos consolamos porque pasando nos llevamos algunas flores que se ven marchitas, entre las manos, de la mañana a la tarde; y algunos frutos que se pierden y al gustarlos decepcionan. ¡Siempre arrastrando, tú te acercas al abismo horroroso! Ya todo comienza a borrarse; los jardines menos floridos, las flores menos brillantes y sus colores menos vivos, las paredes menos rientes, las aguas menos claras; todo se marchita, todo se borra; la sombra de la muerte se presenta, se empieza a sentir la llegada del abismo fatal. Pero es preciso llevar sobre el borde un paso más. Ya el horror tumba los sentidos, la cabeza se voltea, los ojos se extravían; es preciso marchar. Se querrá volver atrás, mas en medio de todo se cae, todo se desvanece, todo se escapa.

Yo no tengo necesidad de decir que este camino es la vida, que este abismo es la muerte.

ALFREDO DE MUSSET.

Belleza Perpetua

Simples procedimientos caseros bastan para asegurarla.

A pesar de que los métodos para el perfeccionamiento y conservación de la belleza femenina están muy divulgados, muchas mujeres ignoran todavía que tienen a su alcance sencillas substancias de toilette, de aplicación fácil y agradable, cuya eficacia está plenamente demostrada.

CHARLOTTE ROUVIER.



El cuidado del cabello.

Lo esencial para el cuidado del cabello es la elección de un shampoo adecuado. Usted necesita uno que, dejando el cabello suave y suelto, no lo deje demasiado seco. Para tal resultado, no puede usarse nada mejor que el stallax. Stallax no es un producto nuevo. Conocíanlo ya nuestros bisabuelos, que cuidaban su cabello con mayor esmero del que acostumbramos nosotros. No solamente suaviza el pelo, sino que hace resaltar todas sus luces y brillo naturales. Eche aproximadamente 2 cucharadas de stallax granulado (que puede obtenerse en cualquier farmacia) en $\frac{1}{2}$ litro de agua caliente, deje que se disuelva y úselo después como un shampoo común. Si no desea, no es necesario enjuagar después el cabello, pues aun sin ello el stallax lo deja en excelentes condiciones.

Cómo conseguir un cutis que los hombres admiren.

«Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza», escribe una mujer profundamente observadora, «pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales». Las mujeres que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sino que, por lo contrario, procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Neutralización de los molestos olores ocasionados por el sudor.

Las mujeres que se sientan molestadas por las agudas y chocantes emanaciones producidas por la excesiva transpiración de su cuerpo sabrán apreciar en su justo valor la indicación de emplear borite en polvo, cuyos efectos, instantáneamente neutralizadores, podrán constatar al hacerse con él un empolvoramiento general del cuerpo. El borite es un polvo blanco de un uso sumamente agradable. Puede conseguírsele en casi todas las farmacias.

Para extirpar las raíces del vello.

Las damas a quienes contraríe el crecimiento de pelo superfluo deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces, de tal manera, que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

Homenaje a la memoria del Dr. Agustín Alvarez en V. López



Solemne acto de la colocación de la placa de bronce en memoria del ilustre filósofo y educador y eminente moralista argentino don Agustín Alvarez, ceremonial que se verificó en Vicente López en la intersección de la avenida Maipú y la calle Juan Coronel, que ahora lleva su esclarecido nombre, habiendo asistido a la patriótica conmemoración distinguidos miembros de su familia y significativas personalidades.



LA VENGANZA

DE LA VIDA ROJA EN RUSIA
(*DEL DIARIO DE UN ESTUDIANTE RUSO*)

Cuando recibí aquel terrible telegrama de mi pueblo quedé petrificado, la sangre se me heló en las venas, la cabeza vibró de angustia y fijé grandes ojos en el retrato de mi padre, sin comprender su significado. Bruscamente me así la cabeza con las manos, volví a leer el telegrama, lo dejé caer, los brazos endurecidos, y permanecí sentado en medio del cuarto, como un verdadero idiota. Me acerqué luego a la mesa, agarré un paquete de libros y los arrojé furiosamente al suelo, destrocé con mis dientes algunos diarios y revistas, gimiendo silenciosamente, como si una víbora me mordiera el corazón: ¡oi, oi, oi!

Después permanecí acostado en mi cama, sin desvestirme; en mi cuarto había olor a remedios y cerca de la ventana vi a la dueña de la casa, una alemana de nariz huesosa, que contaba algo a un personaje gordo, de calva brillante. Aquel movía lentamente la cabeza y sólo decía:

— Es horrible, horrible, horrible...

Al día siguiente, después de las doce, me incorporé bruscamente en la cama, me arreglé la ropa, mandé traer vino y bebí hasta que se me nublaron los ojos.

Manifesté luego a la alemana que me iba a mi pueblo por algunas semanas y que volvería a ocupar el mismo cuarto. Que no lo alquilara a nadie.

Viajando en el tren y observando cómo las enormes montañas, de cabezas grises y frentes arrugadas y negras, se alejaban lentas de mí, pensé que la naturaleza no era una «madre querida» como la llamaban los poetas. No. Aquellas mismas montañas, con sus cabezas grises, permanecían tranquilas, eran las mismas montañas cuando ahí se mataba, se incendiaba, se degollaba y se martirizaba. Murmuraba dulcemente el Rhin, salpicando las orillas mientras ahí se clavaban hierros candentes en las cabezas y se hendían las gargantas de los pequeñuelos. No. Todo el mundo no es más que una caverna en la que el gran Dios encerró a los hombres.

«Tomad — les dijo — tomad hermosos juguetes, tomad montañitas, bosquecillos, arroyuelos; tomad una Luna, un Sol y estrellas y jugad, queriditos; rompeos mutuamente las cabezas».

De nuevo se estremece en mi mano el fatal telegrama y la víbora muerde mi corazón.

«Un «pogrom», nuestra casa destruída y quemada, el hermano asesinado, la mamá gravemente herida, ten valor y ven». Firmado por un pariente lejano.

También él debía estar bajo la horrible presión del suceso si fué capaz de enviarme, repentinamente, un telegrama así.

Y el ruido de las ruedas canta para mí las palabras del telegrama, lo cantan, lo repiten, lo desmenuzan y lo dispersan entre montañas y ríos que cruzamos.

Un alemán gordo y totalmente afeitado que se hallaba sentado a mi lado, se alejó un poco de mí. Permaneció luego mirándome asombrado desde lejos, chupando su cigarro.

Habíamos atravesado la frontera. No había más montañas ni valles ni arroyos murmurantes entre rocas negras. Altos y fúnebres cipreses agitaban sus trémulas cabezas siempre verdes. ¿Qué querían? ¿Por qué movían sus copas? ¿Se compadecían de mí? ¿Me consolaban tal vez? Todo era lo mismo, lo mismo. Hace tres años también atravesé la frontera corriendo en busca del diploma. Ahora volvía después de haber perdido tres años en la gran ciudad como rata de archivos, siempre metido entre los libros polvorientos. Cuando anhelaba una agradable y dulce tristeza bajaba lentamente mi cabeza, ocultaba mis ojos y en mi fantasía evocaba

uno de los más hermosos recuerdos de mi niñez, reliquia sagrada que guardo siempre. En la pared oriental de nuestra casa, pared blanca, surgía el retrato del genio de Vilna, en un marco negro, un hermoso judío de ojos negros y dulces, blanca la barba, cubierto por el manto sagrado y las filacterías, escribiendo con pluma de ave. Recuerdo que un sábado, cuando yo era muy pequeño, quise imitar al viejo judío y me puse a escribir. Cuando mi padre lo vió me reprendió con dulzura, diciendo que a los judíos les era prohibido escribir en el día sábado y que sólo los cristianos lo hacían. Quedé avergonzado, me oculté detrás de mamá y luego, después de pensar un rato dije, indicando con mi blanco dedito al anciano:

— Mamá, ¿por qué escribe este judío viejo si es sábado, éste?...

Mi papá rió muchísimo, alisándose su barba larga, y mi mamá me besó largamente sin decirme nada.

Recordándolo siento un alivio en mi corazón, como lo siento cuando caen las primeras nieves... ¿Es posible que aquel cuadro no exista más, que esté quemado junto con la casa? ¡No, aquello no era posible! Ya llego a mi pueblo, me acerco a nuestra casa, abro la puerta... ¡ahí está mi mamá, alegre y contenta! Mi hermanito Moisés, como siempre, estudiando en sus libros, su negro cabello tapando los ojos. Antes de saludar, antes de besarnos corro a la sala para ver el cuadro con el judío anciano, en el marco negro. ¡Sí, es él! ¡Como siempre, con la pluma de ave, escribe, sí, escribe!

¡Dios mío, qué me importa el cuadro! ¿Para qué me sirve el cuadro? ¡La casa quemada, mi hermanito asesinado! ¡Moisés! ¡Moisés! ¡Mamita! Pero a pesar mío el cuadro no me abandona, llena todas las células de mi cerebro, como si en aquel cuadro quemado estuviera toda mi desgracia y si él existiera nada hubiera pasado. Sí, él permanece ahí escribiendo.

El tren se detuvo en una estación. Subió una judía alta, de rostro amarillo, y me ofrece leche en una botella azul. Yo salto de mi asiento como si me hubiesen abofeteado.

— ¡No quiero! — grito temblando nerviosamente. La pobre mujer se entristece y me deja. Yo medito. ¿Por qué? La sigo y la encuentro bajando del coche con la mercancía en la mano.

— ¡Perdonadme! — le grito y me estremezco todo. — ¿Comprendéis? ¡Un «pogrom»! ¡Un hermano degollado, una mamá herida, ¿comprendéis?

La mujer me observa asustada, avanza y vuelve a mirar y la gente ya se agrupa, curiosa como siempre.

El tren continúa su marcha. Han desaparecido los cipreses. Campos inmensos se extienden a lo lejos, casi desiertos. Me parece que el tren no se mueve y que nunca llegaremos a casa. En el coche viajan algunos judíos lituanos de nuestras regiones. Quisiera preguntarles sobre el «pogrom», quisiera oír los detalles de todo, pero estoy seguro que con sólo empezar a hablar de ello me desmayaría o quedaría muerto ahí mismo. Me detengo y mordiéndome los labios permanezco callado.

Trato de pensar nuevamente en mi hermanito asesinado, en mi mamá herida y sólo pienso en nimiedades, en pequeñeces. Otra vez aquel cuadro, mis juguetes, mis años infantiles.

Tenía yo ocho años. Papá ya estaba enfermo y en cama. Fuí una vez con mamá para degollar una gallina a casa del matarife. Era de noche y una sombría tristeza vagaba sobre todo. La gallina yacía asustada en el cesto, como si comprendiera adonde la llevábamos. En el patio la degolló el matarife. Era una polla joven, sus plumas eran de oro y vi su brillo al reflejo de la luz. El matarife la tomó por las alas. Sacudióse toda entera con desesperación. El hombre le torció el cuello, arrancó algunas plumitas cerca de la cabeza, dijo la bendición levantando los ojos al cielo y cortó...

— Amén — sacudióme el brazo mamá.

— Amén — respondí, temblándome los labios.

¡Aquello era tan horrible! Lo veía por primera vez en mi vida. Brilló el corto acero, un apretón con las manos... y saltó la sangre roja. Luego, un sacudir de alas y...

¡Pobre gallinita, no quería morir!

Al volver a casa reinaba el mismo silencio en la calle. El barro salpicaba y nosotros chapaleamos lentamente en él. Ya la gallinita estaba callada. Mi mamá lo sentía y bruscamente me dijo:

— ¿Sabía la pobre gallinita lo que le pasaría hoy? Así son los humanos también. — Diciendo esto miraba mi mamá hacia lo lejos, al aire negro, como si esperara una respuesta. Pero todo callaba tristemente, todo se interrogaba a sí mismo y no hallaba respuesta. Sólo el lodo chapoteaba a nuestros pasos.

Recuerdo que en aquella noche no pude conciliar el sueño. Sólo pensaba en la gallina que ayer no sabía que la degollarían hoy... en las personas, que también eran así. Pensé y mi corazón infantil latía, llorando sin lágrimas, y hasta cuando me puse más viejo meditaba a menudo acerca de la suerte de la pobre gallinita.

Al recordarlo ahora hierve mi sangre. En vez de la gallina degollada pienso en personas degolladas, queridas personas, hermanos, padres. Trato de imaginarlo con mucha claridad, como si quisiera torturarme. Cuanto más siento apretujado el corazón más trato de imaginarme los cuadros horribles y mis dientes rechinan de dolor.

He aquí que nuestra casa arde toda. También el retrato del genio de Vilna, el judío de la barba blanca, arde; arden también los sagrados libros de papá que mamá cuidaba como a la niña de sus ojos, todo arde. «Ellos» ya arrastran a mi hermanito, a Moisés, en la calle. Grita: «¡mamá, mamá!» He aquí a uno de «ellos», los ojos salientes de las órbitas, estúpido de alcohol y de rabia, blande la cuchilla... no, no era cuchilla, era un hacha. Si, un hacha... Un brillo... y cae pesadamente sobre la adorada cabecita. Oyese el ruido del cráneo destrozado. Un sollozo de angustia... y la sangre fluye lentamente, se hunde en los cabellos... he aquí un charco en el lodo... Parecen serpientes rojas, negras, que se arrastran... Ahí se asesina a mamá... En su pecho está metido un cuchillo... y en la ropa hay líneas rojas, negras...

Un sudor frío cubrió mi frente. Veía turbio a mi alrededor. Me parecía que todos mis órganos se hinchaban. Hasta el cabello se hinchaba y me dolía horriblemente.

¡No, no callaré! ¡He de vengarme! ¡Ah, cómo me vengaré! Incendiaré sus casas de noche, en silencio. Incendiaré sus casas y en medio del tumulto aplastaré sus cabezas, estrangularé a sus hijos, mataré a sus padres... Todo lo haré pedazos y hundiré en su garganta los trozos de vidrio, les llenaré la boca, cortaré sus carnes y llenaré de vinagre y de sal las heridas... ¡No, no callaré por mi madre!

Cuando al tercer día el tren se iba aproximando a mi pueblo empecé a temblar de frío. Me puse el gabán, me envolví en las mantas... todo era inútil. Mis dientes entrechocaban furiosamente, no podía detenerlos.

La locomotora se acercó lentamente a la pequeña y blanca estación, tosía y resoplaba como un elefante fatigado. Callado, los dientes apretados, bajo al andén. Es la misma. La estación está como estaba. Nada ha cambiado. Corren los mozos, cargan equipajes, en la ventanilla se piden boletos, se insultan los cocheros, miran filosóficamente los

flacos caballejos. Heme metido en un coche guiado por un judío negro. Chapotea el animal, metido hasta el vientre en el barro inmundo. Mi pequeño equipaje danza en el fondo del coche. ¡Todo está como entonces! He aquí la torre azul de la iglesia. El sol ya desciende hacia el ocaso, un rojo sol de crepúsculo invernal. ¡Todo está como antes, parece que nada ha pasado! Ya llegaré a casa, mamá preparará la cena. Como siempre, el primer plato será hígado con grasa.

— ¿Dónde quiere que lo lleve? — oigo la gruesa voz del cochero.

Me doy cuenta que nos falta un buen trozo para llegar al pueblo. Campos sembrados de papas.

— ¿A un hotel, eh, joven?

— ¿Eh? ¡No, llevadme a casa de Ana, Ana de Mendel! — grito yo y mi voz suena lúgubre en el silencio. Bruscamente me incorporo y agarrando al cochero por el cuello, rujo tembloroso:

— ¡Dígame usted, señor — las palabras me estrangulan. — ¿Dónde está Ana, Ana de Mendel? ¿Ya está bien, no? A su casa llevadme, sí, a su casa.

El cochero detiene su caballejo, abandona las riendas, me mira curioso, parece confundirse y luego balbucea:

— ¿Ana de Mendel? ¿Entonces usted es su hijo, el estudiante? ¡Salud! ¡Ah, no se puede saludarle, está usted de luto!

— ¡Qué! — clamo yo y siento que al instante sollozaré locamente en el frío silencio de la estepa.

— Qué Dios la tenga en su bien. Era una santa mujer. Estuvo muchos días en el hospital... Ayer la enterraron.

Quedo petrificado. Miro estúpidamente al cochero.

— Lo esperó hasta el último instante... Quería ver a su Moisés, a su hijito.

Bruscamente, asiéndome del gabán del cochero, estallo en llanto. Por primera vez, después de recibido el telegrama, lloro

— ¡Pero hombre, si es mi mamá, mi querida mamá!

Luego no hablo más. Las lágrimas fluyen sin cesar de mis ojos. El cochero no sabe qué hacer. Baja del coche, arregla el equipaje, me mira compasivamente y por fin baja la cabeza y su voz suena ronca al hablar:

— A todos nos ha pasado lo mismo. Yo tenía un lindo coche y lo rompieron en pedazos. Ahora no tengo más que este carro. Fué una suerte que salvé mi caballo. ¿Qué se puede decir? Mi hija... yo tenía una hija... la hicieron desgraciada para siempre... usted comprende...

Ambos llorábamos a voces bajo aquel frío cielo de invierno, en medio de aquellos campos silenciosos. El, parado en el suelo, látigo en mano; yo, en el carro, sentado. El, un judío de cuarenta años, envejecido ya, la barba blanca; yo, joven todavía, afeitado todo. El se secaba los ojos con sus grandes manos callosas, sucias de grasa; yo, con mis manos blancas, acostumbradas a libros y a papeles. Ambos gemíamos con desconsuelo, a veces gritando a voces, luego en silencio, interior, honda, dolorosamente... Cada uno creía su desgracia mayor y no se animaba a consolar al ótro. El sol se hundía envuelto en nubes de sangre. El cielo de invierno miraba fría y despiadadamente los campos desiertos. Hasta el caballo dejó caer desconsoladamente su cabeza de esclavo, irguió las orejas y escuchó con curiosidad el llanto de su viejo amo y del joven pasajero. Me pareció que pensaba.

Cuando llegamos al pueblito había obscurecido ya. En todo el camino el cochero no hizo más que hablarme de su desgracia. Su voz estaba ronca y en sus ojos había lágrimas hirvientes.

— Pronto veréis lo que hicieron de nosotros y de las casas — dijo el cochero cuando llegamos, y quiso sonreirme, pero solo logró hacer una mueca y sus dientes se crisparon... Luego empezó a dar palos al pobre y flaco caballejo.

No dijo nada más.



Al través de mis lágrimas veía yo su espalda muda y encorvada, su espalda flaca de judío, cubierta del ancho gabán.

El cochero me llevó a una pequeña fonda toda ruinosa, en las afueras de la ciudad, salvada por milagro de la tremenda matanza. Allí se supo pronto quien era yo y me ofrecieron realizar los siete días de luto, según costumbre. Sin contestarles me lavé mi cara llorosa y salí a la calle. El patrón me miró despectivamente e hizo un movimiento de desprecio con la mano.

Reinaba un silencio mortal en aquellas calles arruinadas y sucias. Después del incendio las calles habían adquirido un raro aspecto desolado y triste. Parecían esqueletos las ca-

sas quemadas, esqueletos rojos y blancos. Eran restos deformes, hornos quemados, hundidos en ceniza blanca, restos carbonizados de muebles amigos... Chimeneas desnudas erguíanse a lo alto en una solitaria estupidez, extendían sus gargantas al cielo gris como implorando, mudas y trágicas, la divina piedad.

Había grandes orificios que parecían inmensos ojos abiertos en angustia suprema... bocas gigantescas y deformes que clamaban, en silencio: ¡Socorro, piedad!

Aquí y acullá veíanse sombras humanas errantes entre las ruinas, fúnebres cadáveres vivientes que visitaban sus propios sepulcros. A mi lado pasó un judío viejo y encorvado con el libro de oraciones en la mano. Al ver mi catadura extraña se asustó y retrocedió espantado como si lo amenazara con una daga filosa.

Reconocí la chimenea de nuestra casa por el viejo peral, de tronco hueco, que en nuestro patio crecía. Recordé que hacía muchos años arrancábamos sus frutos para arrojárnoslos en los días de penitencia. Ahora estaba el árbol desnudo, negro y quemado su grueso tronco. Me acerqué a la chimenea angustiado hasta lo indecible. A mis plantas chirriaban los carbones. La chimenea derruída, el viejo peral, me miraban extrañados, sin reconocerme. El horno estaba abierto, negra la boca. ¡Cuántas patatas habíamos asado en él Moisés y yo! Mamá hacía toda clase de tortas en él. ¡Cómo nos calentábamos a su lado en el invierno al llegar de la escuela!

Presiento en el aire el retrato del genio de Vilna, aquel viejo judío de barba blanca; lo siento a pesar de estar quemado. ¡Si hubiera llegado yo ocho días antes! Todo lo hubiera encontrado. La casa, los muebles, el retrato del viejo judío, mamá, limpiando los vidrios de la ventana, Moisés sobre sus libros. No es posible que nada de esto exista ya. Debe ser un sueño, un sueño espantoso de chimeneas rojas.

Había obscurecido. Las chimeneas rojas se habían diluído en la sombra densa y todo adquirió vagos contornos, esqueléticos y macabros.

A cierta distancia vi una luz prendida. Reconocí la casa de un cristiano que, claro es, quedó íntegra. Hasta recordé que ahí vivía un zapatero rojo, dueño de grandes perrazos que eran mi terror en otros días. Creo que este amable vecino fué el que, con sus propias manos, mató y quemó. La lucecilla de su casa parece guiñarme y burlarse de mí: «¿Eh, y tu casa? ¿Tu casa, dónde está?» En realidad podría yo ahora hacer lo que quisiera... bien podría acercarme con cuidado, arrastrarme como un mono... un poco de paja seca y... fuego!

Pero yo mismo siento que no lo haré. Aquellos crueles sentimientos de venganza que abrigué al llegar se han diluído en mí. No sé cómo ha podido pasar aquello. Demasiado grande es mi desgracia, demasiado hondo mi dolor para que puedan ser vengados. Por la nula y miserable venganza no venderé mi pesar inmortal... No, lo que siento es una amarga piedad hacia todo.

—Laaa...a...a... Crrraaa...

Es el graznido de un cuervo que viene a las ruinas solitarias. Me parece ver el alma negra de alguna bruja que se alegra de mi dolor. «¿Se cumplió mi profecía... eh?» Y mi dolor impotente aumenta, crece, fermenta, se hincha.

¿Vengarme? ¿De quién? ¿De qué? ¿Dónde está la enorme bestia de la matanza? No la veo; sólo veo restos insignificantes. Veo huesos roídos que ha dejado en la calle después de hartarse de sangre fresca y de carne tibia. La enorme bestia se ha deshecho, sus células se han separado y siempre existen entre los hombres. Aquellas células, aquellos gérmenes del odio y del mal se habían fusionado y de su unión surgió una bestia gigante y sanguinaria de mil cabezas y dientes enormes, de garras corvas y uñas de metal, con un solo instinto bestial en la sangre. Aquella hidra del «pogrom» cayó bruscamente sobre las calles pacíficas, destrozó y quemó, mató y violó, se hartó de sangre y de carne tierna, quedó exhausta y su células se separaron, se dispersaron en la inmensidad... ¡Ve y búscalas ahora, ve y encuéntralas! ¿De quién vengarse? Por más que estrangules muchas, quedarán. Era necesario ahorcar la bestia, toda, entera; era necesario martirizarla, romperle la cabeza, arrancarle las entrañas, pegarle con el hacha en el mismo corazón... ¡Pero era imposible! ¿Adónde estaba la bestia? Ya no había nada.

—¡Guau - uau - uau!

Era un perro que ladró, haciéndome estremecer en la noche tranquila. Yo permanecía cerca de la chimenea, erguido tan estúpidamente como ella. Era un enorme perrazo que se abalanzó sobre mí, saltando entre las ruinas. Ladraba furiosamente, movía la cabeza, se me acercaba cada vez más. Reconocí el perro del vecino, del zapatero rojo. Sus ladridos se hundían en mi cerebro como clavos fríos, helados.

—¡Fuera! — grito, dando una patada en dirección de la fiera.

El perro pareció esperar aquello. Se arrojó sobre mí con una furia espantosa, abría una enorme bocaza. Creí que me hincaba los dientes. Me puse furioso. Mis dientes rechinaron en la obscuridad como los de un lobo hambriento.

—¡Ah, perro! ¿Has olfateado un judío? ¿Un judío para comerlo? ¡Perro infeliz!

—Hau - uau - uau — sollozaba el perro.

Una ola de fuego, con sabor de sangre, me aprieta la garganta. Inconscientemente levanto del suelo un tubo de hierro y lo dejo caer con todas mis fuerzas sobre el animal. Oigo un ruido de huesos rotos, un crugido espantoso, un gemido de angustia... y el silencio vuelve a reinar. Arrojo mecánicamente el hierro y me inclino al suelo, palpando con las manos. El perro yace con la lengua afuera, el cráneo magullado y de su boca fluye un chorro de sangre... Me pareció que era una escena de algún cuento de hadas con sangre de una víctima impura sobre un altar sagrado.

Y antes de volver en mí, antes de darme cuenta de lo que hice, oigo que se abre la puerta de la casa del zapatero rojo, resuenan maldiciones, gritos y...

Parece que el rojo oyó...

Z. SCHNIUR

TRADUCCIÓN DE JOSÉ LIEBERMANN

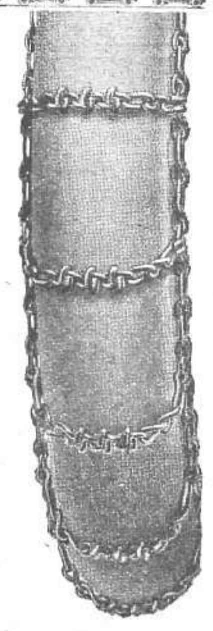
DIBUJOS DE MACAYA



Algunos de los caracterizados asistentes al banquete servido en honor de don Enrique W. Burgos con motivo del X aniversario de su periódico "El Heraldo" y de la terminación de su carrera administrativa en el Ministerio de Obras Públicas.

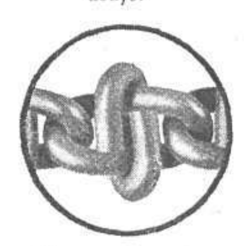
Cadena WEED de Lujo

Una Cadena Nueva y Mejor.



Un eslabón reforzado circunda cada eslabón de juntura de la cadena principal. Véanse los grabados de abajo.

Nótese en la ilustración cómo cada eslabón reforzado imprime su huella cuádruple en el suelo: cuatro puntos de contacto en lugar de dos y de doble fuerza corriente en el punto donde se apoya. Estos eslabones, reforzados y superpuestos en los eslabones de juntura de la cadena principal, aumentan la tracción, eliminan las sacudidas, previenen las roturas por esfuerzos excesivos, permiten dar a los eslabones de juntura principales un temple más duro, y duplican la vida de la cadena.



El nuevo gancho conector; cómo funciona.

Nótese el fácil funcionamiento del nuevo eslabón conector. Junta las cadenas laterales mediante un pequeño esfuerzo, queda asegurado el cierre mediante una presión del pulgar y permanece cerrado bajo cualquier circunstancia, esté tirante o floja la cadena.



Enganchando la cadena.



Ajustándola.



Cerrada.

Adquiera usted un juego de estas resistentes, económicas y fácilmente ajustables cadenas WEED de LUJO. Conseguirá usted con ellas una tracción máxima y seguridad de no patinar, a un precio insignificante por kilómetro.



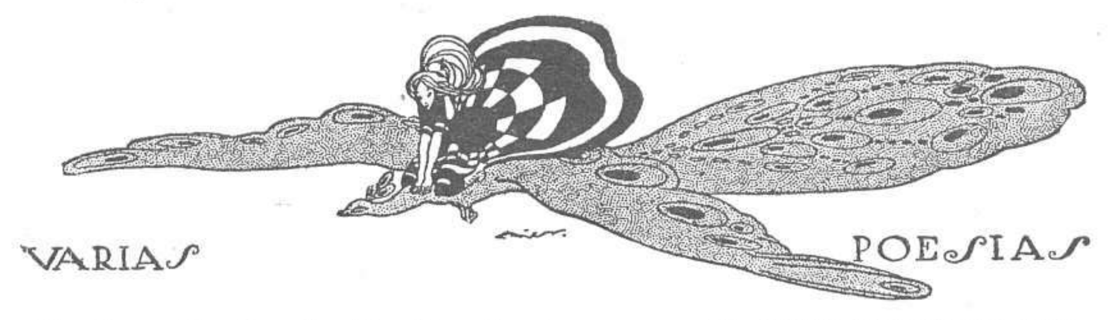
AMERICAN CHAIN COMPANY, Inc.

Departamento de Exportación

GRAND CENTRAL TERMINAL BUILDING, Nueva York, E. U. A.

REPRESENTANTE PARA ARGENTINA, URUGUAY Y PARAGUAY:

OTTO EBERSON - Moreno, 508 - Buenos Aires



VARIAS POESIAS

EL SECRETO

Por

ALFREDO R. BUFANO

I

El alma del muerto era un pájaro
que cantaba sobre una rama:
— Rosa que estás en el rosal,
¿quieres decirme quién la ama?

Miró al pájaro la rosa,
en sus pétalos brilló una lágrima,
y no dijo
nada.

II

El alma del muerto era un pájaro
que cantaba sobre una rama:
— Estrellita que estás en el cielo,
¿quieres decirme quién la ama?

La estrellita brilló más que nunca,
la estrellita lloraba y lloraba,
pero no dijo
nada.

III

El alma del muerto era un pájaro
que cantaba sobre una rama:
— Viento que ves todas las cosas,
¿quieres decirme quién la ama?

El viento se detuvo un instante,
sollozó entre las ramas,
y no dijo
nada.

IV

¡Bien guardaron el secreto
la estrella y la rosa y el viento que pasa!
¡Pero el alma del muerto era un pájaro
que en el árbol lloraba y lloraba!



ELEGIA DE UNA MADRE

Por

CAMPOAMOR DE LAFUENTE

Aquella dulce muchacha
vivía en un largo sueño:
soñaba en un angelito
que le vendría del cielo.

Era su sueño más dulce,
su más dulce pensamiento;
y sólo en eso pensaba,
y sólo soñaba en eso.

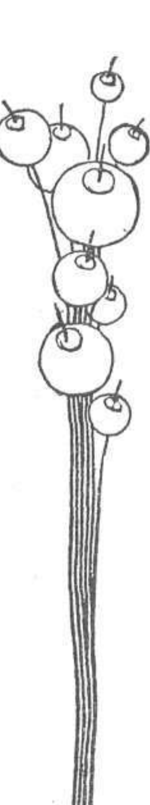
Le preparó la ropita:
pañales, fajas, baberos,
camisitas, escarpines...
Ella todo lo iba haciendo.

Todo con mucha terneza
y muchísimos desvelos;
que la pobre no dormía
pensando en su pequeñuelo.

Al fin, al fin una noche
se oyó en la casa un lamento...
un quejido prolongado,
unos ayes lastimeros.

En aquella triste noche
se le hizo carne su sueño;
después de tantas fatigas,
después de tantos desvelos.

¡Qué divina criatura!...
Angelito verdadero,
llegó a la tierra y al punto
se volvió para los cielos.



TENGO SED!

Por

IGNACIA MICALÓ

¿Dónde hallaré para mi sed ardiente
el agua apetecida?
¿Dónde hallaré para mi boca seca
el agua fresca y limpia?
¡Tengo sed! ¡Ay! Deseo ardientemente
el agua fresca y limpia!
¡Yo no quiero champagne ni quiero mieles!
¡Quiero agua, fresca y limpia!
¡Quiero agua, que mitigue mis tormentos
y que me dé la paz apetecida!
¡Qué devuelva a mi mente la ventura!
¡Qué devuelva a mis labios la sonrisa!

Planté muchos rosales; desgarraron
mis manos sus espinas,
y se secaron luego; les faltaba
el agua fresca y limpia.
Convertidos en pobres ramas secas
yacen los que cuidé con ansia altiva...
Para mí no brotó en la Primavera
ni tan sólo una flor apetecida.

Seco mi corazón como la tierra
ardiente bajo el sol, mi boca ansía
para apagar su sed desesperante,
el agua fresca y limpia;
el agua, que mitigue mis tormentos
y que me dé la paz apetecida.
¡Qué devuelva a mi mente la ventura!
¡Qué devuelva a mis labios la sonrisa!



Baile de fantasía y disfraz efectuado en el «Select» por el centro social «Los Unidos», de Martínez.

Baile de máscaras dado en honor de las familias del Club Social de Victoria.

Notas Sociales

Mucho me temo, lectoras amigas, que muy pocas, entre ustedes, recuerden que hoy, más que nunca, debemos preocuparnos de los «intereses espirituales, cuya consideración es particularmente propia de estos días de recogimiento, meditación y penitencia...». (1).

Y son estos días que vivimos, precisamente, los que pueden predisponer al recogimiento, a la serena meditación, ya que tanto nos apresuramos a huir de las grandes ciudades para gozar ampliamente del maravilloso espectáculo del mar; preciso es convenir, sin embargo, que a ustedes, amigas mías, no les sobra tiempo para la contemplación de su *palpitante inmensidad*, y sufrir esa divina sugestión de serenidad y arrobamiento... Ni de llegar a comprender cuán infinitamente pequeños resultan nuestros afanes de mundanidad y ostentación ante esa suma, imponderable grandeza...

Pero no teman ustedes — no es ésta mi intención — que me proponga convencerlas, porque estamos en plena cuaresma, que sea necesario llevar una vida de absoluta austeridad, sobre todo cuando se ven ustedes rodeadas de todos los halagos propios de la primera juventud; ¡no por Dios! Sólo deseo expresar que me duele, me duele intensamente, el escuchar la crítica incesante, inexorable, al referirse a la extraordinaria liberalidad de las deliciosas figuritas juveniles que, dotadas de todas las ventajas de la vida, no reflexionan que esas mismas ventajas las obligan a dar elevado ejemplo de decoro y dignidad.

Las playas a la moda han dado, pues, amplio tema a la crónica maligna... Los que acuden, por mera curiosidad, a los *links* del golf, refieren con cuanta frecuencia se ve a las gráciles siluetas femeninas, modeladas por el jersey de sus trajes de deporte, que, una vez terminado su partido, se tienden sobre la hierba, encendiendo el perfumado cigarrillo, con actitudes de refinada coquetería; una coquetería que nos hace recordar involuntariamente el juego de palabras empleado por Benavente en «Rosas de Otoño»... Las horas transcurren así, el flirteo más o menos discreto, pero poco señoril, desgraciadamente...

En cambio nos llegan comentarios muy simpáticos respecto del último crucero a los mares del sur: la cordialidad y la alegría fueron la nota predominante en tan interesante jira...

Parece que se hubiera iniciado también más de un romance sentimental, y entre tanta primicia debo referir a ustedes, lectoras mías, con decidida indiscreción, que muy pronto ha de formalizarse el compromiso de una interesante figura femenina que lleva dos apellidos ilustres en nuestra historia nacional: el primero, de heroica tradición, puesto que cuatro hermanos le honraron como soldados y caballeros; el segundo resplandece como el de un gran soldado y estadista eminente... Acompaña a estos apellidos un nombre tan suave como lindo, nombre que inmortalizaran dos reinas sabias y prudentes, que reinaron en realidad porque dirigieron los destinos de naciones como Suecia, la fría comarca del norte, y recientemente como España, toda luz...

Morena y de menuda silueta, es, como todas sus hermanas — que llenaran de vida y alegría la hospitalaria casa familiar — un espíritu inteligente y vivaz, gran aficionada a deportes, bailarina infatigable... El simpático candidato lleva también apellido compuesto, muy conocido y estimado en la sociedad argentina; su nombre — el mismo de su padre — evoca el recuerdo del poeta-filósofo amigo de Virgilio. Si nos dejáramos llevar por las apariencias podríamos decir: es ya un hombre serio... Pero los trazos de plata sobre las sienes se olvidan muy pronto cuando vibran los acordes de la orquesta y se le ve cruzar, sosteniendo con firme brazo la frágil figurita, bailarina infatigable...

En el concurso de máscaras organizado en el suntuoso transatlántico fué la más celebrada, por su ingenio y originalidad, una simpática personalidad de la aristocracia porteña; hacer su silueta sería repetir los datos de familia que acabo de anotar en nuestro romance sentimental; sólo me resta — a fuer de cronista fiel — el referir a ustedes que, vistiendo traje de manola, todo blanco, supo imitar a una célebre estrella de la tonadilla y que fué una diminuta y graciosísima danzarina; pero donde culminó su ingenio fué al presentarse vestida de trompo, girando con tal agilidad que conquistó el premio, que le fué entregada en medio de una calurosa manifestación de afecto y simpatía...

Tan grato comentario nos enseña una vez más, amigas mías, que bien puede disfrutarse de todos los halagos de la vida mundana con mucha alegría, con mucho entusiasmo, pero con el recato que corresponde por tradición a las personalidades de nuestra vieja y acrisolada sociedad.

La dama duende.

Buenos Aires, febrero 27 de 1923.

---

(1) Pastoral de S. I. el Gobernador Eclesiástico.

TUVE MI HORA DE PAZ

Tuve mi hora de paz al lado tuyo,
Exenta de inquietudes y añoranzas;
Una lánguida hora que hoy diluyo
En un tinte de blancas remembranzas.

Yo me sentí feliz, buena, sencilla,
Libre de toda absurda pretensión.
En égloga gentil fuera gramilla,
Cítiso, trébol, pastoril canción.

Yo gocé la dulzura de sentirme
Lejana de mí misma, tan lejana,
Que sólo el renacer tras bien morirme
Diérame ahora una ilusión tan sana.

¡Una hora de paz! Yo la he vivido
Y constante el recuerdo allí se escancia
¡Una hora tan sólo ha florecido,
Y aún anégase el alma en su fragancia!

MARÍA LUISA CARNELLI


Perfume
Excelsior
de
Griet
Entre la selecta variedad de estos exquisitos productos, recomendamos especialmente los finos
Polvos de Tocador
que por su pureza indiscutible otorgan belleza y suavidad al cutis de las damas.
Se preparan en los tonos Blanco, Rosa y Rachel.
GRATIS se remiten muestras a quienes las soliciten.
POLVO
Gladys
La caja, $ 2.40
POUDRE
Excelsior
EXTRA CONCENTREE
GRIET & Cie
POLVO
Excelsior
Extra Concentré
La caja, $ 1.70
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible
La caja, $ 1.50
Griet & Cía
Perfumeria Excelsior
Lavalle, 717—Buenos Aires

De San Isidro



La señorita Lilian G. Harrison, intrépida nadadora, que ha conseguido recientemente el título de campeona mundial de permanencia en el agua, rodeada de algunos de los asistentes a la fiesta dada en su honor por el Club Náutico, del cual es socia.



Gloria, acróbata del aire

Paracaidista!... He aquí un oficio que nuestras abuelas no habían previsto. Sin embargo, la señorita Gloria lo había, deliberadamente, escogido entre los que se le proponían. Un buen oficio, además, que da plata y fama. Un poco peligroso, es cierto. A pesar de los perfeccionamientos aportados a la industria del paracaídas, un riesgo subsiste y es que la tela, demasiado húmeda, no se distienda. Entonces es la muerte segura.

La señorita Gloria tenía veinte años, la belleza del diablo y la agilidad exigida por la dactilografía. Su porvenir, como se dice, estaba trazado de antemano. Cuatro años de labor en la sombra de los escritorios, reunir una dote y casarse antes de haberse puesto la cofia de Santa Catalina.

Ya había hallado marido. Raoul, corredor en perfumes, la seducía por sus buenas maneras y el aroma fino que se desprendía de su persona. Cada domingo la conducía en excursiones maravillosas, de donde volvía repleta de amor y de muestras de perfumería.

La primavera pasó así como un sueño. Pero en Julio el señor Raoul se fué para no volver más y Gloria, sola con su máquina de escribir y su desesperación, pensó en morir... Dudó entre el veneno y el arma de fuego, una tarde en que erraba por las calles de Beauvais, donde su familia pasaba las vacaciones. Una muchedumbre que llenaba el camino que conducía al aeródromo iba a asistir a un miting de aviación. Gloria siguió la muchedumbre, sin dudarse que ella seguía su camino de Damasco.

Doblada por la pena, no se preocupó de las hazañas aéreas, «loopings», «tirabuzones», caídas sobre el ala, ejecutadas por un piloto acróbata que arrancaba a los espectadores gritos de admiración y de terror. Sin embargo, se interesó cuando anunciaron el descenso en paracaídas, porque una nerviosa curiosidad ya agitaba a los espectadores, semejante a la que despierta la proximidad de la muerte del toro en una corrida. Todas las miradas convergían en una mujer joven a quien el traje hacía parecer un muchacho. Estaba vestida de una combinación de piloto y cubierta la cabeza por un bonete de cuero. Alguien le ofreció una flor y púsola en el ojal. Luego sujetó a su espalda el paracaídas. La joven montó al aeroplano que ascendió en el azul... Depronto se oyó un grito: «¡Acaba de saltar!» Y, en efecto, un punto negro se había desprendido y rápidamente caía. Diez segundos de angustia y el punto negro tornó a ser un punto blanco. El paracaídas desplegado balanceábase al gusto del viento. Por fin lo posó sobre el césped. De ese hongo gigantesco se vió salir, como en los cuentos de hadas, una mujercita riente y gesticulante. Dos hombres la alzaron sobre sus espaldas. La muchedumbre la aclamó y los fotógrafos la retrataron cubierta de flores antes de que un automóvil la raptara.

—«¡Yo también seré paracaidista, y si muero, tanto mejor!»

La romántica Gloria creía que Raoul, a su vez, también moriría de remordimiento.

Esperando ser mayor de edad para poder anunciar su decisión a la familia, Gloria se iniciaba en las cosas del aire. Se le vió a menudo en el Bourget, donde se mezclaba a los curiosos que miran partir los aviones como nuestros abuelos miraban partir los trenes. El día del aniversario de sus 21 años se enroló en la corporación de los paracaidistas y el 1.º de mayo hizo su primer descenso.

Tirada al aire, Gloria conoció minutos de angustia esperando oir el golpe seco de la tela, semejante al que hacen las sábanas sacudidas por la lavandera. Sintiéndose a salvo, se dejó llevar por el placer de verse arrastrada por algo blando, mientras silbaban las cuerdas del paracaídas a los llamados del viento. Era una música extraña que la acompañó hasta tocar el suelo. Aclamada, fotografiada, cinematografiada, Gloria volvió a su casa habiéndose olvidado completamente de maldecir al infiel.

Como ella ganaba ahora en 5 minutos más dinero que antes en dos meses de trabajo, aban-

donó la dactilografía. Todos los domingos descendía del cielo sobre la hierba normanda, bretona o provenzal... Luego fué la tierra belga, suiza, española. Gloria aprendía la geografía y se enriquecía.

Su nombre figuraba ahora, en grandes caracteres de imprenta, sobre los carteles de las fiestas del aire. Se transformó en una elegante. Pasó por hermosa. Se le ofrecieron fortunas y se le propusieron matrimonios a granel.

Ese 15 de agosto los organizadores del miting de aviación de Deauville, a fin de terminar airosamente su programa, habían imaginado el descenso de paracaídas en plena mar. La emoción del público sería mayor, y los beneficios también.

Gloria, «la célebre paracaidista», fué contratada. Para echarse al agua reemplazó su combinación por una malla de baño que dejaba descubiertas sus hermosas piernas. La idea de caer así de las nubes entre las olas empañaba un tanto la felicidad de Gloria, no porque no le sobrara confianza en su aparato y en los barcos que saldrían a recibirla, pero después de que era célebre la vida le interesaba. Nadie — no obstante — sospechó su temor, mostrándose, como se mostró, despreocupada y calma en los preparativos del viaje.

Todo pasó bien. El público tuvo su estremecimiento cuando el paracaídas, después de haber tardado en abrirse, vino a echarse sobre el agua como un nenúfar.

Los marineros recogieron a la paracaidista y la llevaron a bordo, donde los oficiales de marina se disputaron el honor de friccionarla.

Una canoa condujo a Gloria a la playa, delante de la tribuna oficial. El prefecto pronunció algunas palabras, emocionado.

Fué bajo una lluvia de flores que Gloria se dirigió a su coche. Dos admiradores exaltados la alzaron sobre sus hombros y besaban sus pies desnudos. Desde este trono contemplaba la muchedumbre, las manos que la aclamaban, los bastones que alzaban en alto los sombreros. Gloria sonreía ante el espectáculo.

Fué en ese instante cuando apercibió a Raoul, que daba saltos como un pescado fuera del agua, queriendo ser visto, y agitaba un pañuelo para que lo mirara.

— ¡Raoul!... ¡Cómo era de ridículo! ¡Cómo era de feo y pequeño visto desde esa altura!...

La «célebre paracaidista» no lo reconoció.



LOUISE FAURE FAVIER

TRADUCCIÓN DE BALTASAR DE LAON

ILUSTRACIONES DE BESARES







Acto de la escrituración, ante el escribano público Dr. Leopoldo E. Gutiérrez, de las casas otorgadas como premios en el 2.º GRAN CONCURSO NACIONAL DE LOS CIGARRILLOS "43"

Las casas han correspondido a las siguientes personas:

Casa calle Páez, 1845, a don David Nayar, domiciliado en Daireaux, Prov. de Buenos Aires (F. C. S.).
» » Terrero, 825, a don Alberto Gómez, domiciliado en la calle Corrientes, 1345, Capital Federal.
» » Páez, 1885, a don José Antonio Pérez, domiciliado en la calle Humberto I, 217, Quilmes.
» » Páez, 1853, a los señores Clodomiro Vargas, domiciliado en la calle Baradero, 283, Capital Federal. Simón Garfinkel, domiciliado en la calle Juan Bautista Alberdi, 3607, Capital Federal.
» » Páez, 1861, a don Bautista Villalba, domiciliado en M. Buratovich, F. C. S., ramal a Patagones, Provincia de Buenos Aires.
» » Páez, 1801, a don Alfredo E. Alvarado, domiciliado en la calle Chicago, 6626, Cap. Federal.
» » Páez, 1893, a don Ramón Sierro, domiciliado en Bolívar (F. C. S.), Prov. de Buenos Aires.
» » Páez, 1879, a don Tomás Mateo, domiciliado en el pueblo de La Laguna (F. C. P.), provincia de Córdoba.

Casa calle Páez, 1869, a don Antonio Lahera, domiciliado en la calle Guido, 1948, Capital Federal.
» » Páez, 1807, a doña María Luisa Morando de Carrera, domiciliada en la calle Independencia, 1624, Capital Federal.
» » Páez, 1813, a don Francisco Ambrosio Lagomarsino, domiciliado en la calle Garibaldi, 18, Quilmes (F. C. S.).
» » Páez, 1821, a don Salvador de Guevara, domiciliado en la calle Gutiérrez, 3980, Capital Federal. (Vecino de la provincia de San Juan).
» » Páez, 1829, a don Francisco Giorgi, domiciliado en la calle Rivadavia, 237, Santa Fe.
» » Páez, 1837, a la señorita Pascuala Villegas, domiciliada en el Hotel Galileo, calles Perú y Alsina, Capital Federal.

Como el poseedor del cupón correspondiente a la casa de la calle Trelles, 826, no se ha presentado todavía y el plazo para la presentación vence el 17 del corriente mes, el Directorio de Piccardo & Cía. Ltda. S. A. ha resuelto prolongar por 90 días más dicho plazo, vencido el cual, si nadie se hubiere presentado con el cupón premiado, la mencionada propiedad será puesta en remate, destinándose el importe que se obtenga a beneficio total de la Asistencia Pública.

UN GORRION BORRACHO



UELLEMENTE respaldada, en un viejo y umbroso bosque, se destaca una hermosa blanca casa solariega en la que el tiempo y las lluvias, con sus insistentes caricias de manos rugosas, de manos húmedas, han ido lentamente robando las fibras calcáreas hasta darle el aspecto de una tela raída. Al pie de una de las paredes laterales se alzan y extienden los vigorosos sarmientos de una vid moscatel, cuyos racimos colgantes, de gruesos y dorados granos, se aprietan unos a los otros, restañando el dulzor de su jugo, medrosos de caer atraídos por implacables labios en la molienda de dos hileras de filosos dientes.

La casa silenciosa, en medio de un aparente abandono de sus viejos moradores, facilita la concurrencia natural, tranquila de innumerables aves, que levantan sus nidos por donde quiera en el tupido ramaje, donde también los insectos se pasean en múltiples legiones. Nada les espanta a pájaros e insectos y, ellos, confiados cantan, vuelan, van y vienen, posan un instante, se alzan de nuevo y rumorosos se deslizan entre las verdes hojas, juegan engañosos entre ellos, unos bajan, otros suben, y, finalmente, retornan y jadeantes se detienen prendidos con sus débiles garras en la rama de preferencia, que les columpia orgullosa mientras el sol les quema con sus rojos rayos.

Ahí multitud de colibríes destilan el divino jugo de rosas y jazmines; una bandada de jilguerillos, inquietos y revoltosos, apaga su sed en una fuente de piedra; dos palomitas torcaces susurran sus plañideras notas de amor, y un pesado abejorro zumba y gira, gira millares de vueltas alrededor de su prometida que, extasiada ante tanta constancia, ante tan fino querer, no ve la celada que le prepara una desleal, traidora araña, que, astuta, teje la fina red de impalpables hilos platinados, para de prisa arrojarla en ella...

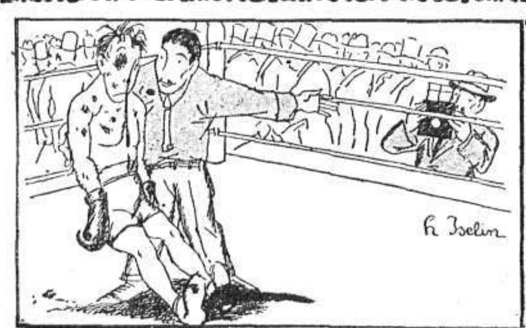
¡Qué de cosas parecidas pasan en la vida de los hombres!

Cerca de estos grupos de vida típica, en que posiblemente tanto se ríe, en que tanto se llora, en que tanto se espera sin saber hasta cuándo, una mañana, desde mi banco de mármol, viejo, desvencijado, decorado en líneas indefinidas por un fino musgo, paseaba furtivas miradas desde el tronco a la rama, desde la hoja a la flor, y allá descubrí, posado sobre la guía de racimos de dorados granos, bajo la sombra de un grupo de verdes hojas, un goloso gorrión que devoraba incesante, sin fatiga, tranquilo; tomaba de un lado, tomaba de otro, un paso hacia adelante, otro hacia atrás, devoraba hollejos, devoraba pulpa, devoraba grano y no acababa nunca.

De pronto, al crujir de un gajo, que fué como un milagroso alerta de la llegada de un audaz gavilán, que hizo rechinar su acerado pico casi rasando la cabeza del gorrión que, ante tan intempestiva visita, abandonó su fresco manjar, brincó dos veces a pies juntillas con sus diminutas y corvadas piernecitas, agachó cuanto pudo la coca, como un muñón de cuello envuelto en plumas mojadas, esperó, luego tendió sus alas tiesas, movió el timón de fondo y fué a posarse en lo alto del amplio arquitrabe de la señorial casa. En descubierto, libre, dominando todo el espacio con sus grandes ojos glaucos de borde amarillento que, como en chispazos de luz, todo lo absorbe en una sola mirada, quiso descubrir el peligro que al no encontrarlo ya juzgólo irrisorio. Del arquitrabe, un instante después, se dejó caer sobre su ala izquierda que inmovilizó, mientras batía lentamente la derecha hasta llegar al sitio donde estaba su manjar; allí abrió en curvado abanico su timón de cola y suavemente volvió a caer sobre la guía del opulento racimo que, al inoportuno contacto, parecía estremecerse de dolor, y, nuevamente, empezó a devorar ansioso como si jamás hubiera comido.

¡Oh! el gorrión, que al parecer es indefenso, es incapaz de tanto daño, porque es pequeño, porque es deforme, porque es inconstante y ocioso, que no le preocupa ni siquiera la casa para su prolífico hogar, cae a todas horas en bandadas sobre los fecundos huertos y devora cuanto encuentra hasta henchir su elástico buche... Diríase que el hombre, aunque mucho más afectuoso, también tiene y sabe de gorrión...

Muchas veces, cinco o más, hizo el mismo recorrido aquel viajero nunca harto; desde



NECESIDADES DEL RECLAMO

— ¡Vamos, pronto!... Una sonrisa... Ahí está el fotógrafo.



— Jaime, desde que perdió a su mejor amigo, está triste

— Lo creo; se casó con su mujer.

el arquitrabe al racimo, desde el racimo al arquitrabe, hasta que sobre el ardiente ladrillo de éste se dejó caer negligentemente, ebrio de néctar; sobre su lado derecho y luego extendió el ala libre para cubrir del sol sus endebles patitas, mientras hundía dos o tres veces su enmelosado pico entre las plumas del vientre.

Me parece verlo aún. No era más que un montoncito de plumas grises. Dormitaba inmóvil, desplomado, sin preocupación ni zozobra, como si su horario de trabajo no le llamara, ni como la más leve, ni como la más ingenua inquietud. Era soberano de la selva, proletario, y por eso soberana de su vida...

Pero la dulce, la tranquila paz de la vida no es eterna.

Al pasar, el ojo avizor de una compañera, vagabunda como él, con esa intuición propia del sexo le descubrió, y haciendo un planeo maestro, tras de una curva cerrada, se dejó caer a un palmo del mismo sitio. Se acercó alegre y confiada, dando infantiles brinquitos; después se aseguró que en derredor no había ninguna rival que envidiosa y mal contenida interrumpiera su idilio, abrió sus alas y le cubrió amorosa, más bien protectora, exquisita en su ingenua intención.

Una cálida caricia, aun para el más inocente de los machos, es revelación de amor, es invitación a vivir la vida, la vida cuyas horas fugaces las cuenta, una a una, con su reloj de arena nuestra madre común. En el primer instante aquel roce de plumas debió parecerle una traición del gavilán inoportuno de otra hora, pero despertando de su sueño, un tanto inquieto, abarcó la escena y, regañón, con enérgico gesto, deshaciéndose de tal embrujo, pareció que le decía:

—¡Compañera, poco a poco!

Entonces de nuevo ella insinuó irradiando con toda la intensidad de una mirada pasional, pió dos o tres monosílabos enérgicos, sacudió ansiosa el plumaje, acható cuanto pudo su cuerpecito, abrió el pico, aflojó las temblorosas alitas y esperó en un instante de elocuente silencio. El gorrión, que aun se doblaba perezoso a los efluvios del néctar de los azucarados granos, abrió las alas en oportuna indiferencia — hermosa y sabia lección para los hombres —y coqueto, altivo, con un volcán de ideales en su diminuta cabeza, alzó el vuelo hasta el sarmiento donde pendía el dorado racimo, picó de nuevo y retornó hacia ella. Al verlo, la enardecida gorriona saltó a su encuentro, abrió sus alas contra las alas de él, apretó su pecho contra el pecho amigo, entrelazaron sus endebles patitas, y los picos entreabiertos mordiéndose las lenguas, se remontaron y describieron una curva descendente hasta el suelo, se confundieron en la tierra, que se levantó impalpable entre ellos, y prendidos como fueron, ya rabiosos, ya anhelantes volvieron al arquitrabe. Ahí piaron, se hicieron nuevas manifestaciones de amor — pactos que no se cumplen y juramentos que son en vano, — iniciaron luego una danza de saltos y encuentros y, finalmente, de un volido cayeron sobre el manjar generoso de los granos dorados, que en silencio lloraban su dolor, humedeciendo la tierra, gota agota, como lágrimas de un dolor de inocencia ultrajada.

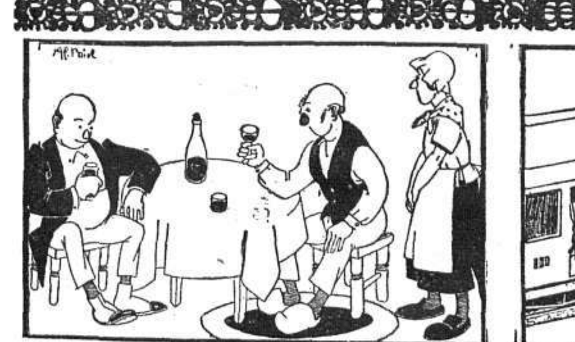
Engulleron a dos picos, engulleron sin cansancio, sonriendo a veces, refunfuñando en otras, hasta que sólo quedó un grano y, entonces, discurriendo «ese me toca a mí; no, a mí; lo quiero yo; no, es mío...» se volvieron a prender y rodaron por tierra; la hembra, consentida, impostora; el macho, vencido por los néctares del amor y de la uva, incierto y casquivano; ella, queriendo siempre y él, ahora, otorgando, volvieron a posar sobre el amplio arquitrabe de la regia mansión señorial.

Lo que después sucedió, allá veinte días y veinte noches, lo saben todos los pájaros, todos los insectos, todos los árboles y todas las flores.

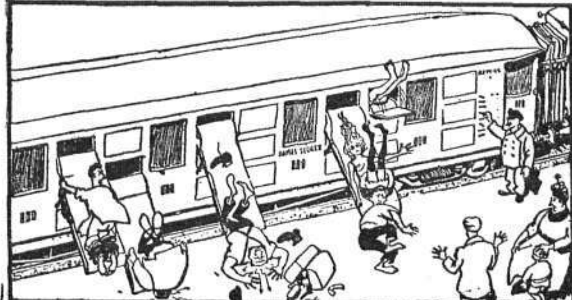
— ...una gorriona vanidosa, airada y celosa, que sólo sabe de espulgos y peinados de pico, que engulle por mitad, por mitad con sus seis pelados pajarracos las lindas, gordas y sabrosas orugas que el pobre, desdichado y obsecuente gorrión acarrea sin cesar, instante a instante, pagando tributo a su borrachera de glotón, que no encontrara una gitanilla que le dijera la buenaventura de su amor, después de haber aceptado y transado por hacer un venturoso hogar, en el que no siempre habría de sobrar el pan para él...

Hombres y gorriones tienen, muchas veces, el mismo modo de filosofar!...

E S T E B A N F. G A R Z Ó N



¡DEGUSTACION!
—¿Cómo encuentra usted mi vino?
—¡El agua se me viene a la boca!



Dispositivo para impedir que los viajeros de coches-camas pasen de la estación en que deben descender en plena noche.

De Villa Urquiza

Distinguidas familias que asistieron al baile de fantasía celebrado por el Club Juvenil con mucha animación.



"Manuelita Rozas"

Poema dramático en cuatro actos y seis cuadros y en verso, original de

EDUARDO R. ROSSI,

que próximamente será puesto en escena por Blanca Podestá

ESCENA XII DEL PRIMER ACTO



MANUELITA
¡Amigo bueno y sincero
De los años de la infancia!

BENJAMÍN
¡Jazmín del país hechicero
Del porteño jazminero
Que embriaga con su fragancia.
Jazmín que besa la brisa leve
Mientras la arrulla con su canción!

MANUELITA
¡Benjamín!...

BENJAMÍN
Casto jazmín de nieve
¡Del jazminero de mi ilusión!

MANUELITA
Benjamín, amigo leal
De mis penas y alegrías,
¡Qué siniestras y bravías
Las negras sombras del mal
Se yerguen sobre sus días!

BENJAMÍN
Pero esas sombras, yo te lo juro
Que han de tornarse plenas de sol
Si no marchítase el jazmín puro
Del jazminero de mi lusión.
(*Lozano cruza cautelosamente la escena y poco después Troncoso en igual forma.*)

MANUELITA
¡Ay! el jazmín se marchita
Al peso de un vendaval!
¡Infeliz de Manuelita,
De ser traidor a tatita,
Te denunció un federal!
Y ha tramado un criminal
En la sombra su venganza!
¡Sálvate de la asechanza
De su sangriento puñal!

BENJAMÍN
Del mazorquero
El puñal hiera, salvaje y frío
Mi corazón,
¡Pero el olvido no mate aleve,
El casto y bello jazmín de nieve
Del jazminero de mi ilusión!

MANUELITA
En seguro asilo busca
Tu salvación que es la mía...

BENJAMÍN
¡Ah, maldita tiranía!

MANUELITA (*trémula*)
No, no: ¡la pasión te ofusca!
¡Es el Destino que cruel
Ha cubierto el patrio suelo
De sangre, de luto y duelo!...

BENJAMÍN (*violento*)
No el Destino: ¡Juan Manuel!
(*Manuelita se estremece.*)

MANUELITA
¡Tú, también, Benjamín, alzas airado,
Contra mi padre tu protesta ruda!
¡Y sabes que es mi padre idolatrado!
¡Y es Benjamín quien de su amigo duda!
¡Eres injusto, Benjamín; escucha
Y luego ten piedad de Manuelita!
¡Tú bien conoces la terrible lucha
Que, con saña inaudita,
Contra mi pobre padre, ha largos años
Los unitarios sin cesar encienden;
Y, a causa de esa lucha, cuántos daños
Para la patria nuestra; no comprenden
Que es injusto y perverso el odio insano
Que fomentan bastardas ambiciones
Contra mi padre: y llámanle el tirano,
El déspota inclemente,
El verdugo cruel, sin más razones
Que el odio y el despecho de esa gente!
Y llámanle en su loca cobardía,
Ante la faz de todas las naciones,
De la patria traidor; a él, que un día,
Supo obligar a extraños pabellones
A respetar, del Plata en el estuario,
Al patrio pabellón! Hazaña y gloria
Que olvidó en su rencor el unitario,
Pero que nunca olvidará la Historia!

BENJAMÍN
¡Ay, Manuelita!...

MANUELITA
Benjamín...

BENJAMÍN
¡Airado
Es el Destino que mi dicha trunca!

MANUELITA
¡Cielo, qué cruel Destino!

BENJAMÍN
¡Todos mis sentimientos de argentino
Están sobre mi amor desde este instante,
Y, todos, generosos, se revelan
Contra esta situación tan denigrante
Y, hacia do gimen los proscriptos, vuelan!

MANUELITA
¡Por Dios, no hables así, porque destrozas
Mi triste corazón; en mí confía
Que yo haré que otras horas venturosas
Te devuelvan la paz y la alegría.
(*Tomándole la mano.*)
Después... ¡qué dicha! Como en un sueño
De paz oiremos dulce canción;
Y ¡Dios lo quiera! serás el dueño
Del pobrecito jazmín porteño
Del jazminero de tu ilusión!



Por $ 1.20

EN 80 MENSUALIDADES **SIN INTERES NI COMISION**

un lote de terreno en

Villa Virginia

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación de Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo (F. C. S.), Grümbein Norte, Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.). Desde $ 1.20 por mes el lote, en 80 mensualidades, sin interés ni comisión.

Con pocos centavos diaros, usted asegura el porvenir de su familia. Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES!

Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires

Condiciones de venta

Lotes hasta	**300 varas**	**$ 1.20**	**por mes**
„ de	**399 „**	**„ 1.50**	**„**
„ de	**500 „**	**„ 2.00**	**„**
Las esquinas		**„ 1.80**	**„**

TITULOS PERFECTOS

En 80 mensualidades, que se pagarán del 1 al 8 de cada mes, en nuestra Administración.

Todo comprador entregará como seña 6 mensualidades adelantadas por cada lote.

Escrituras una vez abonadas y transcurridas 40 mensualidades.

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia: 6
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires

Sírvase remitirme planos y datos de VILLA VIRGINIA

Nombre ....

Dirección..


Un Regalo
espléndido
para todas
las familias
FIVE
TE SOL
O'CLOCK
TE
CONGOU
SOL
Recetas del
Te Sol
Postres, dulces
y buen te
El nuevo librito de recetas "TE SOL", edición 1923, conteniendo más de 43 recetas para hacer exquisitos postres, dulces, etc., se envía gratis.
Pídalo personalmente o por carta a los introductores de TE SOL, calle Tucumán número 345, acompañando:
UNA DE ESTAS ETIQUETAS
que lleva cada lata o paquete de TE SOL, "etiqueta Blanca" o "Five O'Clock". (Quítesela al próximo paquete o lata que compre en el almacén y haga en seguida su pedido del librito.)
Si lo pide por carta, rogamos enviar 4 centavos en estampillas para el franqueo.

BUENOS AIRES, 10 DE MARZO DE 1923

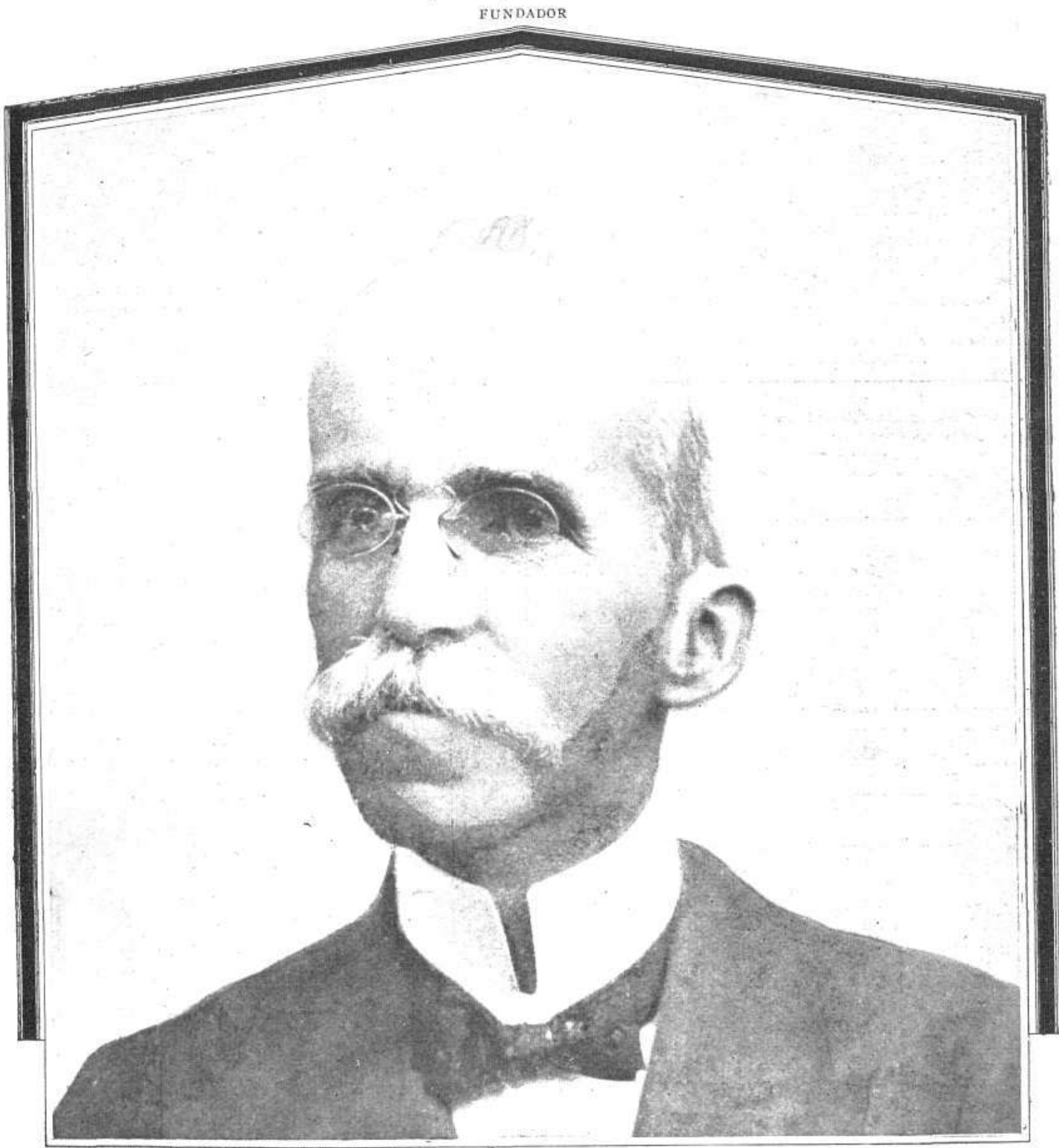
AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1275

JOSÉ S. ÁLVAREZ

FUNDADOR



RUY BARBOSA

El eminente estadista brasileño muerto pocos días ha, era uno de esos hombres que Emerson llamaba representativos, porque, en realidad, son como encarnaciones vivas de los mejores dones espirituales que puede un pueblo presentar a la admiración ajena y a la edificación propia. En el Brasil, país de ya centenaria tradición, de funcionamiento normal de las instituciones públicas, tales hombres nunca fueron raros; pero Ruy Barbosa fué, sin duda, el que mejor representaba el espíritu del Brasil contemporáneo, el Brasil republicano y democrático, emanación casi natural de un Imperio que ya había cumplido su misión histórica. Cuando Ruy Barbosa empezó a mirar con sus ojos inteligentes y penetrantes el panorama político y social de su país, el Imperio aparecía todavía lozano y fuerte; pero la idea republicana se abría camino entre la juventud de las Universidades; y cuando, en 1889, el Imperio fué blandamente derribado, Ruy Barbosa tuvo el sitio que le correspondía entre los fundadores de la república, que reconociendo sus merecimientos le llevó a las más altas dignidades. Más de una vez sus conciudadanos quisieron elevarle a la magistratura suprema; pero las combinaciones de la política fueron más fuertes que la valía de los méritos, y Ruy Barbosa no fué presidente del Brasil. Mas, en la vida de las naciones, la política es siempre lo transitorio, puesto que es lo eternamente cambiante; y si es verdad que la acción de Ruy Barbosa en la política brasileña fué muy grande, el mayor brillo se lo dan a su personalidad sus grandes condiciones de hombre de Estado, por encima y más allá de la actualidad política, su sabiduría como jurisconsulto y profesor, su claro talento de escritor, su carácter recto y entero. Así, Ruy Barbosa, si fué un brasileño eminente fué también un eminente americano, porque su prestigio y su influencia irradiaron fuera de su país, y no sólo en América, sino también en Europa. Su americanismo lo demostró en solemne ocasión en La Conferencia de Paz de La Haya, y siempre fué muy vivo y profundo, como que tenía por base la idea republicana y democrática, más que la fatalidad histórica y geográfica. Si el Brasil ha perdido a uno de sus hijos más grandes, la América ha perdido, pues, con Ruy Barbosa, a uno de sus más esforzados paladines, y ello explica suficientemente el intenso duelo que su muerte es para la América entera, y en particular, si cabe, para nuestro país.

NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD



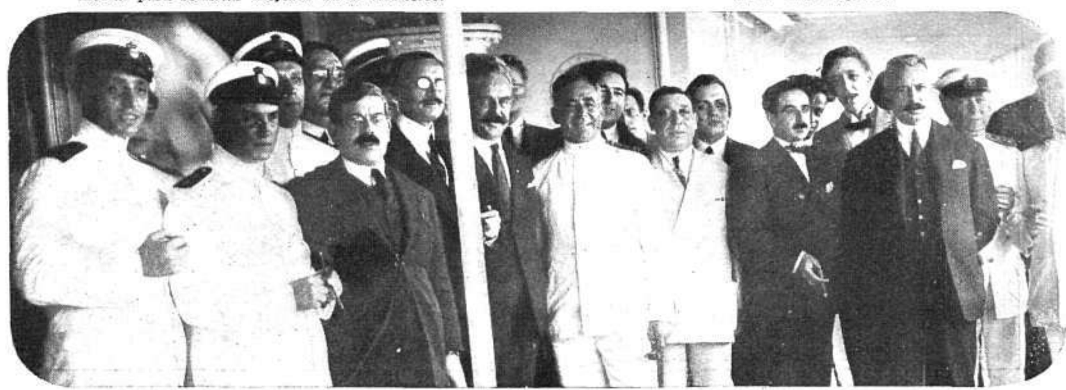
EN EL PLAZA HOTEL. — Asistentes al banquete ofrecido por el señor C. E. Bowers, director del frigorífico Wilson, con el objeto de hacer la presentación de los señores W. C. Warwick y John Esplen, de la firma de Mossio Houlder Bros Hohta, de Norteamérica, a los principales gerentes y miembros de directorios de los frigoríficos que funcionan en el país.



AUDIENCIA PRESIDENCIAL. — Delegación de caracterizados vecinos de Río Negro que presidía don Alfredo Spada y que recibió el Presidente de la República, ante quien presentaron un memorial para solicitar mejoras en el territorio.



DEMOSTRACION. — El señor Vicente Couto rodeado por las personas que fueron comensales en el banquete que con motivo de su partida para Europa le ofreció un núcleo de sus amigos en el Club Español.



A BORDO DEL VAPOR "TOMASO DI SAVOIA". — El marqués Renzo de la Penne, director general del "Lloyd Sabaudo", con la oficialidad del barco y un grupo de asistentes al almuerzo con que obsequió a los representantes de la prensa metropolitana.

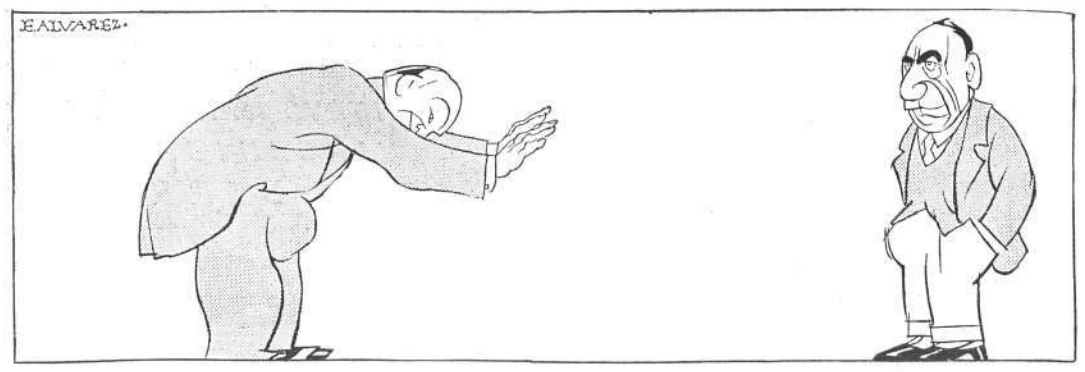




BAILE DE "MI CAREME" EN EL CLUB SOCIAL DE CABALLITO. — Aspectos de la "Mi Careme" con que el prestigioso Club cerró la serie de sus festejos de Carnaval, velada que resultó muy brillante por la selecta y numerosa concurrencia que llenaba sus salones, habiéndose celebrado en honor de las familias de sus socios.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

DICHO Y HECHO
ILUSION Y REALIDAD



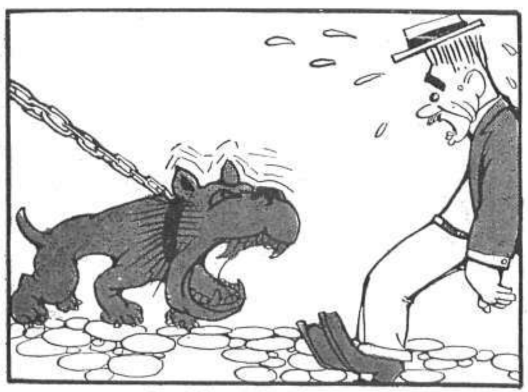
Cómo se imaginaba Elpidio que le iba a recibir Alvear.



Cómo va Elpidio a visitar al presidente.

CARICATURAS DE ALVAREZ

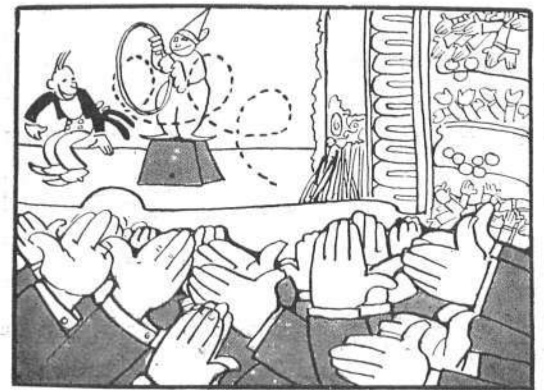
TODO BRAVO



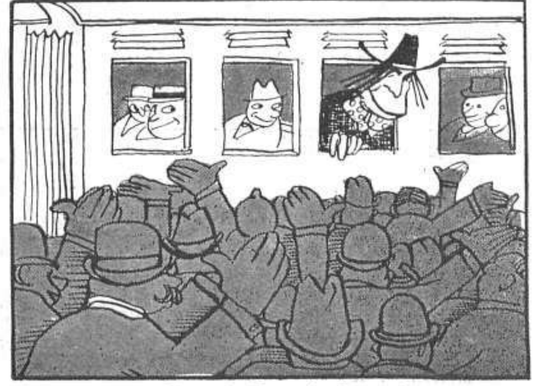
— ¡Será bravo!



— ¡Qué tiempo bravo!



El público. — ¡Bravo! ¡Bravo!



— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

CARICATURAS DE MACAYA



LA TRANSMISION DEL MANDO

EL NUEVO MANDATARIO INGENIERO JOSE SERRATO TOMA POSESION DEL CARGO



El nuevo Presidente de la República, ingeniero Serrato, pronunciando ante el Senado un elocuente discurso en que expuso los lineamientos de su programa gubernativo.



El primer magistrado y su comitiva retirándose de la Casa de Gobierno después de haber prestado el juramento de ritual ante las autoridades nacionales.



El ingeniero Serrato leyendo el discurso en la Casa de Gobierno momentos antes de la entrega del poder por el doctor Brum, ceremonia que revistió brillante proporciones y a la que asistieron las delegaciones extranjeras.



El embajador de la Argentina a la transmisión del mando, doctor Leopoldo Melo, rodeado por los miembros de la embajada y los socios del Club Argentino, en cuyo local se verificó una significativa recepción en su honor.



La marinería nacional y argentina rindiendo honores al nuevo Presidente a su llegada a la Casa de Gobierno, cuyo trayecto recorrió a pie, siendo constantemente ovacionado por el pueblo.

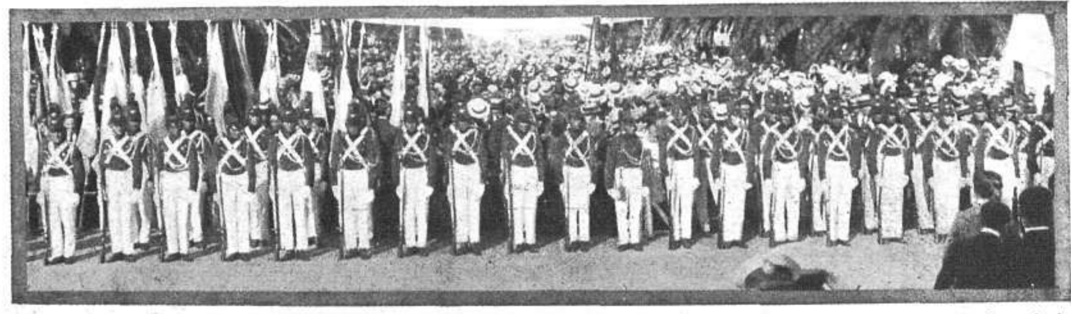
EL MONUMENTO A ARTIGAS

LA CEREMONIA OFICIAL DE SU INAUGURACION

Dos grandes acontecimientos, uno de orden político y el otro de carácter patriótico, acaban de celebrarse en la vecina república: el cambio de gobierno y la glorificación popular del héroe nacional Artigas al descubrirse su monumento. Ambos constituyeron cultas y vibrantes demostraciones democráticas por parte del pueblo hermano.



Las delegaciones militares, navales, deportivas y políticas rindiendo honores alrededor del monumento del héroe nacional.



Soldados del cuerpo de Blandengues encabezando la imponente manifestación popular que desfiló al pie del monumento después de haber sido descorrida la bandera uruguaya que lo cubría.

INICIACION DE LA TEMPORADA OFICIAL DE FOOT BALL

Newell's Old Boys de Rosario v Huracán de Buenos Aires



Uno de los momentos de más intenso interés del partido jugado en la cancha del "Club Sportivo Barracas", por los teams campeones de 1922 de la Liga Rosarina de Football y de la Asociación Argentina, Newell's Old Boys y Huracán respectivamente. Nuin, el "goalkeeper" rosarino tratando de esquivar la arremetida que le llevan los delanteros de Huracán, después de haber éstos dirigido un potente tiro al arco.

Los hombres de la defensa de Huracán desbaratando una combinación de los contrarios. Kiesel permanece a la espectativa.

Los aficionados del popular deporte acudieron en enorme número a presenciar el notable encuentro por la Copa Ibarguren y con el cual se iniciaba la temporada del año actual. Lo movido del encuentro y lo equilibrado de las fuerzas hicieron que el entusiasmo de los espectadores no disminuyera ni un instante hasta el final. El empate de 1 goal por cada bando, ha sido un resultado lógico, pues tanto un team como el otro hicieron verdaderos esfuerzos por alcanzar la anhelada victoria.



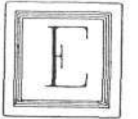
Nuin salva en forma espléndida un peligroso "shot", dirigido desde corta distancia.

La pelota bien disputada por los "forwards" de los dos teams rivales.

FOTOS DE ARROYO.

MARIO BRAVO

EL SENADOR ELECTO POR LA CAPITAL HACE INTERESANTES DECLARACIONES RADIOTELEGRÁFICAS PARA "CARAS Y CARETAS"



L doctor Mario Bravo?

—Está en Mendoza.

No nos quedaba otro recurso que recurrir a la radiotelegrafía para cambiar unas palabras con el nuevo senador electo por Buenos Aires, y recurrimos a este sistema de relación que parece sirvió a los salvajes en el comienzo del mundo para entenderse, según lo afirman los teósofos que lo saben todo.

La chispa inicial de una onda de quinientos metros, largo de onda que está haciendo de las suyas entre América y Europa, cruzó la distancia. Luego una línea dorada de fuego animó, sensibilizó nuestra antena. El doctor Bravo nos dijo:

—El resultado de la elección me ha llegado a esta provincia, donde me encuentro con de Tomaso y González Iramain, en compañía de colaboración con los socialistas mendocinos.

Preguntamos:—Denos su impresión a raíz de la victoria.

—Atribuimos a la elección un valor considerable para la acción y propaganda socialista en el país ya que servirá de estímulo para levantar y renovar la fe en algo apagada por el efecto moral de las sucesivas derrotas. Creo que el partido gubernista...

—¿Gubernista, dice?

—...gubernista, digo, va perdiendo definitivamente su predominio electoral en la metrópoli, y nuestro partido sabrá hacer perdurar este triunfo haciéndole notar, entre las muchas características de esta elección, la de ser el resultado de una lucha de las fuerzas populares contra las conservadoras. En las parroquias señaladas por su composición obrera ha triunfado el partido por gran mayoría, y en las que no son barrios obreros hemos perdido. Esto contribuye a demostrar que el partido basa su acción y obtiene el apoyo de la masa obrera, lo que significa para nosotros un timbre de honor.

—¿Demorará su estada en Mendoza?

—Tan pronto termine mis tareas de propaganda electoral en ésta regresaré a la capital. Ya se habrá reunido el colegio electoral, y presentaré mi diploma esperando incorporarme al senado antes del quince de marzo, comenzando a cumplir así la nueva tarea que me ha encomendado el partido con el apoyo popular de Buenos Aires, con esa misma decisión con que pude trabajar en la Cámara durante nueve años. Ustedes saben que tengo una plataforma electoral y un programa de partido para encarrilar mi acción y que deberé ajustarme también a las decisiones del grupo parlamentario para mi gestión inmediata.

—¿La soledad del Senado no lo preocupa?

—Comprendo que la tarea socialista en el Senado será difícil por muchos motivos. Ese cuerpo todavía no ha completado su composición. Hay senadores que esperan hace meses el quórum para sus diplomas. No se realizan sesiones, y está el grupo que se llama radical dividido por cuestiones que no son problemas de orden público pero sí pequeñas rencillas de facciones, mientras esperan la sanción de ese cuerpo iniciativas de importancia social indiscutible.

—Prevemos en usted, doctor Bravo, un joven senador apasionado y vehemente...

—Es inoficioso que les afirme mi propósito de trabajar en el Senado con pasión, con la misma pasión que inspira el trabajo de mis compañeros en la otra Cámara, teniendo siempre ante mi espíritu los intereses de la clase trabajadora argentina y el progreso social de la república.

Y con estas últimas palabras del nuevo representante socialista interrumpimos el cortocircuito que nos permitirá volcar mañana en estas páginas las impresiones recientes del electo sobre las elecciones que lo ungieron senador.

A R G U S

FESTIVAL NAUTICO EN EL TIGRE



Rodolfo Binner, ganador de la primera carrera de 2000 metros a quien correspondió el premio donado por el Presidente de la República.



Santiago Coltellini y Víctor Landa, dos buenos nadadores que ganaron la original prueba de encender el cigarrillo.



Alberto Zorrilla, joven aficionado que ganó los campeonatos del kilómetro y de velocidad sobre la distancia de 100 metros.

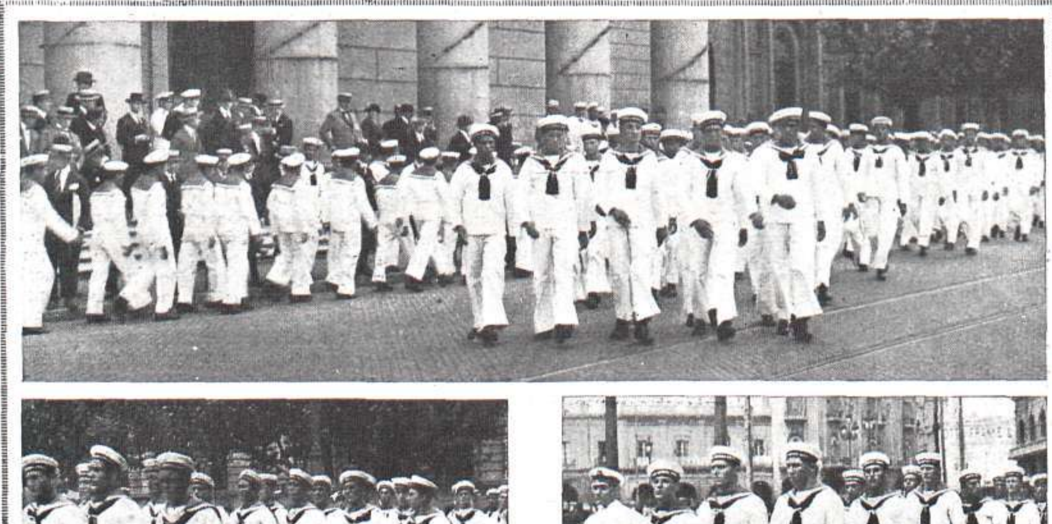


Grupo de personas entre las que se destaca la famosa nadadora señorita Lilian G. Harrison, presenciando las interesantes carreras desde el muelle frente al Tigre Hotel.



Familias de Peralta Martínez, Torino, Passo, Madero, Solá y Fernández Madero siguiendo con interés los esfuerzos realizados por los competidores en la ya clásica y tradicional fiesta.

Los conscriptos de marina de 1902, desfilan ante el sepulcro del general San Martín







Conscriptos provincianos pertenecientes a la clase 1902 que acaban de ser incorporados a nuestra Armada y que desfilaron, en patriótica manifestación de homenaje, ante la tumba del general San Martín, leyéndoseles en el solemne acto una sentida orden del día en que se enaltecieron las virtudes ejemplares del Libertador. La multitud que presenció la simpática ceremonia aplaudió con entusiasmo la acertada iniciativa por la que se dispuso tan brillante y estimulador desfile.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. MANUEL G. MALBRAN, POR ALVAREZ

—¿Malbrán es el primer embajador de la Argentina en Chile?

—Si, señor.

La Página de la Moda

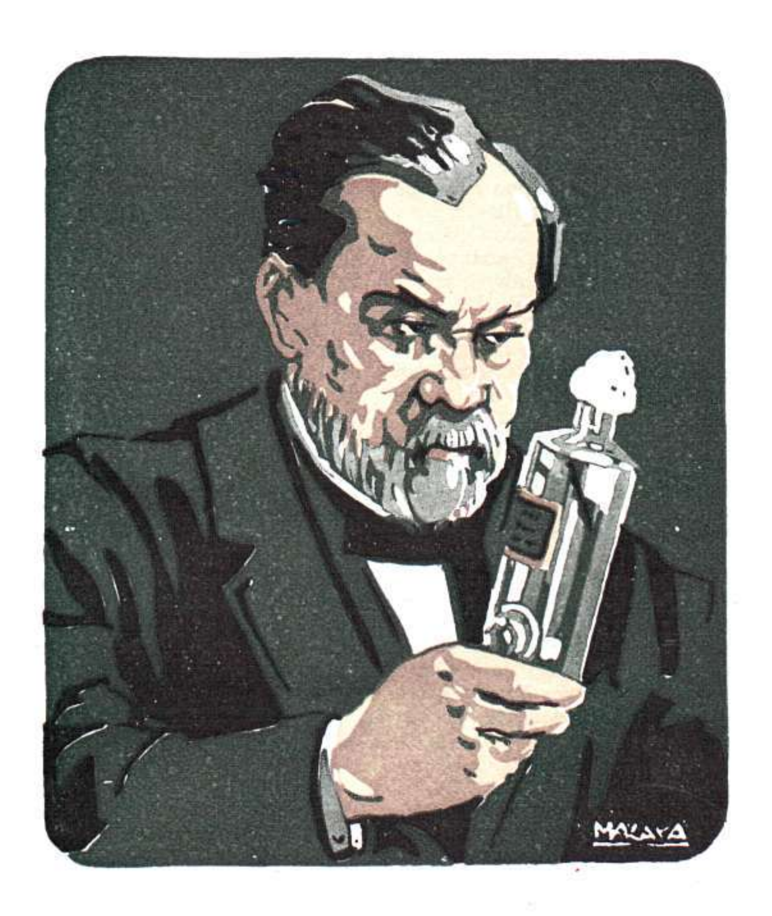
Últimas Modas

VESTIDO DE VERANO, FALDA ABIERTA, TELA DE SEDA Y BORDADOS ARTÍSTICOS, UNO DE LOS ÚLTIMOS ESTILOS DE LA ESTACIÓN.

OTRO MODELO ESTIVAL, CON GRANDES MANGAS ABIERTAS Y ALTO DE BUSTO, CON DIBUJOS ORIGINALES Y AMPLIAS POLLERAS.

UN PRIMOROSO Y ALBO MODELO PARA OTOÑO, QUE ACABA DE SER LANZADO EN LAS CÉLEBRES REUNIONES HÍPICAS DE NIZA, CUANDO AUN LUCÍANSE «TOILETTES» DE VERANO.

OTRO MÁS SENCILLO, MUY CÓMODO Y ELEGANTE, QUE PROMETE TENER GRAN ACEPTACIÓN, Y QUE, COMO EL ANTERIOR, FUÉ TAMBIÉN EXHIBIDO EN NIZA.



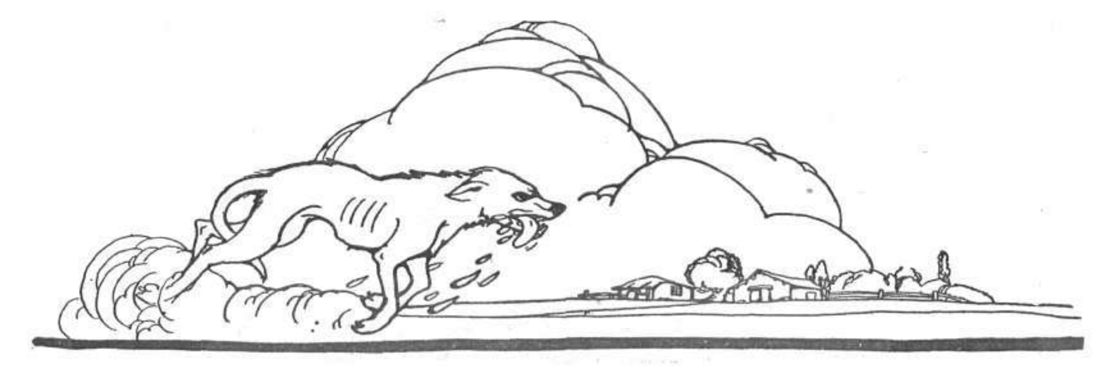
HOMBRES CÉLEBRES

PASTEUR

Después de haberte referido las bondades y las maldades de muchos bichos y bicharracos, voy, lectorcito, a decirte cómo fueron y qué les debemos a los hombres célebres. El hombre es un *animal racional*, aunque a veces lo disimule muy bien con brutalidades, tonterías y maldades. Hay hombres que son menos útiles que la abeja y más dañinos que las víboras. Los sabios, por el contrario, merecen la gratitud de la humanidad. Procura hacerte un sabio, o, por lo menos, un discípulo, un admirador de los sabios.

PASTEUR

Principiemos por Luis Pasteur, cuyo centenario se celebró, como tú recordarás, el 27 de diciembre del año pasado. Nació, pues, el mismo día del año 1822, en la villa de Dóle, departamento del



Jura (Francia). Era hijo de un curtidor de pieles.

Entre curtir una piel con sal o tanino para que no se pudra, y echar yodo u otro antiséptico en una herida para desinfectarla, hay poca diferencia. Así, pues, yo creo que en las operaciones de desinfectar los cueros de animales el niño Pasteur vió el principio de su maravilloso descubrimiento acerca de los microbios. Porque todas las ocupaciones que tú, niño, realices durante la infancia, formarán tu carácter. Elige bien esas ocupaciones o piensa detenidamente sobre el oficio o arte que ejercen las personas de tu familia.

Cuando la familia Pasteur pasó a la ciudad de Arbois, Luisito revelóse en la escuela como un buen dibujante. Todos se figuraban que iba a ser pintor; pero ya en el liceo (colegio nacional) de Besanzón, donde cursó el bachillerato, inició los estudios científicos que tanta fama le han valido. Un detalle en el que debes fijar tu atención te voy a contar: Pasteur obtuvo la nota de «mediocre» en el examen de química del bachillerato en ciencias. Debióse esto a un error de la composición que el futuro sabio había escrito. Este incidente alentó sus deseos de estudiar. A cualquier buen alumno puede ocurrirle lo mismo, pero sírvale de ejemplo la energía de Pasteur. Un año después entraba en la escuela normal de París, ganando el cuarto lugar en los exámenes de ingreso. Allí estudió incansablemente; hasta las horas de recreo las dedicaba a realizar experiencias químicas.

En 1848 realizó su primer descubrimiento resolviendo un problema químico que sería largo y difícil explicarte. Nombrado profesor de la Universidad de Estrasburgo, pasó en 1854 a la de Lila. Allí abandonó sus estudios químicos para dedicarse a las investigaciones biológicas. Este cambio debióse a la consulta que el hijo de un fabricante de alcohol de remolacha le hiciera sobre ciertos desarreglos notados en la fermentación.

Pasteur hizo largos experimentos fundando al fin su maravillosa teoría. Voy a ver si te la puedo explicar claramente. Sigo para ello las palabras del doctor Roux, el discípulo de Pasteur que inventó el suero antidiftérico.

Entre el jugo de la uva y el vino existe una diferencia causada por un microbio o germen que fermenta el jugo de uva. Microbios o bacilos semejantes producen en nuestros tejidos fermentaciones a las que llamamos enfermedades infecciosas. «El virus es un ser viviente como el fermento — añade el doctor Roux. — Ambos son microbios, como se les dice hoy».

Estos microbios vienen de afuera y se multiplican por millones y millones. Cada virus y cada fermento tienen su microbio especial. Así, pues, las malas fermentaciones y las enfermedades infecciosas se dominarán si se evita el contagio o se emplean desinfectantes o sueros. Este descubrimiento hizo adelantar rápidamente a la medicina y a la cirugía. Antes de Pasteur los cirujanos operaban sin tomar precauciones, vestidos como llegaban de la calle. Ahora ya sabes todo el cuidado que se pone en la desinfección de los instrumentos, gasas, vendajes y manos. Gracias a estos métodos ha disminuído el peligro de muerte.

Pasteur, ya célebre, fué llamado a París como subdirector de estudios científicos de la escuela normal. Allí terminó sus descubrimientos sobre las malas fermentaciones del vino, que se curan calentándolo durante algún tiempo en determinada temperatura. A este se le llama pasteurización. La leche queda libre de fermentos y microbios calentada a 65 grados durante media hora y a 85 grados durante pocos momentos.

Después inventó la manera de curar una enfermedad de los gusanos de seda, el suero contra el carbunclo, temible enfermedad que atacaba al ganado ovino. Tal fe tenía el sabio en los resultados de la vacuna anticarbunclosa que afirmó, durante el curso de una experiencia: «Los veinticinco carneros no vacunados morirán todos; los veinticinco vacunados resistirán». Y así fué. El carbunclo es un virus que se transmite al hombre.

Ya ves que, además de ser este suero de gran utilidad para la ganadería, es útil para la salud humana.

Hay un hecho que avalora más aun la energía de Pasteur. En 1868 sufrió, a causa del trabajo incesante, una hemorragia cerebral que le produjo una hemiplejia, es decir, la parálisis de medio lado de su cuerpo. Otro cualquiera hubiese abandonado sus investigaciones; él siguió trabajando rudamente sin tener en cuenta su enfermedad. Gracias a esa energía victoriosa la humanidad salió beneficiada.

Dirigió durante muchos años el Instituto Pasteur, admirable establecimiento creado en honor del sabio.

Otro maravilloso invento de Pasteur es el suero antirrábico. Antes de extenderse su aplicación, moría el 50 por ciento de las personas mordidas por perros rabiosos; actualmente no llega la mortalidad al 1 por ciento.

Precisamente el primero que recibió la vacuna antirrábica fué un niño: el pastor José Meister, muchacho de 9 años, que ha llegado a viejo.

Dícese que en aquel momento Pasteur, hombre de delicado corazón, temió aplicar el suero, cuyos efectos podían ser fatales, al niño Meister. Pero aconsejado por sabios que tenían entera fe en la ciencia pasteriana, hizo la prueba con éxito.

Pasteur, bienhechor de la humanidad, recibió grandes honores en Francia y en todo el mundo. Murió el 28 de septiembre de 1895, admirado por todos.

En la provincia de Buenos Aires hay un pueblo que se llama Pasteur en homenaje a la memoria de este sabio genial.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



PROLOGO

— ¿Qué serás en la vida? ¿Qué suerte te deparará el Destino, dios caprichoso, incomprensible? ¿Cuál será tu porvenir?...

El padre tenía entre sus brazos aquellos diez kilos de carne rosa, aquel muñeco llorón y sonriente a ratos, aquella pelotita que parecía forrada con pétalos, amasada con leche y miel y animada por todas las gracias, y fugitivamente — como la luz de una estrella parpadeante en la noche — se interrogó con un gran dejo de angustia:

— ¿Qué serás en la vida? ¿Qué suerte te deparará el Destino? ¿Serás feliz? ¿No lo serás del todo, hijito mío?

El muñeco amasado con leche y miel, blanco como lo más blanco en la frente, suavemente coloreado en los cachetes, rojo pálido en los labios diminutos y perfectos, enseñó su boca sin huesos en una sonrisa de maravilla.

El padre sintió que allá en lo más hondo de su ser le removían la entraña, dolorosamente.

Hubiera llorado sin saber por qué, pero llegó en eso su esposa y se llevó al nene — Pelusita — para mudarlo...



I
UNA FIESTA EN LA CARCEL

Juan Ruiz asistía a una fiesta dada por el director de la penitenciaría en ocasión de una fecha patria. Amigo del secretario del establecimiento carcelario, había sido invitado especialmente, y concurrió, más que para presenciar el espectáculo, dispuesto a «matar las horas» de aquella tarde de día feriado de las que no sabía qué hacer.

El secretario, Pepe Arroyos, era un muchachón sonriente y dicharachero, muy amigo de Ruiz. En cuanto lo vió entrar, media hora antes de la fijada para que comenzara la «fiesta», en lugar de dejar que lo intrudujeran al *salón de actos*, fué a su encuentro, feliz de tener con quien distraer los minutos que le dejaban disponibles sus atenciones para con los invitados.

— ¡Amigo don Juan!... ¡Qué milagro! Venga, venga por acá...

Y lo condujo del brazo hacia la secretaría donde le hizo servir un pocillo de café y le convidó con cigarros.

Después de que mutuamente se preguntaron por toda la familia y su estado de conservación, entraron a conversar de «bueyes perdidos».

Don Juan estuvo explicándole a Pepe Arroyos sus puntos de vista respecto al nuevo gobierno de la república, pero como Pepe no comprendía muy bien todo aquello y, confesándolo con sinceridad, no le importaban ni poco ni mucho, estuvo pensando unos minutos de qué hablaría para cambiar de tema. Al fin se acordó de que era la hora en que iban a sacar los presos para traerlos al salón.

— ¿Quiere, don Juan, venir a ver los presos? Usted no debe haber visto nunca esto. Verá qué orden; cómo hace andar derecho todo esto el director que ahora tenemos...

Atravesaron un gran patio cuadrado, cruzaron por un corredor ancho y sonoro y salieron a un patio mucho mayor que el anterior y de forma circular.

En él había más de un centenar de hombres vestidos con el uniforme de los presidiarios, formados en filas de a dos, esperando órdenes del director que estaba allí presenciando el trabajo de los «carceleros». Juan Ruiz fué presentado al director y se quedó a su lado, observando las maniobras casi militares de aquellos pobres hombres.

Desfilaron todos los presos por delante de ellos, los que por su buen comportamiento tenían ganado el derecho de asistir a la fiesta que iba a darse en el *salón*. Los que por cualquier causa veíanse privados de ello, quedaban en sus celdas hasta la hora del «rancho», en que volverían a reunirse todos; es decir, dentro del presidio había presos mucho más presos unos que otros...

Ruiz notó que uno de ellos no estaba en las filas y contemplaba muy entretenido a sus compañeros. Le preguntó al secretario:

— ¿Y ese? ¿También está castigado?...

— ¡Ah, ese no! Ese es *Pelusa*... un gran tipo... mucho más bueno que la mitad de los que andan

sueltos por la ciudad... Ese trabaja en la secretaría y goza de una serie de preferencias. El director lo estima... Nosotros lo queremos mucho... Va a ver.

Aguardó a que el preso mirara hacia el grupo y le hizo una seña para que se aproximara.

El preso era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, robusto, bien plantado. La cara perfectamente rasurada, sonrosada y cuidada como la de una niña o como un preso que hace trabajos de oficina. Los ojos celestes, claros y vivarachos. La frente ancha y bien encuadrada por la nariz aquilina, las cejas pobladas y el pelo castaño ligeramente enrulado.

Al acercarse se quitó el gorro numerado y sonrió afablemente.

— ¿Decía, señor Arroyo?

— Venga, amigo... Le voy a presentar a mi amigo don Juan Ruiz... Ruiz, *Pelusa*...

Los presentados se estrecharon las manos y se dijeron unas palabras ininteligibles.

El patio había quedado desocupado. Todos los presos estaban ya colocados en sus asientos, vigilados siempre por sus guardianes y por el director, que no perdía detalle alguno. En toda la casa no se veían más que «carceleros» y soldados con su fusil al hombro.

— ¿Usted trabaja en la secretaría, no? — preguntó Ruiz, sin saber qué decir.

— Sí, señor... yo soy un preso... pero el director, que es un buen señor, me tiene en la secretaría.

—Así es. Un gran compañero en el trabajo — reafirmó Arroyos, golpeándole cariñosamente en el hombro.

Pelusa sonrió y se puso a mirar los botines, relucientes de betún.



II
LA HISTORIA DE "PELUSA"

UAN Ruiz y Arroyos perdieron de ver la mitad de la fiesta, incluso el discurso de circunstancias del director, por oír de labios de *Pelusa* el relato de su historia.

— Yo estudié hasta el tercer año del colegio nacional de Buenos Aires, señor — dijo el preso, mientras encendía el cigarrillo que le diera Ruiz, una vez que se sentaron en las sillas de la secretaría. — Mi padre fué un ingeniero que se jubiló como jefe de una oficina del Ministerio de Obras Públicas, después de recorrer todo el país de un extremo al otro. Cuando falleció dejó a mamá y a cuatro chicos. El mayor era yo... Su muerte nos puso en unos cuantos apuros económicos... ¡Claro! Nos dejaron sin entradas. Vivíamos exclusivamente de su sueldo. Pero, en fin, yo tenía quince años y el hermano que me sigue trece. Resolvimos archivar los libros y emplearnos. ¡Nos arreglamos! Cuando uno quiere todo se arregla. Mamita sufría porque nosotros no siguiéramos nuestros estudios. Ella quería que yo tuviera la misma carrera de papá, y que mi hermano llegara a médico... La suerte nos torció el camino, y en lugar de ingeniero yo fuí cadete de tienda, y mi hermano, en cambio de ser médico, comenzó por ser mandadero de una botica... ¡En fin!

Pelusa hizo una pausa, aspiró una gran bocanada de humo y después de estar un buen rato contemplándose la punta de sus brillantes botines, continuó:

— Llevábamos a casa, entre los dos, poco más o menos, cien pesos... Mamá decía que aquello era casi casi el sueldo que ganaba una niñera que papá había tomado para mí cuando yo era chiquito... Porque papá chocheaba conmigo; se miraba en mis ojos... me quería... me quería como un loco, el pobre tata!

Hubo otra pausa más larga que la anterior. Se oyó un rumor lejano. En el *salón de actos* aplaudían muchas manos. El director había dado término a su patriótica perorata.

— Entonces, ¡claro!, nos fuimos a vivir lejos del centro, en Palermo. Vendimos casi todos los muebles y mucha ropa. Nos quedamos con lo más necesario. Cuando se terminaron aquellos pesos y tuvimos que reducirnos estrictamente a lo que ganábamos el *Pucho* y yo, comenzamos, de veras, a recorrer nuestra *vía crucis*. Pagábamos treinta pesos de casa y gastábamos como veinte en tranvía, para ir al centro. Nos quedaban unos cuarenta o cincuenta para vivir todo el mes cinco personas... Pero mamá se ingeniaba. Lavaba, cosía, tejía... Hasta planchó... Usted dirá que todo esto no tiene nada que ver con mi historia; usted quiere saber por qué estoy preso, pero es necesario que se entere de lo que nosotros sufrimos antes de saber lo demás. Yo ahora tengo 35 años, hace 15 que estoy preso, y ahora me voy explicando ciertas cosas que antes no las comprendía. Usted no debe saber lo que es tener que trabajar siendo un muchacho para sostener a una familia y no poder hacerlo porque el sueldo no alcanza. Uno se pone amargo por dentro; uno se queda agrio como un membrillo sin madurar... Todos saben que yo era un muchacho bueno, de corazón blando... Pues bien, al año de aquella vida yo era un ser inaguantable y que no me aguantaba a mí mismo. Tenía siempre los nervios de punta... Me irritaba hasta porque el filo de un cuchillo pasaba por el borde de un plato. Una sola persona en el mundo me entendía: mamá. Esto agravaba cada día más mi situación, como usted lo comprenderá. Sufrí muchos disgustos por mi culpa indudable... Ellos fueron los que me domaron un poco. Cuando llegué a tener 20 años ya estaba empleado en una casa mayorista y ganaba 150 pesos. Vivíamos un poquito más desahogados y, naturalmente, yo estaba más tranquilo puesto que la vida nos era algo más fácil y nos ofrecía alguna mayor comodidad. Los muchachos ya iban a la escuela y prosperaban. El *Pucho* también ganaba más. Mamá no necesitaba desvelarse cosiendo o planchando para redondear nuestras entradas... Pero...



III
ELVIRA

E oyeron nuevos aplausos durante un largo rato.

— Debe ser el monólogo del «Melena» — dijo Arroyos.

Hízose de nuevo el silencio. Ruiz ofreció otro cigarrillo, mientras procuraba encontrar algunas palabras con que intervenir en la conversación. Hubiera querido hallar alguna frase «linda» para felicitar a *Pelusa*

por su comportamiento, pero no pudo. Cuando había encontrado las primeras palabras de la frase: «*Usted, amigo...*», oyó que el preso reanudaba su relato:

— Pero nosotros no podíamos ser felices; yo creo que estaba escrito; sí, señor, estaba escrito... Un día nos trajeron a *Pucho* con una pierna rota. Al querer subir al tranvía resbaló y ¡zas!... Estuvo en cama, en un hospital, más de un mes. Después lo llevaron a casa, cuando apenas se movía. Antes de que comenzara a caminar con las muletas pasaron tres o cuatro meses... Eso nos atrasó mucho. Sin embargo, salimos a flote. Ya estábamos llegando otra vez a la orilla cuando, cuando... Yo me enamoré de Elvira... Todo, todo se hubiera arreglado si no me enamoro de Elvira...

Ruiz advirtió en los ojos del preso un claro anuncio de lágrimas. Arroyos, que conocía ya la historia de *Pelusa*, salió de la oficina para dar un vistazo al salón, de donde llegaban, intermitentemente, rumores de aplausos o de risas.

Transcurrieron minutos. Cuando *Pelusa* recomenzó su relato, don Juan creyó regresar de muy lejos...

La voz del preso comenzó a perder el claro timbre del principio, e íbase haciéndose opaca a medida que recordaba, con frases breves, entrecortadas, su amor por Elvira, una muchacha que había conocido al pasar por delante de su casa, unas puertas más allá de la que él y los suyos acupaban. El amor de *Pelusa* por Elvira había sido entusista, melancólico, formidable y triste. Triste especialmente. El confesaba que nunca pudo acercarse a ella sin experimentar una extraña y ahogadora sensación de sollozos. Ruiz recordó entonces haber leído que todo amor a mujer es una cosa triste, que el que ama de veras anega su corazón en un romántico dolor casi siempre imposible de explicar.

Pelusa escuchó las breves palabras de don Juan con marcado interés, y antes de volver a tomar la palabra intentó una sonrisa que resultó una mueca.

El no había querido más que aquella vez. Ni había siquiera supuesto que pudiera quererse de tal manera. Elvira se convirtió en su obsesión. Vivía pensando en ella cuando estaba lejos, pendiente de sus gestos, de su mirada y de sus palabras cuando se le acercaba. A su lado creyó firmemente que la vida íbale a permitir el ser feliz alguna vez. Todas las pasadas angustias merecían el haberlas sufrido con tal de poder, al final, sumergir el espíritu en un baño de dulcedumbre como el que le proporcionaba aquel amor por la vecina... Se transformó completamente. Sus pocos amigos y sus compañeros de trabajo advirtieron el cambio de su carácter y de su manera de ser. No se enojaba con tanta frecuencia. Era más indulgente, sonreía más a menudo, y hasta en la manera de anudarse la corbata o de dar forma al «chambergo» se comprendía que *Pelusa* había sufrido o estaba sufriendo una transformación...

Ruiz aventuró una nueva interrupción con el fin de animarlo, de no dejarlo entristecer demasiado por los recuerdos que iba removiendo como escombros de su corazón. Así era, efectivamente. Los enamorados son siempre buenos. Se diría que el amor irradia luz y calor. El hombre, cuando ama, se humaniza, al punto que el estado perfecto es el de enamorado. Lástima que tal estado no perdurara. Si el hombre pudiera conservar durante toda su existencia su condición de enamorado, el mundo se transformaría inclinándose hacia el bien automáticamente...

Pelusa negó la verdad de aquellas afirmaciones con varios movimientos de cabeza y de manos antes de decir:

— No, señor. ¡Es tan fácil convertirse en una fiera, transformar la bondad que usted dice en una bestialidad!

— ¡Ah! — respondió Ruiz. — Cuando es así es porque el amor cambia hacia el odio, por aquello que usted sabrá que del uno al otro no media más que un paso. Pero yo sostengo mi tesis. El hombre que ama es un hombre bueno. Tiene que dejar de amar, cambiarlo por una u otra causa, para dejar de ser bueno... ¡Sí, amigo; sostengo mi tesis!...

El preso no pareció convencerse, pero se conformó y dejó de insistir, continuando el relato de su historia. Alegre, sonriente, encontrando en la vida una serie de encantos no adivinados hasta entonces, inició su noviazgo. Primero, no conversó con Elvira más que en la puerta de su casa, a ratos, al regreso de su empleo o después de comer.

Un día, inesperadamente, salió la mamá a la puerta y los encontró conversando. Mientras él, todo confuso, buscaba palabras qué decir, vió que la muchacha, sin inmutarse, con la mayor naturalidad, los presentaba:

— Mi mamá...

El extendió la mano, se quitó el sombrero, balbuceó unas palabras. Después de aquellos saludos correspondidos por la alta y gruesa mamá, ésta dijo, más o menos suavemente, que a ella no le gustaba que *su Elvirita* conversara con un mozo en la puerta de la calle porque estaban, por desgracia, rodeados de un vecindario muy malo, «entrometido, chismoso y bocasucia», y que si él «venía con buenas intenciones» hiciera el servicio de pasar, que ella le daba permiso los martes, jueves y sábados...

Pelusa no necesitó que insistieran en el ofrecimiento, y entró. Sentáronse los tres en el comedor, él frente a ellas dos, y tuvieron que conformarse con hablar de lo que les interesaba en los breves intervalos hechos por la mamá en sus viajes a la no muy distante cocina para cebar el mate dulce con que lo obsequiaba. Cuando estaban los tres reunidos, generalmente el gasto de la conversación lo hacía la señora, que tenía opinión hecha para toda cosa y estaba enterada de cuanta noticia circulara, amén de sus inagotables recuerdos de historia familiar, estrechísimamente unida por indescifrables signos, a la historia de una parroquia de Buenos Aires — San Telmo. — Así toda su memoria se ligaba a acontecimientos más o menos memorables para la parroquia donde viviera todos los primeros años de su vida y los, según ella, dulces e inolvidables dos lustros de su matrimonio, hasta que enviudó y tuvo necesidad de cambiar de barrio. San Telmo y «*Carlos, mi marido*», iban y venían revueltos en su imaginación y en sus memorias de una manera que el pobre *Pelusa* jamás atinó a comprender, no obstante haber estado oyéndolos mentar durante las noches de muchos martes, jueves y sábados, y aún alguna que otra tarde de domingo...

Todas aquellas remembranzas familiares no eran, sin embargo, demasiado fastidiosas para *Pelusa*. Terminaban siempre en un momento que, tanto Elvira como él, se apresuraban a aprovechar para ocuparse del presente y del futuro. Bien valía la pena oír durante sesenta minutos a la madre acordarse de San Telmo y de «Carlos, mi marido», con tal de escuchar luego, durante un cuarto de hora, a la hija ocuparse de los asuntos actuales y ayudarle a divagar sobre el porvenir!... Porque *Pelusa* confesaba, con la mano puesta en el pecho, sobre su blusa de presidiario, que nunca escuchó poema más hermoso que el improvisado y recitado por Elvira y por él, a coro, cuando ambos poníanse a mirar por encima de los días que iban viviendo y se esforzaban, con todo optimismo, por escrutar el oscuro e inescrutable vacío de los días que iban a llegar...

— Tendremos una casita para nosotros solos, aunque estemos un poco más lejos; una casita con jardín adelante para que vos plantes y cuides muchas flores...

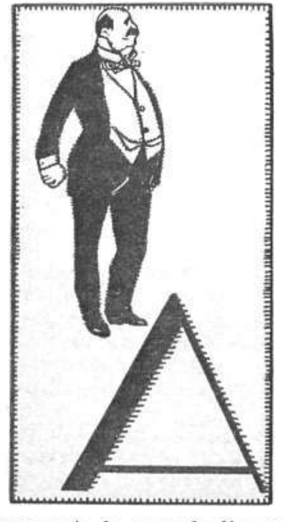
— Y tendremos muchas jaulas con canarios, con cardenales y con mixtos...

— Que cantarán entre las macetitas con rosas y con claveles...

— Y una gran madreselva que hace mucho quiero tener...

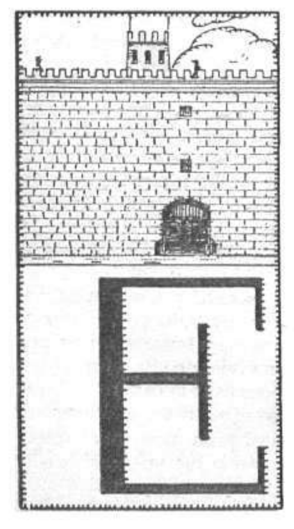
— Y una diosma, que es buena amparadora para el amor...

IV
DON JUAN SPADAROSSA



AL lado de la casa que habitaba Elvira y su madre vivía don Juan Spadarossa, hombre de unos cincuenta y tantos años de edad. Decían los que le conocían hacía mucho que tenía una fortuna conquistada en un «puesto» del Mercado de Abasto y convertido en muchos millones de ladrillos que obraban el milagro de reproducirse año a año... Es decir, don Juan tenía una serie de casas de diversas categorías y tamaños, por las que cobraba una renta convertida en nuevas casas. La imaginación de las comadres del barrio aumentaba un poco el monto de aquella renta, pero siempre era una cantidad respetable que permitía catalogar a su propietario en la clase de los ricos, sin que por eso dejara de hacer una vida de pobre, igual a la de cuando era «puestero». Don Juan había visto desarrollarse a Elvira en sus últimos años y convertirse en mujer, sin que le llamara mayormente la atención; pero, cuando supo que *«le había salido un novio»*, reparó en que era bella y que él debía ser su esposo, y no el primero que atravesara la calle. Tal idea se la expuso a la madre una tarde, sin demorar con inútiles circunloquios. La madre de Elvira, al enterarse de tales propósitos, tembló de emoción. La soñada fortuna, atormentadora durante tantos años de privaciones y de deseos jamás satisfechos, se aparecía de sopetón, imprevista y deslumbradora! ¿Cómo cerrarle la puerta en el momento de asomar sus narices?... Aquella misma noche ella se encargó de despedir en la puerta a *Pelusa*, sin dejar que se viese con Elvira y sin molestarse en buscar escusas...

V
SE TERMINA LA FIESTA



ENTRÓ en la secretaría Arroyos y poco después el director de la penitenciaría. Había terminado la fiesta con todo éxito, según él. Oíanse los pasos acompasados de los presos al regresar al patio central y el murmullo de los invitados que comenzaban a salir a la calle.

Pelusa, al entrar el director y el secretario, se puso de pie y pidió permiso para retirarse, pues se aproximaba la hora del rancho. Despidióse del señor Ruiz con un fuerte apretón de manos, y salió.

Al marcharse a su vez el director, Arroyos terminó el relato interrumpido por *Pelusa* precisamente cuando comenzaba a ser interesante.

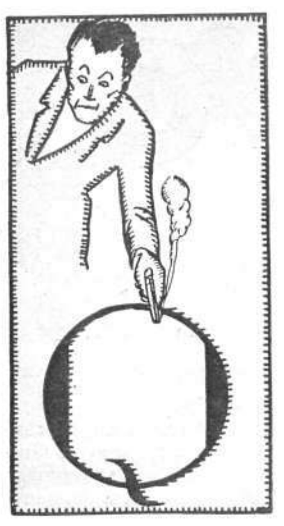
— ¡Ah! ¿no se lo contó todo?... ¡Pobre muchacho!... Bueno, al fin es mucho mejor... le hace bastante mal acordarse de aquella «macana»... ¿Quedó cuando el vecino le pide a la madre la hija, ¿no?

— Sí, cuando lo despidió en la puerta de la calle, sin darle explicaciones...

— Bueno, ahora verá. ¡Este *Pelusa* es un verdadero pedazo de pan!... Cuando la madre de la muchacha lo echó de esa manera tan estúpida, él no pensó en otra cosa que en hablar con su novia. Le parecía absolutamente imposible que ella estuviera de acuerdo con lo que terminaba de hacerle la madre. Naturalmente, *Pelusa* creía que todo aquello era obra exclusiva de la «vieja», sin que estuviera enterada la chica... pero *Pelusa* no sabía el «porqué». A Elvira, la madre la secuestró. No la dejaba asomar a la calle a ninguna hora. No pudo ni hacerle llegar un mensaje, nada, nada... Hasta que un día un vecino amigo le informó de la verdad. Elvira se iba a casar con el viejo don Juan, con el rico don Juan Spadarossa!...

Al principio, *Pelusa* no quiso dar crédito a aquella noticia. Era inconcebible que Elvira aceptara a aquel viejo mamarracho, por muy rico que fuera! *Pelusa*, como cualquiera de nosotros, estaba firmemente convencido de que una muchacha como su novia no podía hacerlo a un lado para quedarse con un viejo; abandonar el amor para conquistar tres o cuatro casas; cambiar los besos y los abrazos de la juventud por un puesto de enfermera al lado de un marido rico, pero amagado por el reuma, al que tendría que darle friegas de alcohol alcanforado a cada rato... Pero tuvo que creerlo. Vió que Spadarossa entraba en la casa noche a noche, transformado, vestido con traje nuevo y con botines, él, que estaba siempre en su puerta con alpargatas sin calzar y en mangas de camisa! El pobre muchacho sintió caérsele el alma a los pies. Más de una vez me ha contado cuántas lágrimas le costó aquel episodio de su vida. Estaba esperando quedar solo en su pieza para desahogar sus lágrimas. Hasta que un día, después de esperar inútilmente contestación a las tres o cuatro cartas que le dirigió a Elvira, resolvió ir a ver a don Juan... El viejo sinvergüenza lo recibió sonriendo y se conformó con responderle una media docena de estupideces con presunciones de chistes. *Pelusa* le rogó que le dejara a su novia; que ya que deseaba una muchacha con quien casarse, buscara otra, pues cualquiera de las del barrio lo aceptaría por novio y por marido, en cuanto él se insinuara, pero que no cometiera la crueldad de quitársela a él, que no tenía sino aquel amor... El viejo se mantuvo firme en su actitud de enamorado con plata y con cinismo. Estaba dispuesto a casarse con Elvira *costara lo que costara*, y precisamente, dos días después saldrían a recorrer mueblerías para adquirir lo necesario, y ya había pedido que desocuparan la casa a unos inquilinos que hacía más de diez años que le ocupaban una de sus propiedades en el barrio de San Telmo...

Pelusa salió de la casa de Spadarossa cambiado. El manso cordero se transformó en un repugnante animalejo que no pensaba más que en exterminar lo que encontrara...



VI
EN EL ATRIO DE SAN TELMO

Qué le parece, amigo Ruiz, si nos vamos?... Ya es de noche... Van a ser las siete.

— Bueno, amigo... Vámonos.

— Por el camino le contaré el final... Lo convido a un vermú...

Pusiéronse los sombreros y abandonaron la secretaría. Cruzaron un patio y un zaguán y se encontraron frente a la verja de hierro de la entrada principal, custodiada por soldados. Uno de ellos abrió una de las hojas de la puerta, pesada y sonora. Pasaron, y volvió a sonar la gran verja... Ruiz creyó que del lado de la calle de aquellos barrotes el aire era más puro y hasta creyó encontrarle un grato aroma a jazmines del país...

— ¿Y después? — interrogó Ruiz impaciente, antes de llegar a la confitería de la esquina.

— Después, *Pelusa* siguió haciendo tentativas para conversar con la muchacha. Dice que tenía ganas de saber la verdad por ella misma, de oírla, de verla, aunque no fuera más que otra vez, pero no pudo. La madre resultó un excelente guardián, que sabía cómo deben de vigilarse a estos condenados a un matrimonio de conveniencia que iba a darle a ella la soñada felicidad de ser rica y de volver a vivir en San Telmo...

Pelusa se desesperó. Pensó en matar a Spadarossa... Pensó en el cuchillo, en la bomba, en el veneno, en el revólver. Se decidió por el revólver. Buscó la oportunidad, y estaba ya decidido a dejarlo clavado a tiros en la puerta de su misma casa, cuando supo que aquel mismo sábado se efectuaba la boda, con gran pompa, en San Telmo. Y esperó hasta el sábado, se fué a la iglesia y, cuando iban a entrar... dejó que pasara la primer pareja, Elvira y un tío de ella que hacía de padrino.,. Tembló un poquito al verla tan hermosa entre sus sedas y tules blancos, pero al contemplar a don Juan del bracete de la madre de la muchacha no pudo más, y distribuyó los tiros de su revólver entre los dos...

— ¿Y los mató?

— ¡A los dos!...

Entraron en ese momento en la confitería. Sentáronse frente a una mesa y pidieron aperitales... Al rato Ruiz preguntó:

— ¿Y no pudo disparar?

— Ni lo intentó. Se quedó ahí no más, entre el espantoso barullo que se armó... Más que eso... Iba a socorrer a Elvira que se desmayaba en brazos de su tío, cuando llegó un vigilante y lo tomó de un brazo. En eso sintió que le gritaban cerca de la cara y que le daban unos puñetazos.

— ¡Asesino! ¡Canalla! ¡Canalla!... ¡Que lo maten! ¡Asesino!

El tío de Elvira dejó a ésta en el suelo y se dirigió a *Pelusa* para pegarle. Como el agente de policía se le interpusiera, lo escupió en la cara... *Pelusa* sonrió... Eso es todo, amigo don Juan. ¡Ya ve! ¡Cómo son las cosas!... Usté toma el «vermú» con «biter»... ¿No? ¿Solo?... Muy bien... Gracias...

EPILOGO

— Ché, Juan... Despertate... Vamos, ya es tarde, son las once... Te vas a quedar con un dolor en el pescuezo que ya verás... Vamos, andate a la cama... ¿Oís?... Levantate...

Don Juan Ruiz abrió los ojos. Tenía delante a su mujer que lo movía fuertemente de un hombro.

— ¡Vamos, Juan!... Son las once, andate a la cama... ¡Jesús, qué soñera! ¡Ni que hubieras carpido tierra todo el día!...

Ruiz no salía de su asombro. Se puso de pie. Volvió a mirar a su mujer...

— Vamos... Vamos... Andate a la cama... — oyó que le repetía.

— ¿Y Pelusita?... — inquirió don Juan.

— ¡Uff!... ¡Ese bandido recién se me duerme. ¡Qué cosa! Está de pillo que ya no sé qué hacer con él... Cada día más... Fijate que no quería dormirse... Le había dado por jugar... Y nada... y nada...

La buena mamá siguió comentando a fuerza de exclamaciones las «sinvergüencerías» del chico, y don Juan se marchó, desperezándose, al dormitorio. Antes de desnudarse para meterse entre las sábanas se acercó a la cama de Pelusita. Un «velador» a media luz le iluminaba suavemente la cara redondita y sonrosada. Una manita, regordeta, llena de hoyuelos, había quedado sobre el borde de la frazadita... Ruiz, que no se atrevió a darle un beso en los cachetes por temor a despertarlo, puso levemente sus labios sobre aquella mano de Pelusita, suave, tibia...

Se acostó.

Cuando, media hora después, terminado el acomodo de la casa y cerradas las puertas y ventanas, vino su mujer a acostarse, Ruiz, que no podía volver a dormirse, le dijo:

— ¡Vieras qué sueño más raro estaba soñando ahí en el sillón, cuando vos me despertaste!...

Y le contó la historia del preso que se llamaba Pelusa... Y cuando hubo terminado el relato, don Juan y su señora sentáronse en la cama para contemplar al nene en su cuna... Pelusita continuaba durmiendo como un bendito... Entonces padre y madre se miraron y sonrieron, felices, completamente felices...

Aquella misma noche, la mujer de don Juan Ruiz soñó que Pelusita era el hombre más feliz, y que todos, hombres y mujeres, chicos y grandes, viejos y jóvenes, al verlo pasar, lo saludaban sonriendo y se decían: «ESE ES PELUSITA... ESE ES PELUSITA... ¡EL HOMBRE MÁS BUEN MOZO, MÁS RICO, MÁS INTELIGENTE, MÁS SABIO, MÁS BUENO, MÁS AMADO Y MÁS FELIZ DE LA TIERRA»!



F I N



Temas del mar

Flujo y reflujo

Las malas noticias, a orillas del mar, carecen de sentido. Las recibimos vacilando entre la indiferencia y la incredulidad. Un instante más y el viento del olvido, que por aquí sopla con fuerza, las llevará lejos de nosotros. ¿Cómo quieren que atendamos a las malas noticias, a las pobres noticias, cuando estamos en la sagrada presencia del mar, entre rocas milenarias, sintiéndonos dioses?... Solamente la voz del océano es verdaderamente noticiosa para el hombre.

¡Las malas noticias!... ¿No está ahí el océano siempre igual? La ola se echa, rota, sobre la playa y retorna pesada en la resaca, arrastrando arenas y conchas, entre cien murmullos simultáneos. Así mil veces. Viendo esto, las malas noticias carecen de toda posible fijeza: que no pretendan apoderarse de nuestro ánimo. Hoy no estamos para engañosas apariencias ni para burlas de niños. Lo único cierto y respetable es lo que enseña el mar. Lo único cierto y respetable — y bello y magnífico — es el flujo y el reflujo del mar y del destino.

¡Las pobres noticias! Ya se las llevó el viento de la playa.

Montículos de arena

El niño sabe que su montículo de arena será barrido por las olas; raído por la resaca. Si lo levanta es por saber cuanto tiempo puede durar incólume una ilusión.

Los sabios, lo mismo. Comprenden que cuanta cosa hicieran sobre la playa de la vida será barrida por las olas del destino. Si, pues, levantan montículos de arena es por espíritu de juego y de solaz: juegan y apuestan a cuanto puede durar intacto un ensueño.

Y hacen bien. Jugar así mejora mucho a los hombres.

Clarín de bronce

Con el atardecer, el mar bronceado tomó el color de la tierra, bajo la tempestad. Después se fué cubriendo de espumas flavas, y empezó a resonar espantoso, dando una voz formidable.

Y como me dormí bajo esta voz formidable, oí en sueños palabras nunca oídas; y en la visión que tuve, un grande anciano, de pie sobre las peñas más altas, decía a los genios del aire:

— Tomad de este bronce con que ahora se ha bronceado el mar bajo la tormenta y hacedme un clarín poderoso. Yo voy a soplar en él con gigantesco aliento.

Y los misteriosos trabajadores hicieron el clarín de bronce.

Entonces el inmenso anciano habló, clarín en mano, diciendo:

— Voy a soplar en el nombre de los primeros númenes, llamando a los valientes, a los brillantes, a los buenos, para limpiar el mundo, para renovar su fiesta. Si hecho esto no acude nadie, tened por seguro que el mundo está solo.

Y sonó el clarín toda la noche, pero nadie acudió.

Al otro día las olas estaban blancas de espuma en extensiones enormes.

Había caído sobre el mar una ancianidad incalculable. Y los hombres se decían:

— Aceptado. Estamos solos. El mundo corre de nuestra cuenta. Falta mucho que andar, pero llegaremos.

Arturo Capdevila



Página Infantil

Elena y Matilde Tornquist Campos



Demetrio Augusto Metteni.



Mechita Vinardell Oliván



LOS CAMPEONES DE NATACION

Nuestros atletas, la juventud y promesa de la nación futura, han conquistado las aguas de nuestros grandes ríos, reteniendo sucesivamente los records mundiales de natación, y propiciando así al cultivo de uno de los más nobles ejercicios del hombre.



Perlita Sans Dantiacq



Niña de Guerrero.



Martita Torres Duggan.



Gervasio B. Carrasco.



Mario Alberto Bottaro.



Esther Angélica Risso.



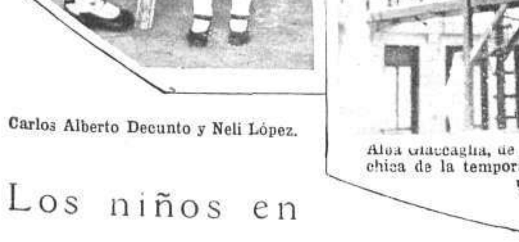
Niña de Alzaga Pearson Quintana.



Carlos Alberto Decunto y Neli López.



Alba Giaccaglia, de 4 años, la nadadora más chica de la temporada, tirándose del trampolín.



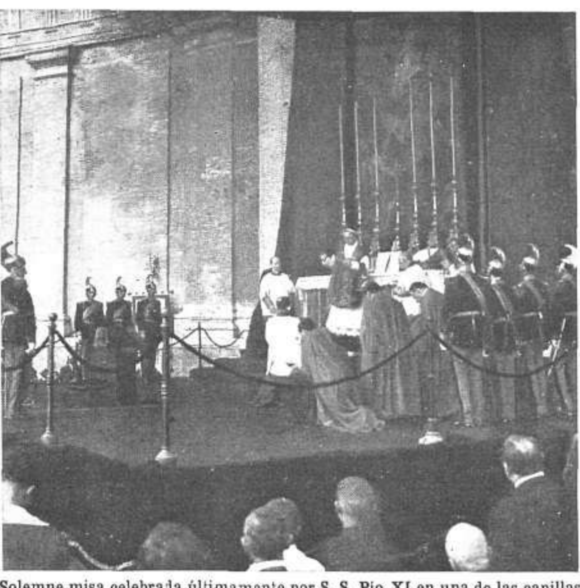
Pichona Lloveras.

Los niños en Mar del Plata

CARAS Y CARETAS EN ITALIA



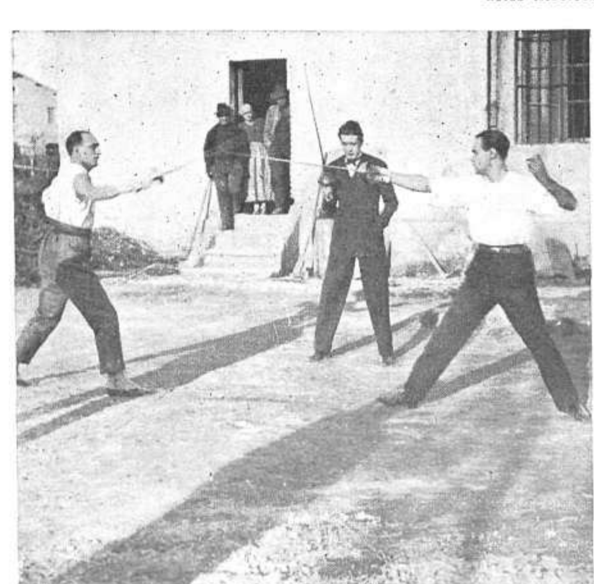
El general argentino don Carlos Fernández, en misión oficial por Europa, después de visitar el cuartel de los Bersaglieri felicita a un oficial italiano recientemente condecorado.



Solemne misa celebrada últimamente por S. S. Pío XI en una de las capillas del Vaticano, siendo asistido en los oficios por varios cardenales y escoltado durante la ceremonia por un piquete de su Guardia Suiza.



El rey de Italia, el príncipe heredero y el general Díaz en medio de un grupo de oficiales condecorados con medalla de oro por sus actos heroicos.



Notable duelo Brenciaglia-Meneghini, durante el que se puso a prueba la habilidad y resistencia de ambos contendientes, cuya porfía se mantuvo por espacio de dos días.



El honorable Mussolini, que se distingue por su dedicación a los deportes, manejando con la maestría de un profesional el volante de su automóvil.

FIESTAS DE "MI CAREME"





Distinguidas familias invitadas a la recepción de fantasía celebrada con todo brillo por el doctor Benjamín T. Solari y su señora doña Dolores Parravicini. Los dueños de casa recibieron y obsequiaron gentilmente a sus invitados en la mansión que poseen en Vicente López.



El doctor Solari y su esposa, rodeados de sus hijos Mercedes y Justino y de las señoritas Guido Spano, Margot Cantilo y Chicha Magnasco.



Señoritas Margot Portela Cantilo, Vinita Villoldo y Antonia Bayle Bustamante y señores Carlos y Luciano Alchourrón Castaño y Benjamín Solari Parravicini.



Señoritas y jovenes de la sociedad que asistieron al baile de disfraz y fantasía celebrado con mucho lucimiento en los salones del Club del Orden, de Santa Fe.



Otro aspecto del festival que constituyó una nota culminante de elegancia y animación en el mencionado y aristocrático centro.



"GANARÁS EL PAN..."

NUESTROS OBREROS MEZCLAN EN LAS BODEGAS DEL MUNDO LA RIQUEZA ARGENTINA

DESDE que nos expulsaron del Paraíso es sobre las espaldas de este hombre que el mundo subsiste. Es el sudor de su frente que ha desentrañado de la tierra el pan nuestro de cada día. *Es el más grande de los héroes, pues no* ha poseído la tierra con un liviano gesto dominador y decorativo, sino con un esfuerzo doloroso hacia abajo. Todos sus hermanos están igualmente inclinados. Es la línea honrosa que acepta el labra-

La viga de quebracho que sirve de lecho al riel de Europa. Sobre esos rieles la civilización blanca pasará rápida, brillante, violenta.

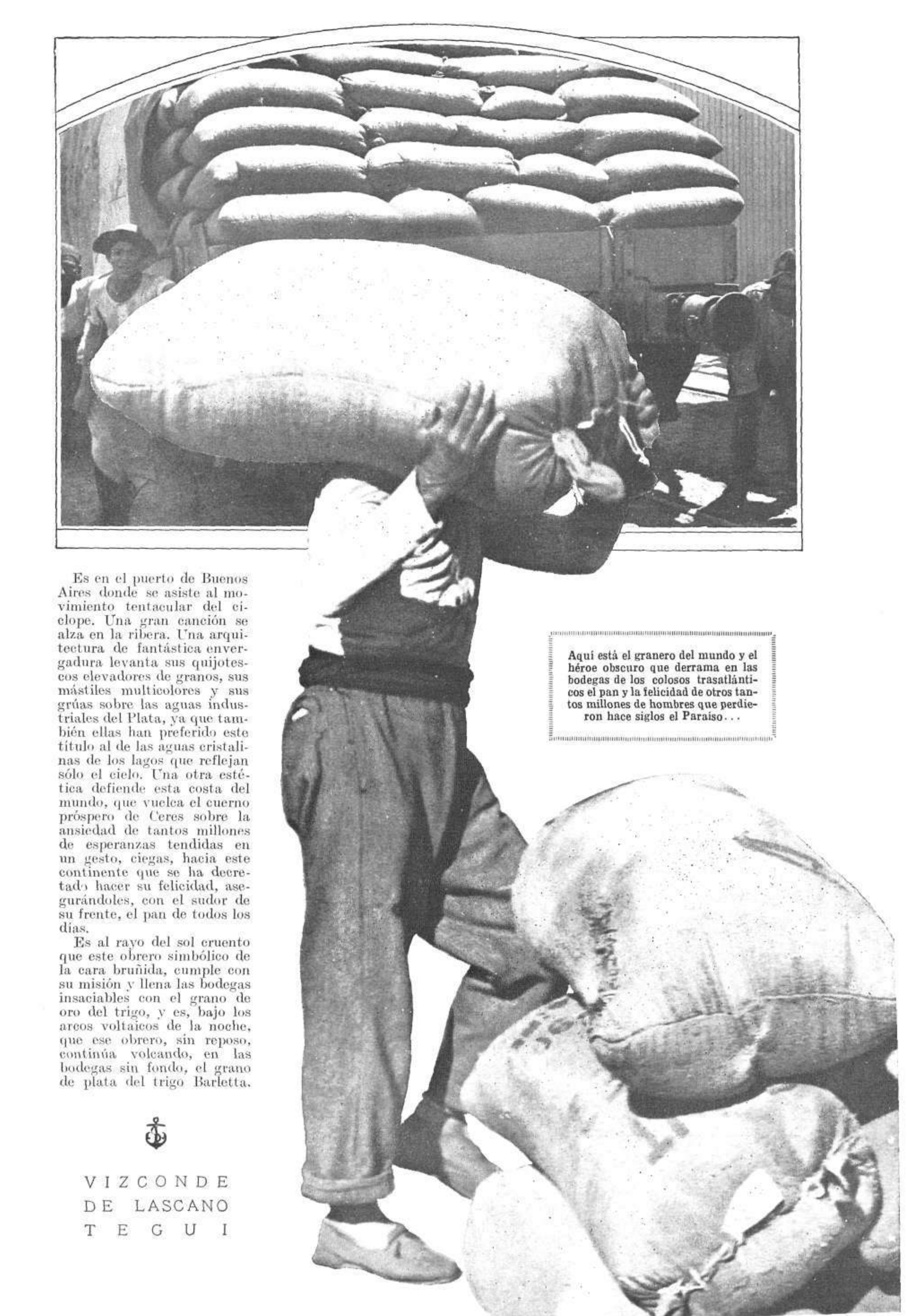


No hay edad ni raza. El preámbulo de nuestra Constitución lo dice: La Argentina está abierta a todos los hombres de buena voluntad y el obrero que asocia el país se sacrifica a su éxito de todo corazón.

dor argentino al abrir el surco y tiene sol en la espalda, hasta aquel último obrero que amasa la harina bajo los ojos tiernos de Gorki en un agujero tétrico de la Rusia lejana.

Nuestro país no posee aun un arte propio, ni tampoco las formas de su gobierno y su justicia son perfectas, pero en cambio tiene como medida ética que prepara su santo destino la honesta dignidad de un pueblo de trabajadores. La Argentina es eso: una nación de hombres de labor que se han solidarizado con la tierra y con sus industrias sanas y primitivas, productos de la ganadería y de la agricultura, la inagotable riqueza. No es una fábrica, que sería una pésima politica imitar en su especialización a los pueblos de Europa y tomarles sus industrias. El trigo y la carne deben bastarnos para entregarlos vírgenes a otras manufacturas y dar de comer con ellos a los pueblos que han empobrecido el suelo de otros continentes, preparándonos la civilización que disfrutamos.

... y mientras el semidiós estiba a bordo las maderas preciosas de nuestros bosques, en toda la extensión del puerto las bolsas vuelcan su tesoro en las bodegas.

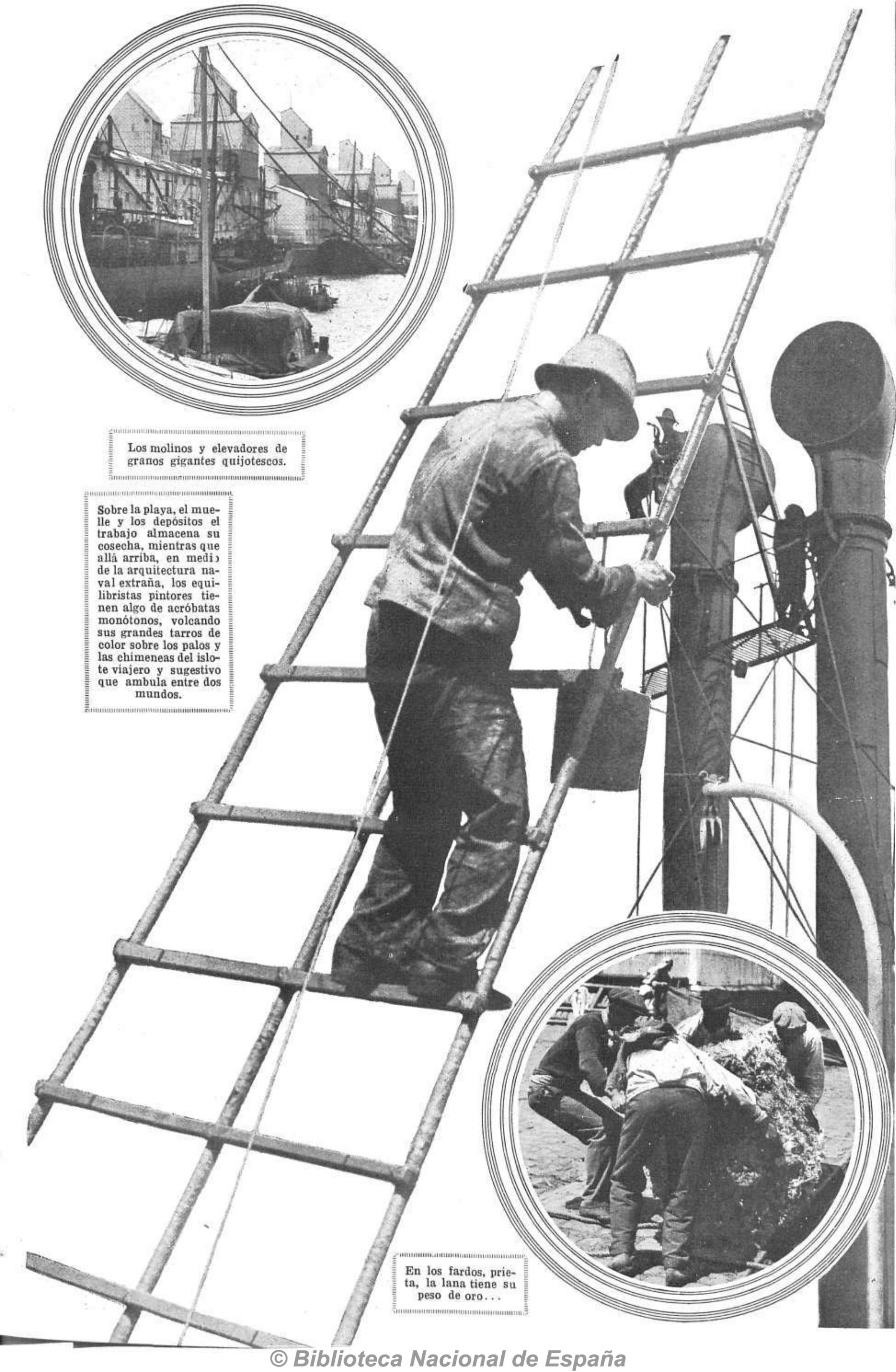


Es en el puerto de Buenos Aires donde se asiste al movimiento tentacular del cíclope. Una gran canción se alza en la ribera. Una arquitectura de fantástica envergadura levanta sus quijotescos elevadores de granos, sus mástiles multicolores y sus grúas sobre las aguas industriales del Plata, ya que también ellas han preferido este título al de las aguas cristalinas de los lagos que reflejan sólo el cielo. Una otra estética defiende esta costa del mundo, que vuelca el cuerno próspero de Ceres sobre la ansiedad de tantos millones de esperanzas tendidas en un gesto, ciegas, hacia este continente que se ha decretado hacer su felicidad, asegurándoles, con el sudor de su frente, el pan de todos los días.

Es al rayo del sol cruento que este obrero simbólico de la cara bruñida, cumple con su misión y llena las bodegas insaciables con el grano de oro del trigo, y es, bajo los arcos voltaicos de la noche, que ese obrero, sin reposo, continúa volcando, en las bodegas sin fondo, el grano de plata del trigo Barletta.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

Aquí está el granero del mundo y el héroe obscuro que derrama en las bodegas de los colosos trasatlánticos el pan y la felicidad de otros tantos millones de hombres que perdieron hace siglos el Paraíso...



Los molinos y elevadores de granos gigantes quijotescos.

Sobre la playa, el muelle y los depósitos el trabajo almacena su cosecha, mientras que allá arriba, en medio de la arquitectura naval extraña, los equilibristas pintores tienen algo de acróbatas monótonos, volcando sus grandes tarros de color sobre los palos y las chimeneas del islote viajero y sugestivo que ambula entre dos mundos.

En los fardos, prieta, la lana tiene su peso de oro...

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Grupo de damas y caballeros que asistieron al baile de fantasía celebrado por el Club Español en honor de sus socios.



Distinguidas familias tomando el te en uno de los amplios salones de la institución durante un intervalo de la animada fiesta.



La comisión de damas y el intendente señor Alfredo Reuillón que presidieron el reparto de juguetes a las máscaras infantiles en el concurso verificado en el Jardín de Niños.



Concurrentes al banquete organizado por el centro Productores de Leche en el local "Vasconia", al que asistió el jefe político don Juan Cepeda, conocidos industriales y miembros de la prensa.

DE CHILE



Carecterizados personajes que fueron comensales en el banquete celebrado en el "Club Valparaíso" para obsequiar a la oficialidad del buque sueco "Fylgia".

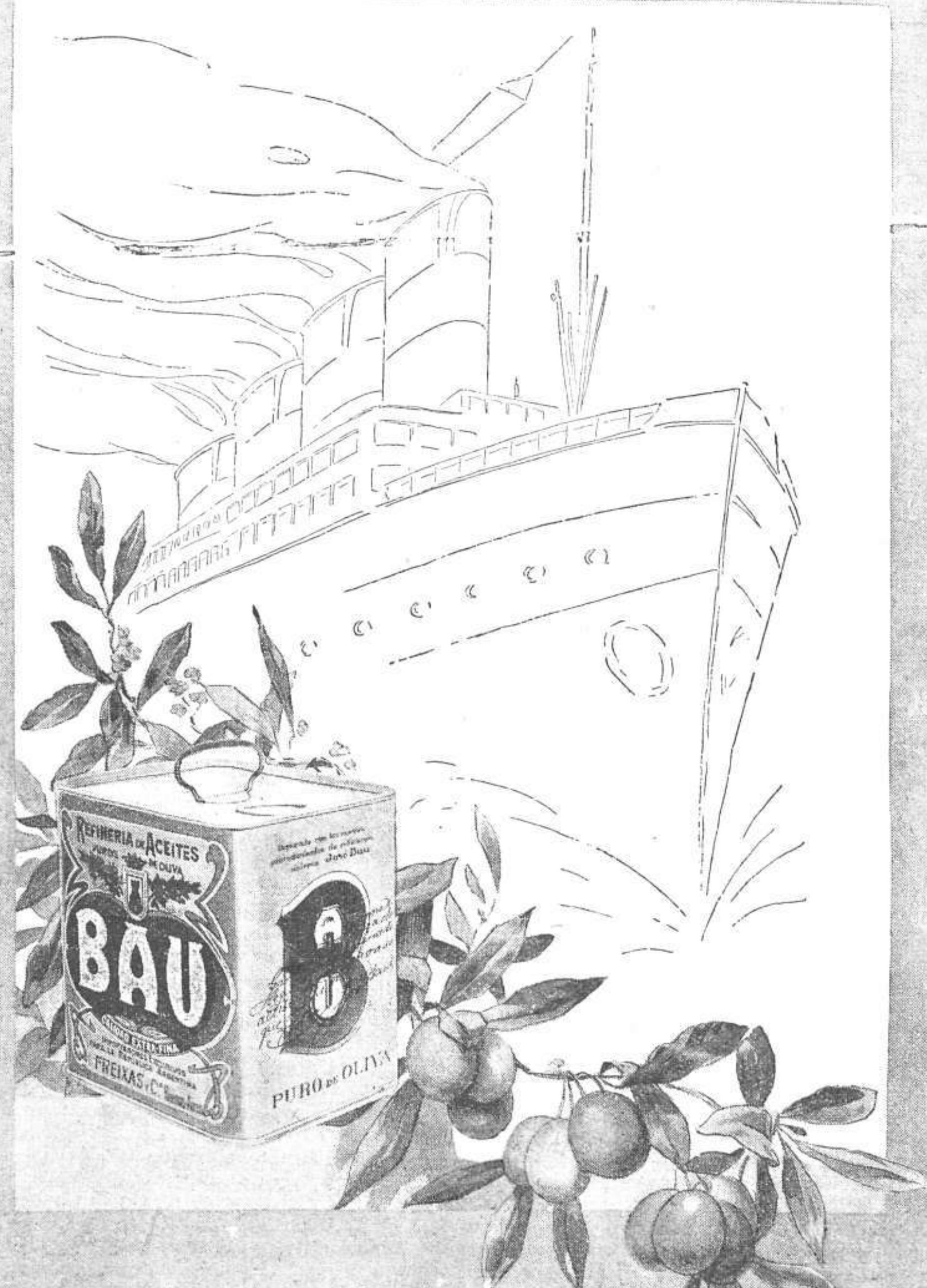


El Presidente de la República y el comandante del "Fylgia" visitando la nave anclada en el puerto de Valparaíso.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES

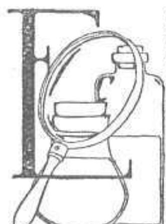
Freixas y C^ia^

AGENTES



La marca Bau representa siempre
la garantía positiva del mejor aceite

Puro de oliva



Es un hombre naturalmente elegante e instintivamente modesto. Nació en el año 1860, en Castellamare de Stabia, en el golfo de Nápoles; su padre era capitán de navío en la marina mercante, oriundo de las Apulias; su madre era veneciana. «En su sangre — dijo Ojetti — hay mucha sal marina».

Ha sido y es el pintor del Adriático; mejor dicho, el pintor de Venecia; y quien dice Venecia dice la Laguna, con sus islas, con sus costumbres tan características, con sus pescadores, con sus mujeres, que son, a pesar de todo, las nietas de las mujeres de Ticiano y de Carlos Goldoni. Pero las mujeres de Héctor Tito tienen una expresión, un aire de nuestros tiempos; un aire más nuestro: son mujeres (y los pescadores también) que saben que ya no hay el Consejo de los Diez y que nadie arroja más a nadie desde las ventanas del Puente de los Suspiros.

Tito no tuvo que luchar con las privaciones, como muchos grandes artistas contemporáneos suyos; esto no quiere decir que fuese rico ni mucho menos; pero el solo sacrificio que le impuso su arte fué el de pintar, en sus comienzos, como pintaban los otros, o sea como exigía el público de los compradores de cuadros.

El primer triunfo de Héctor Tito coincide con la muerte del gran pintor veneciano Santiago Favretto, en el año 1887. Con su bello cuadro «Pescheria vecchia» Tito presentaba sus títulos legítimos a la sucesión de Favretto; el público y la crítica se la otorgaron, pero Tito se la hubiese arrancado lo mismo aunque no hubiesen querido otorgársela. El era más fuerte que el público y la crítica juntos.

Hoy Tito sigue trabajando como en los días de su primer triunfo; ha pasado los sesenta y, sin embargo, es joven de espíritu y fuerza, como cuando tenía veintisiete. Y en el largo periodo de su actividad artística ha producido tantas obras maestras que sobran para la gloria del más exigente.

Héctor Tito es un temperamento aristocrático; su arte, siempre reflejo de un aspecto de la naturaleza, siempre obediente a las leyes de la verdad ambiente, encierra siempre, en el complejo de la composición y en los detalles, algo de su espíritu íntimo, que huye de toda vulgaridad. No obstante posea las cualidades de los grandes decoradores venecianos del siglo XVIII y guste de la grandiosidad de Tiepolo, nunca se deja arrastrar por los fáciles efectismos de la escenografía; y nunca abandona su pincel en carreras arrebatadoras; diríase que su voluntad se impone hasta a los elementos: así, cuando entre los personajes de un cuadro suyo el viento tiene un papel principal, él no concede al viento más libertad que la necesaria; no ignora que, si lo dejara, el viento haríale obtener efectos más rápidos; pero él no quiere colaboradores en su gloria; es su pincel, es el juego de la luz y de las sombras, es la combinación de los colores, es la justa expresión de las caras y de los gestos lo que debe admirar el público, lo que debe expresar el pensamiento y el sentimiento del artista: Héctor Tito quiere la arquitectura, pero no la de los fuegos artificiales.

Ettore Tito



Así este artista, que ha obtenido como muy pocos efectos de relieve y movimiento; este artista cuyos personajes parecen salirse del lienzo y pasear y bailar y trabajar y accionar, repudió y repudia las fáciles victorias, y quiere ser proclamado triunfador sólo cuando ha penetrado en la fortaleza asediada.

¿Cuántas son las obras descollantes pintadas por Héctor Tito? Sería difícil decirlo; sin embargo, sin exagerar, puede uno afirmar que más de cincuenta cuadros de Tito quedarán con fuerza para desafiar el juicio de los siglos. Quizás, entre tantos cuadros hermosísimos, no haya todavía uno que consagre definitivamente a Héctor Tito como un creador, como un genio superior; pero no hay que olvidar que este fecundo pintor, con su conciencia segura, empezó sólo cerca de los cincuenta años a pintar retratos; y los retratos de Héctor Tito tienen todas las características de las obras geniales; y como — Dios lo quiera — este noble artista tiene delante de sí todavía muchos años útiles para el trabajo y la creación, no es atrevida la esperanza que, fuerte de su pasado, dueño de su técnica, rico de personalidad, Héctor Tito pueda poner a su carrera un broche de brillantes, y dejarnos la obra—cuadro o retrato —que le dé el derecho de golpear a las puertas de la inmortalidad.

Alto, robusto, recio, Héctor Tito tiene algo de mosquetero en su aspecto y en sus ademanes. Tiene la contextura de un véneto y la expresión de un meridional. Meditativo por índole, los pelo blancos han conferido a su cara no sé qué de augusto. Sus ojos, ávidos de colores y de belleza, sueñan; pero su mente medita sin cansarse. Mientras sus miradas abrazan el juego de las olas de su laguna, o se queda pasmado frente a esas repentinas iras de la mar, su cerebro galopa tras de los sueños y construye el armazón psicológico de los cuadros futuros.

En las épocas de decaimiento artístico — y la nuestra es época de decaimiento — los artistas se pierden en discusiones, crean teorías, se desviven para derribar la obra de los predecesores, se echan de profetas y, en nombre de la libertad, forjan cadenas y dogmas que por ser nuevos no cesan de ser instrumentos de tortura y de coacción.

Naturalmente, estos artistas polemistas o no producen nada o producen poco y mal; y más naturalmente aún, echan la culpa de su fracaso sobre el público, el cual—dicen ellos—no entiende de arte.

Héctor Tito no polemiza nunca con la palabra; cuando tiene que expresar una idea, un concepto de arte, pinta un cuadro y lo ofrece a la crítica y al público; y, si no la crítica, el público dice siempre que Tito tiene razón.

Además Héctor Tito está todavía convencido de que para levantar edificios se debe empezar por echar los cimientos, y para hacer cuadros se debe empezar por dibujarlos; así en la Academia Veneciana, donde es profesor de dibujo desde muchos años, le exige a los jóvenes que dibujen, dibujen, dibujen, pues sólo así podrán hacer algo digno, algo durable si tienen aptitudes para la pintura.

Entre los muchos merecimientos substanciales de este gran artista italiano no será ciertamente el último el de haber educado dos generaciones al culto del dibujo.

ITÁLICUS.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Qué hace Vd. por aquí, señor marqués?

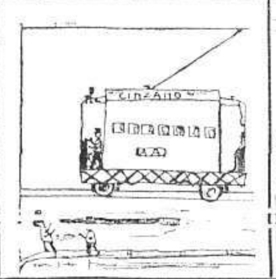
—¡Ya lo ve; he venido a menos y por eso he descendido al "bajo fondo"!



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

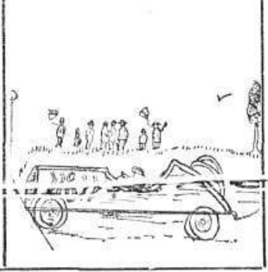


1355 — El tranvía del Anglo
JOSÉ MANFREDI.

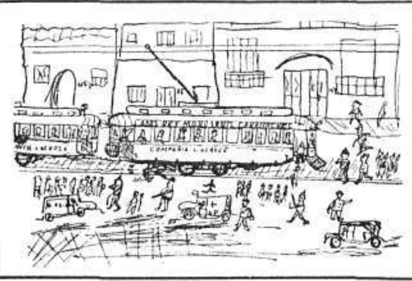
1356 — El triunfo de Firpo.
ARTURO E. MONDOTTE.



1357 — Totó, Lily y Tity.
ELECTRA ALONSO.

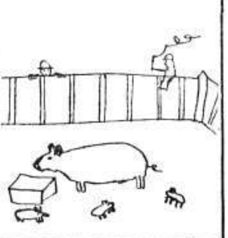


1358 — Pedrazzini llegando a la meta.
EULALIA ELENA.



1359 — Un accidente en la calle.
GERMÁN AYERVE.

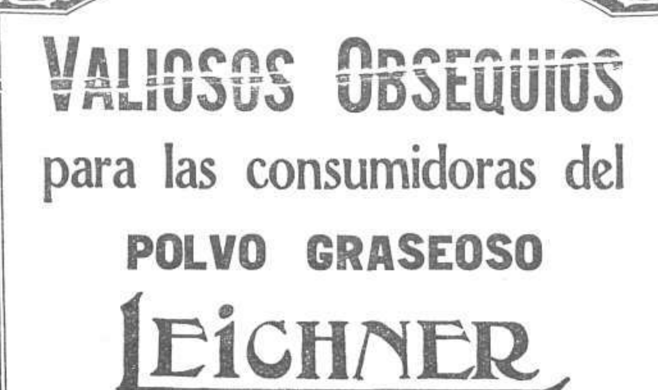




1360 — La chancha y los chanchitos de Santiago.
SOLEDAD BLINKHOM WILSON.



1361 — Mi dormitorio.
PALMIRA INTERVENUTO.

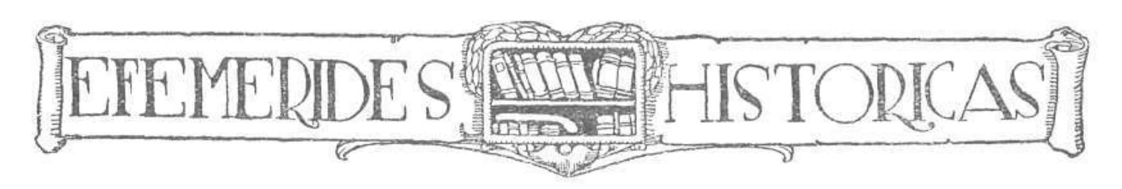


Expirado el 28 del mes último el plazo para la admisión de soluciones que han de participar en la adjudicación de los importantes regalos establecidos exclusivamente en favor de las señoras consumidoras del **Polvo Graseoso Leichner,** se realiza actualmente la tarea clasificadora de las soluciones recibidas, pero, dada la enorme cantidad que de ellas se nos ha enviado, ha debido intensificarse la ardua labor, ante nuestro propósito de no postergar un solo día la fecha fijada para la adjudicación de los valiosos obsequios.

En consecuencia, y como se había anunciado, el día 15 de marzo de 1923, a las 14 (2 p. m.), en las oficinas de la revista **Fray Mocho,** calle Bolívar, 879, el escribano señor Pita procederá, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir al acto, a constatar la hora en que se paró el reloj y a adjudicar dichos regalos.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevido. — Cerrito, 673



13 de marzo de 1818. — El Ayuntamiento regula el precio de la carne.

Recordemos cómo arreglaban nuestros antepasados cuestiones que ahora se hallan al arbitrio de los especuladores. Léanse estos documentos elocuentes:

«ABASTOS. — Aun no se ha decidido si el precio más subido de la carne es en esta capital un síntoma de escasez real, si efectivamente hay tal escasez, y quien la haya causado. No puede por lo mismo determinarse si hay en nuestros campos un superfluo de ganado de que podamos desprendernos en cambio de otros efectos que tomamos del extranjero, y que haga inclinar menos en favor de este último la balanza del comercio. De todos modos es verdad que la aprensión del mal causa los efectos que el mal mismo, y que de hecho la carne no ha estado tan barata, ni tan abundante en estos últimos tiempos. El excelentísimo Cabildo se ha visto en la necesidad de adoptar medidas para tranquilizar la inquietud de los pobres, y después de bien meditada la materia se ha creído conveniente ensayar el arbitrio de reducir a peso la venta de la carne. Los siguientes documentos instruirán al público de cuanto puede interesar su curiosidad en esta materia.

EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO. — En sesión de 13 de febrero anterior se sirvió V. E. encargarme de arbitrar el modo de que el público se provea de carne, sin que continúe experimentando los abusos que la estafa ha hecho sentir impugnemente en este artículo de primera necesidad.

El clamor general por lo excesivo del precio a que se está vendiendo la carne en la estación más favorable del año, verá con satisfacción que la incansable vigilancia de esta municipalidad tenía anticipado un examen muy circunspecto de cuanto hay que considerarse para deliberar con suceso en materia de tanta trascendencia.

Reflexiones muy serias, después de haber tentado varios expedientes para allanar los infinitos embarazos que habían frustrado otras providencias acordadas antes de ahora, me decidieron a preferir el medio que manifiesta el ensayo adjunto que tengo el honor de presentar a V. E. en desempeño de la comisión que me ha conferido.

Facilitar el abasto del público a un precio equitativo, consultar un provecho moderado para el hacendado, y que el abastecedor se estimule por la utilidad que le produzca esta ocupación, son objetos esenciales en este negocio. Ellos están conciliados en el proyecto de mi ensayo.

Su análisis es sencillísimo. La carne de un novillo, dividida en dos clases, superior e inferior, expendida con sujeción a la tarifa designada, proporciona al pobre por un medio real cuatro libras de segunda calidad: el rico tiene por igual precio tres libras de la de clase superior.

El hacendado puede vender sus ganados en estado de matadero de 6 a 6 ½ pesos. Al abastecedor, deducidos los costos: a saber 4 reales de conducción, 4 reales de derechos y 12 reales que debe abonar al vendedor de carne por cada res, le resulta de ganancia en cada novillo 4 pesos y 4 reales, y algo más si fueren de grasa, es decir, por el cuero 3 pesos, grasa y sebo 2 pesos cuando menos.

Para evitar se disminuya el peso de la carne al tiempo de su venta, se imprimirán ejemplares de la tarifa; de ellos se fijarán en tablilla uno en cada puesto; también se repartirán a los alcaldes de barrio, quienes serán fieles subdelegados para hacer guardar en sus cuarteles dicha tarifa con arreglo a los artículos de la instrucción que también pongo en manos de V. E. para su aprobación, y para que se sirva mandar se imprima en el número de ejemplares expresado en ella.

Puesto en práctica el proyecto bajo las bases indicadas con las adiciones que parecieren más conducentes, puedo asegurar que cesará para siempre todo motivo de queja; ofreciendo redoblar mis desvelos en este servicio público, y en gratitud de la respetable confianza con que V. E. me ha distinguido.

Dios guarde a V. E. muchos años. Buenos Aires, 13 de marzo de 1818. — JOSÉ MARÍA YÉVENES.»

«Buenos Aires, marzo 13 de 1818. — Aprueba este Ayuntamiento en todas sus partes el proyecto de abasto presentado por el señor comisionado don José María Yévenes; en su consecuencia llévese a debido efecto imprimiéndose para su mejor cumplimiento los ejemplares que crea el señor comisionado bastantes, para que fijados en los lugares públicos llegue a noticia de los interesados y satisfacción del público. Autorizando para la ejecución de todos los particulares que incluye el proyecto al mismo señor comisionado alcalde de segundo voto, de cuyo celo espera el Cabildo el reparo de los males que se procuran evitar. *Gutiérrez, Aldao, Ycazate, Otárola, Gutiérrez, Sáenz, Reyes, Eyzaga, Ruiz*, escribano».

Luego viene la instrucción para la venta, de la que copiamos los artículos más interesantes:

«Artículo 4.º — Desde el día 25 del corriente deberán estar provistas todas las carretillas vendedoras de una balanza cruz, y pesos correspondientes con arreglo a la tarifa establecida de 3 libras carniceras por medio real de carne de la clase superior, y 4 de la de inferior; dichas balanzas y pesas se sellarán con el sello del Excelentísimo Cabildo, sin cuya circunstancia no serán admitidas.

Art. 5.º — Igual contraste tendrán las romanas para el peso por mayor en cada matadero.

Art. 6.º — La carne será dividida en dos clases: 1.ª y 2.ª; la primera comprende los costillares, pechos, etc.; la segunda los brazuelos, etc., y el precio por medio real de cada una de dichas clases es el que designa el artículo 4.º.

Art. 7.º — Los alcaldes y tenientes de cuartel tendrán la inmediata inspección de la legitimidad de las balanzas y pesas que usen las carretillas de carne en sus respectivos cuarteles.

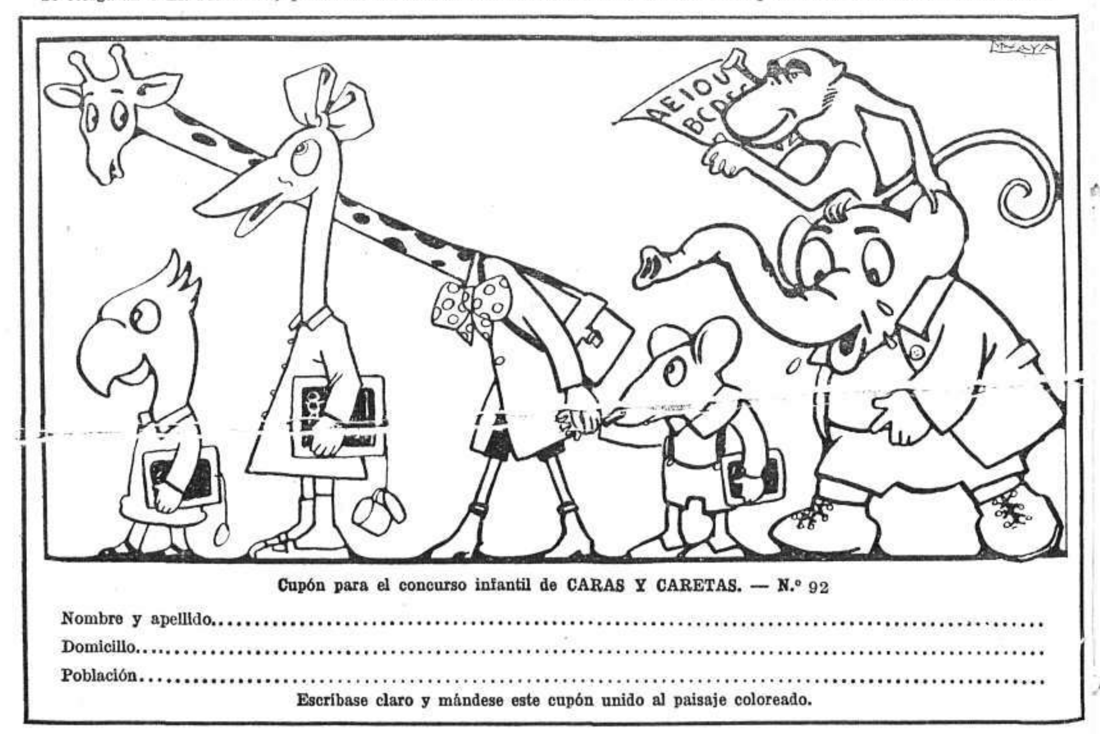
Art. 8.º — Celarán que los vendedores no defrauden, ni en el peso, ni en la calidad de la carne, con cuyo fin las visarán dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, harán los conocimientos que crean convenientes, quedando facultados desde ahora para que manden pesar la carne que los carretilleros hayan vendido y entregado al comprador, antes que este se separe a notable distancia; esta operación la deligenciarán a presencia del comprador, carretillero o vendedor, y de dos testigos, o al menos uno, y en caso de que falte al peso de tarifa media libra o más, la hará reintegrar inmediatamente, dando cuenta al señor comisionado para la imposición del castigo que merezca el carretillero infractor.

Art. 9.º — La pena de éstos, justificada su infracción con la exposición del alcalde o teniente, del comprador o del testigo que hayan presenciado el hecho, todo en juicio verbal, será por la primera vez que devuelvan al comprador el valor de la carne vendida y que de su sueldo o jornal de aquel día se le descuente otro tanto para el abastecedor dueño de la carne; por la segunda a servir un mes sin percibir salario, el cual lo entregará el abastecedor, y se aplicará a beneficio de la casa de Niños Expósitos, y por la tercera, a 25 azotes, en el mismo lugar donde reincidiere en semejante infracción, e inhabilitado de servir en adelante la venta de carne.»


CONCERTOLA EL FONOGRAFO
PERFECTO QUE Vd. TARDE O TEMPRANO
SE RESOLVERA A COMPRAR. — SATISFACE
EL GUSTO ARTISTICO DE TODO EL MUNDO.
Tenemos CONCERTOLAS desde
$ 45
Solicite gran catálogo ilustrado número 21 de Concertolas, Gramófonos, Victrolas, y N.º 22 de discos, enviando 0.20 en estampillas.
DISCOS
ULTIMAS NOVEDADES EN BAILABLES
Discos dobles VICTOR, a $ 3.— cada uno
Peligro Oculto. Tango.
Sol y Sombra. Tango.
El Amuleto. Tango.
La Misteriosa. Tango.
Buey Corneta. Tango.
El Picaflor. Tango.
Buena Mano. Tango.
Tinieblas. Tango.
Pemberé. Maxixe.
Central 05. Maxixe.
Bow Wow Blues. Fox Trot.
Railroad Blues. Fox Trot.
Just a litle Love Song. Fox Trot.
Ty-Tee. Fox Trot.
Por la orquesta R. FIRPO
Discos dobles, de 25 centímetros, a $ 3.—
El Huérfano. Tango.
Entre Nous. Tango.
Cabecita Rubia. Tango.
Una Pena. Tango.
La Cartagenera. Paso doble.
El Aristócrata. Tango.
OFERTAS DE REAL CONVENIENCIA Y OPORTUNIDAD
N.º 4. — Espléndida CONCERTOLA. Motor suizo de dos cuerdas reforzadas con 6 piezas y 200 púas.......................... $ 125
N.º 4 bis. — Características iguales al N.º 4, pero motor de mayor potencia, con 6 piezas y 200 púas.......................... $ 150
N.º 5. — Regia CONCERTOLA, lujoso mueble en roble o imitación caoba, alto metros 1.10, gran motor de dos cuerdas, con 12 piezas y 200 púas.................. $ 250
N.º 9. — Lujosa CONCERTOLA, mueble en madera extrafina, alto metros 1.16, gran motor de dos cuerdas, membrana de Gran Concierto. Precio con 12 piezas y 600 púas.................. $ 350
No cerramos los sábados.
No tenemos sucursales.
ACORDAMOS CREDITOS para ADQUIRIR ESTOS MARAVILLOSOS APARATOS.
SOLICITEN INFORMES
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 92

Nombre y apellido...

Domicilio..

Población..

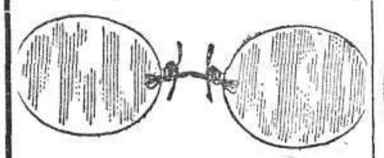
Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

GRATIS — MEDICOS OCULISTAS — GRATIS

Sistema "SUVÁ"

SI QUIERE Vd. CONSERVAR SU VISTA, compre sus anteojos en el INSTITUTO OPTICO OCULISTICO "SUVA", que es el primero y único en Buenos Aires que ofrece a Vd. el examen de su vista y receta **GRATIS** prescrita legalmente por Médicos Oculistas en consultorios particulares.

Consultas de mañana y tarde. — Precio con derecho al examen médico y receta GRATIS. — Consultas de mañana y tarde.



Modelo N.° 1

LENTES "SUBLIME" NOVEDAD

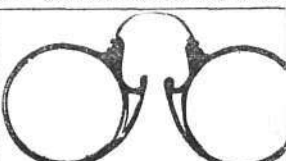
Lentes Sublime, oro 14 kilates....	$ 15
Lentes Sublime, oro reforzado	» 10
Lentes Sublime de Plata Suvá....	» 5



Modelo N.° 2

LENTES "SUBLIME" CON ARITOS IMITACION

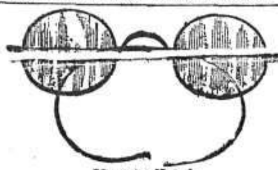
Lentes Sublime, oro 14 kilates....	$ 20
Lentes Sublime, oro reforzado....	» 15
Lentes Sublime de Plata Suvá....	» 9



Modelo N.° 3

LENTES DE CAREY E IMITACIO JASPEADOS

Lentes Carey, resorte de oro..	$ 2
Lentes Carey, resorte acero...	» 1
Lentes imitación Carey, resorte acero, a $ 6 y..........	»



Modelo N.° 4

ANTEOJOS CON ARO, Patillas curvas.

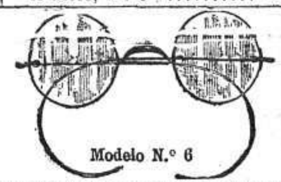
Anteojos oro reforzado 14 kilates, arquitos imitación.............	$ 15
Anteojos oro 14 kilates reforzado	» 10
Anteojos de Plata Suvá........	» 5



Modelo N.° 5

ANTEOJOS CAREY E IMITACION JASPEADOS

Anteojos Carey, redondo.........	$ 23
Anteojos Carey, ovalado..........	» 20
Anteojos imitación, redondo u oval.	» 11



Modelo N.° 6

ANTEOJOS CON VIDRIOS MONTADO AL AIRE SIN ARCO

Anteojos oro 14 kilates, macizo....	$
Anteojos oro 14 kilates, reforzado..	»
Anteojos de Plata Suvá..........	»

NOTA: GARANTIZAMOS que todos los artículos que ofrecemos son de la mejor fabricación y calidad.—Además, **TODAS** las recetas son preparadas con cristales de primera calidad y **BUJES DE SEGURIDAD PATENTADOS** para evitar que se rompan.

SUVÁ EXCLUSIVIDAD DEL INSTITUTO OPTICO OCULISTICO **SUVÁ**

350, FLORIDA, 350

La casa cierra los sábados a las 12.30. | No confundir el número. | Los pedidos del Interior se despachan en el día





LO QUE VA DE LA SEMANA

Rumbo a la inmortalidad

DE MI DIARIO

He tenido oportunidad de conocer a un joven escultor cuyas obras muy en breve llamarán la atención del público inteligente, pues se trata de un artista que sabe modelar con fuerza, que da vigor a las figuras y sobre todo que posee la facultad de hacer brotar de la arcilla plasmada la psicología del modelo. Así que un busto que sale de su taller de escultor no solamente es un retrato perfecto desde el punto de vista de las facciones fisonómicas sino que pone de manifiesto el modo de ser de la persona que representa.

Habilidad poco común, porque requiere en el artista no solamente conocimientos técnicos sino un poder de penetración muy grande.

Conocí a este joven porque un amigo común me dijo un día:

— ¡Me gustaría que vieras las obras de este artista!... ¡Ha modelado una cabeza de Mitre en una forma nueva, que se aleja por completo de los bustos de costumbre!... La ha rodeado de figuras alegóricas que forman un marco muy proporcionado y dan la impresión de un conjunto agradabilísimo... ¡Era una dificultad muy grande que tenía que vencer el artista, pero lo superó con mano maestra!...

— ¿Y no hace una exposición de sus obras ese escultor?

— La hará cuando pueda reunir unos cuantos trabajos, pues no puede presentarse con un par de retratos... Pero trabaja mucho y con mucha pasión. Por la mañana concurre a su empleo de la Casa de Gobierno y por la tarde va a su taller de donde no sale hasta la noche... Con una voluntad tan firme y decidida y sobre todo con sus condiciones artísticas, no puede dejar de triunfar...

— Bueno... ¿Y dónde queda el taller de tu amigo?

— En calle Alsina 463... ¿Por qué no das una vueltita por ahí una tarde? A cualquier hora...

— Iré.

A los pocos días cumplía mi promesa y golpeaba a la puerta del estudio del joven Mastrocinque, una piecita de pocos metros cuadrados con balcón a la calle Alsina.

Por cierto que si en ese taller Mastrocinque quisiera modelar un grupo de ciertas dimensiones se vendría abajo el piso de la pieza. Entre los modelos y el bloque de arcilla no habría lugar para moverse. El taller es eminentemente bohemio.

Una gran mesa a la derecha soporta bustos de todas clases, unos apenas empezados, otros en mármol, alguno en yeso.

Sobre pedestales de madera otros bustos en arcilla, envueltos en trapos mojados, esperan pacientemente el día en que pasarán a un molde de yeso, y mientras tanto las narices de los respectivos caballeros que han merecido el honor del modelado empujan las telas dando al conjunto una nota cómica y al mismo tiempo funeraria.

Parecen cabezas enlutadas.

Dos o tres sillas manchadas con gotas de yeso, unos cuadros al óleo tirados en un rincón, y colgando de las paredes cabezas en mármol, troncos humanos con las piernas al aire, pies, manos que ponen en evidencia los tendones y los músculos, como si hubieran estado sometidos al bisturí de un estudiante de anatomía.

He prometido no adelantar nada respecto a las obras terminadas de Mastrocinque, así que por esta vez voy a ser periodista discreto.

Sin embargo, como no he prometido el secreto respecto a lo que a mí se refiere, voy a decir detalladamente cómo fué que me puse en el camino de la inmortalidad.

— Usted, señor — dijo Mastrocinque, — tiene una cabeza que valdría la pena de modelarla... Creo que haría este trabajo con mucha pasión... Hay líneas fuertes, hay algo que un artista puede interpretar... En fin, si no le resultara molesto...

¡Díganme ustedes quien se resiste a una tentación de esta clase!

¡Un monumento es siempre un monumento!

No importa que sea ecuestre un monumento, basta que resista a las injurias del tiempo y de los hombres...

Además... si yo no aprovechaba esta ocasión para eternizarme, los hombres por cierto que no iban a gastar plata en reproducir mis facciones. Sea dicho sin dar a la cosa carácter ninguno de reproche...

Estamos de monumentos hasta aquí, así que, para merecerlo, se necesitan de veras méritos extraordinarios que... Y... ¡con méritos y todo!... ¡Vamos a ver! ¿Cuál es el periodista... monumentado?... ¡Y si habrá periodistas!...

Si debo decir la verdad, el monumento limitado a la cabeza me pareció algo reducido... Hubiera preferido una reproducción marmórea o broncínea de la cabeza a los pies, pero...

— ¡Bueno, señor Mastrocinque!... Si es que no lo dice usted por cumplido y si en algo mi cabeza puede servirle, aquí la tiene a su disposición.

— Entonces haremos así... Por unos tres o cuatro días tenga la amabilidad de pasar por mi taller de 5 a 7... ¿Le parece bien? ¿Está usted desocupado a esas horas?

— Desocupado no lo estoy nunca, pero... vendré con gusto de 5 a 7... de la tarde...

— Entendido... Quise decirle de las 17 a las 19...

Me afeité prolijamente un par de horas antes de la cita, me puse un cuello algo bajo para que no sobresaliera demasiado la gordura del pescuezo y a las 17 justitas llamaba a la puerta del escultor.

¡Miento!...

A las 16 y 30 estaba ya al 500 de Alsina mirando con impaciencia el reloj de la iglesia de la esquina. Pero me parecía incorrecto presentarme media hora antes. Sería la prueba evidente de un interés desmedido por la inmortalidad; así que me puse a dar un paseo alrededor de la cuadra, luego examiné con muchísimo interés unos relojes expuestos en una vidriera, unas máquinas fotográficas, en fin, una cantidad de pequeñas cositas, consiguiendo apenas que el minutero del reloj de la iglesia señalara las 16 y 50...

Subí la escalera despacito, descansando a cada paso, y por fin, mientras el corazón latía fuerte, fuerte, llamé discretamente:

— ¡Oooh!... ¡Qué puntualidad! ¡Qué puntualidad!... Es usted un verdadero inglés...

Me hice hipócritamente el desentendido:

— ¿Me he hecho esperar tal vez?... ¡Culpa de los tranvías!... ¡Paran horas y horas esos condenados!

— Pero no... Al contrario... Mire desde acá el reloj de la iglesia... ¡Son las 17 clavadas!

— No me gusta hacer esperar a nadie... ¡Qué quiere; soy así!...

Sobre un caballete había un montón de arcilla. Mejor dicho, dos bloques.

Una especie de enorme esfera sobrepuesta a otro bloque cuadrado.

— ¡Cuando quiera!... ¡Estoy a su disposición!...

Mastrocinque vestía un guardapolvo policromo, como si en él hubiera limpiado pinceles de todos colores...

— ¡Siéntese aquí, a mi lado!...

Empezó a mirarme de arriba abajo como si hubiese

querido grabarse bien netas en la memoria todas mis líneas fisonómicas. Se echaba atrás como para observarme a distancia, luego me venía a dos dedos de las narices, colocándose la mano derecha abierta como pantalla a la altura de los ojos.

Yo dejaba hacer y para mis adentros iba pensando en esto:

— ¿Estaré bien, pero bien presentable? Porque nosotros los viejos a veces sufrimos de tales descuidos que nos hacen poco simpáticos... Pero creo que sí... Antes de salir me miré no sé cuántas veces al espejo...

Sea dicho en homenaje a la verdad.

No solamente me miré al espejo no sé cuántas veces, sino que estudié una pose especial, que me pareció de gran efecto.

Una pose que elegí entre dos que me parecieron las mejores. La primera me presentaba con unas facciones bondadosas, de ministro evangélico en actitud de pronunciar un sermoncito sobre la fraternidad de los hombres, todos hijos del mismo Padre misericordioso; la otra, más severa, la que me gustó más, me daba las características de un juez de instrucción que toma las declaraciones de ley a un delincuente.

Mastrocinque no pareció muy satisfecho de la pose de mi elección y tardaba en modelar la arcilla.

— Pero no es así como le he visto a usted el otro día... Su modo de ser no es ése... Más natural, más bondadoso...

— ¿Quiere la sonrisa?

— No... La sonrisa no, pero tampoco ese ceño adusto...

No era fácil tomar la actitud natural... Quiera o no quiera, el que se ha creído de encontrar algo bonito adoptando una mueca de hombre superior y siente decir sin miramientos:

— Mire... Usted no es así... ¡Déjese de hacerse el hombre feroz!... termina por quedar mal.

Mastrocinque entonces atacó con furia el bloque de arcilla... Bajo sus manos maestras ese enorme melón fué adquiriendo forma de cabeza humana.

Yo seguía charlando pero mantenía la inmovilidad que se conserva delante de un objetivo fotográfico, lo que me valió otra observación:

— ¡No se quede tan rígido!... Hable a su gusto y muévase como quiera... Son los primeros esbozos... Cuando sea el momento de quedarse firme le avisaré yo mismo...

Un pedazo de arcilla del tamaño de una papa nueva formó el material en bruto del que debía salir a su tiempo la nariz.

Otras dos papas, de tamaño un poco mayor, aplicadas a los lados de la cabeza, constituyeron los gérmenes rudimentarios de las orejas, las últimas a terminar en una obra de esta clase.

Mastrocinque me hacía el efecto de un ser invadido por el numen.

En la primera sesión las líneas generales estaban dibujadas. Los ojos parecían entornados y la boca quedaba cerrada con un mutismo nada periodístico. Sin embargo, cualquiera que me hubiese conocido personalmente habría podido decir:

— ¡Ese es fulano!

El que pose delante de un pintor o de un escultor en presencia de terceros debe estar dispuesto a oir elogios tanto del artista como del modelo.

— ¡Qué facilidad!... ¡Qué acierto!... ¡Parece imposible! ¡Quién tuviera ese don de plasmar la arcilla así!...

— Los artistas nacen...

— Se hacen...

— Nacen...

— ¿Y ha notado que todos los escultores y los pintores... los artistas, vamos, tienen el cabello muy desarrollado?... ¿Por qué será?

— ¡No todos!... ¡Cierta clase de artistas!... No verá usted a un músico que toque el contrabajo y que al mismo tiempo se pueda tocar la melena... Son calvos casi todos...

— Sí, pero en cambio los violinistas, los pianistas... los compositores...

— ¿Por qué será?

Hablar de melena para mí es siempre doloroso... Lo considero casi una «gaffe» en los que me rodean, de la misma manera que no es propio hablar de soga en casa de un ahorcado.

Pero no son todos dolores para el modelo. Viene su parte de dicha.

Y la dicha viene cuando, a los que concurren al estudio del escultor o del pintor, se les ocurre quedar admirados de la frente espaciosa que llega hasta donde termina la columna vertebral... la mirada imperiosa, fija, resuelta... la cabeza poderosa, maciza, a lo Hindenburg, a lo Sarmiento, a lo bull-dog...

— ¡Qué linda cabeza!... ¡Está hablando! ¡No puede haber un parecido mayor!

Se necesita una gran dosis de dominio sobre sí mismo para no creer estas cosas, que, sin embargo, os hacen ruborizar levemente y dan ganas de contestar:

— ¡Yo no tengo la culpa! ¡Qué vamos a hacerle si he nacido así!

Felizmente el escultor puso las cosas en su lugar y, fastidiado tal vez de tantos comentarios, dijo una frase que terminó con la adulonería:

— La cabeza del señor no es que sea una cabeza linda... El señor convendrá conmigo que no es lindo...

— ¡Claro que no!...

Lo dije... pero me pesó!... ¡Ciertas verdades mortifican!...

— Pero se presta como estudio, porque tiene líneas marcadas y da juego al artista...

Me conformé con las «líneas marcadas» y luego en mi fuero interno empecé a decir:

— ¿Y no estás contento con eso?... ¿Qué quisieras ser, un Adonis? ¡Bonito quedarías! Confórmate con tu cara de hombre que ha vivido mucho y que tiene estampadas las huellas de las lecciones aprendidas...

Los días siguientes continuó la tarea de detallar los rasgos fisonómicos. Un trabajo de excavaciones microscópicas, de nuevas aplicaciones de arcilla allá donde hacía falta rellenar unos huecos insignificantes, pero que quitaban algo al parecido matemático del modelo.

La dificultad grande en la escultura consiste en la multiplicidad de los dibujos que tiene que realizar, pues en cada parte de la cara y de la cabeza hay sus líneas especiales, que se debe reproducir y armonizar; de lo contrario acontece lo que me sucedió a mí un día que tuve la debilidad de amasar arcilla e intentar sin más trámites la figura.

¡Nada menos!

¡Por otra parte es así!... Los que empiezan se meten en seguida a lo hondo, a lo más difícil. Y yo quise modelar una cabeza, consiguiendo que vista de frente resultara una niña de facciones bastante agradables, pero cuando empecé a observar mi obra de un costado resultó una vieja imposible.

Y entonces dele a corregir, a agregar de un lado, rebajar del otro... ¡Pero cada vez peor!... La cara que, vista de frente resultaba pasable, perdía sus características, hasta que yo también perdí la paciencia y dejé la momentánea pasión hacia la mas completa de las bellas artes.

Pues bien; mi busto se ha terminado y constituye, a más de una indiscutible obra de arte, un acto de previsión que habla muy en favor del conocimiento que tengo del corazón de los hombres.

Uno de estos días pasará al yeso, y sobre el yeso veremos de aplicar un económico barniz que imite el bronce.

Así quedará, con apariencia de duración indefinida, pero en realidad frágil como vidrio, hasta cuando se le ocurra a una comisión de mis lectores fundirlo en bronce y obsequiarme un día de éstos con la obra, un discurso y un banquete.

Ocasiones no faltan: veinticinco años de periodismo, cincuenta y cuatro años de edad, veinte de residencia en Buenos Aires... sobreviviente de la expedición a los desiertos patagónicos en busca del plesiosaurio... En fin, la cosa es hacer algo práctico y pronto!...

Me parece la manera más conveniente de coronar la vida de un periodista, que por lo general puede concretarse en... mucho humo... mucho humo... pero poco «arrosto» como dicen allá en la tierra de Dante!

DOCTOR A. VACCARI



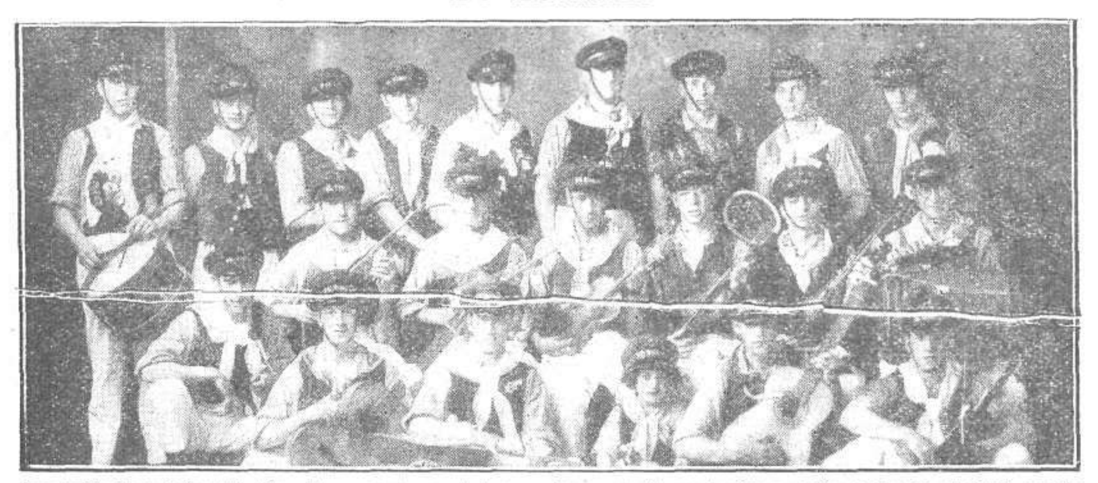
Lucido baile de "mi careme" celebrado en el hotel "Las Delicias" a beneficio del hospital Lucio Meléndez.

LA PASIÓN POR LOS HONORES

La pasión por los honores no es cosa exclusivamente de estos tiempos. Un día el rey Víctor Manuel II se fué de caza con algunos de sus nobles. En el camino uno de éstos se encontró sin fósforos para encender un cigarro. «El mal no es muy grande — dijo el rey alargando la propia fosforera. Yo tengo aquí. Tomadlos». «¡Oh, señor — contestó el noble, jamás me habría yo atrevido a pedirlos a Su Majestad!» Sonriendo, el rey dijo entonces: «Pues habríais hecho mal, porque los fósforos constituyen una de las tres cosas que yo no niego a nadie jamás». El noble contrajo el ceño y preguntó: «¿Se podría saber cuáles son las otras dos?...» «Un saludo, un fósforo y una cruz de caballero». Haciendo humorismo sobre la facilidad con que una cruz de caballero es concedida, el conde de Cavour solía decir: «Conviene dar un decreto por virtud del cual sean declarados caballeros todos los italianos tan pronto como lleguen a los veinte años de edad; y sean exonerados del título y de la obligación de portar sus condecoraciones todos aquellos ciudadanos que por sus obras ilustres hayan merecido el calificativo de beneméritos». Entre las personas que no han sido sensibles a estos honores estuvo madame Dudevant, conocida con el pseudónimo de Jorge Sand. La varonil amante de Chopin, cuando supo que se le quería conceder la legión de honor, se apresuró a escribir a Jules Simón, estonces ministro de Instrucción: «Estimado amigo: le suplico que haga lo posible para que no se me condecore. Piense usted que si yo me pusiese el distintivo rojo sobre el pecho parecería una cantinera».


Trapic
VINO EMBOTELLADO
BENEGAS Hnos Y Cía
TRAPICHE
Trapiche
RESERVA
BENEGAS Hnos y Cía
Los Vinos de mesa
TRAPICHE
han merecido y siguen
mereciendo la preferencia
de los que saben reco-
nocer los méritos de los
mejores vinos.
Benegas Hnos. y Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
771, FLORIDA, 771 - Buenos Aires
Unión Telefónica, 1752 y 7365, Avenida
Cooperativa Telefónica 3708, Central

De Bánfield



Agrupación humorística "El Timun", comparsa orquestal carnavalesca que obtuvo el primer premio en el corso celebrado en esta localidad.

EL TEMOR DE DONIZETTI

Cuando en el teatro de la Scala José Verdi hizo llorar al público con «Nabucco», uno de los espectadores que más abierta y sinceramente lloró fué Cayetano Donizetti, que ya era entonces célebre. Es a la sensibilidad tan grande de este músico, escribe el «Giornale di Sicilia», a lo que se debe una producción que fué extraordinaria por cantidad y que le acortó la vida al músico insigne. Donizetti escribía obedeciendo a un misterioso mando interior, a un anhelo perenne que lo obligaba a crear ritmos y melodías; que le impedía frecuentemente dormir; lo perturbaba profundamente con los estremecimientos, con los escalofríos no interrumpidos de un hombre febril, con los espasmos y las angustias de un enfermo incurable. Y verdaderamente él estaba enfermo de una enfermedad mortal: la del genio, por la cual a menudo no sabía escoger lo bueno de lo mediocre, en el ímpetu inagotable de la creación. De este modo escribió «Lucía» en un mes; en quince días el «Don Pascual» y el «Elixir de amor»; en poco más de un mes el «Poliuto»; en una sola noche el cuarto acto de «La Favorita». El fracaso de una ópera que él consideraba palpitante de belleza, lo postraba. Caía en la duda atormentadora de que el genio no iba a responder más a la invitación de su alma; caía en el temor de no poder comprender ya la suavísima voz, el lenguaje noble y profundo de la inspiración. Y esta duda atroz lo consumió cada vez más, y lo condujo poco a poco al umbral de la locura, en la cual murió.




¡Nada más!
S.
EL
FERNET-BRANCA
no necesita ser recordado a los que ya lo conocen. En cambio aconsejo, a los que aun no lo han probado, que pregunten a uno de los innumerables consumidores de este verdadero elixir estomacal: "¿por qué, cómo y cuándo lo toma?" —"nada más".
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD
Concesionarios: HOFER y Cía. - Bs. Aires





A BOINA *de los* VASCOS

Entre los diversos modos que el hombre ha inventado para cubrirse la cabeza la boina merece una mención especial. Gorro humilde al principio, útil nada más que para cubrir los rudos cráneos campesinos, ha terminado por ser una prenda notable, famosa y hasta distinguida. Es más todavía, puesto que es histórica. En efecto, la boina se convirtió en el gorro militar y en el distintivo político de los carlistas desde que el general Zumalacárregui, vistiendo su gran boina de plato, aparece a la cabeza de los batallones absolutistas en las montañas guipuzcoanas.

La fortuna de la boina no se limitó a los valles pirenaicos; pasó el mar, llegó a las pampas argentinas, y otro partido político, el *radical*, adoptó la boina como distintivo de partido y como enseña de combate. Ese gorro flamante y peleador que ha calentado las cabezas de tantos guerrilleros, en España no ha conseguido llegar a las altas esferas del poder; todo lo más ha logrado lucir sobre la frente de Carlos VII, el rey de mentirijillas. En cambio en América la boina ha podido cubrir el cráneo criollo (mezcla de vasco y de nativo) de un presidente de la República: el doctor Irigoyen.

¿De dónde proviene la boina? ¿Quienes la usaron al principio? Se habla de la boina vascongada como si realmente hubiérase siempre usado en todo el país vasco. Pero no es así. La boina es relativamente moderna en esa región. La generalidad de los vascongados usaban sombrero, pañuelo anudado como los aragoneses, montera de fieltro o de piel, gorro de pastor y barretina de marinero. Ningún grabado, ningún documento, ninguna noticia revela el uso de la boina hasta los tiempos de la primera guerra carlista, o sea hasta el primer tercio del siglo XIX. Probablemente se trata de una prenda renacentista, común a todos los pueblos europeos en el siglo XVI; tal vez se conservó, medio ignorada, en algún valle oculto del Pirineo o del Cantábrico, hasta que el carlismo, prestándole una importancia sectaria y proselitista, la hizo extender por todo el país vasco-navarro.

Pero si ignoramos los orígenes de la boina, cuando menos nadie nos impide conocer todos los pormenores de su actual fabricación. Es en la próspera villa guipuzcoana de Tolosa donde reside el mayor centro productor de boinas de todo el mundo. La fábrica de los sucesores de Elósegui es un emporio industrial que enorgullecería a los países más adelantados. De esos talleres han salido los millones de boinas que abrigaron las cabezas de varias generaciones de vascos. El *tambero* que en la soledad pampeana cuida su tropilla de vacas lecheras, o el marinero que navega por los ardientes mares de Malaca, de Hong-Kong de Filipinas, al quitarse la boina descubren la marca inevitable: Elósegui, Tolosa.

Yo también, sobre mi cabeza rubia, llevé de adolescente la marca obligatoria: Elósegui, Tolosa. ¡He ahí una divisa industrial que está llena de simpatía! Porque, en resumidas cuentas, todos los ensueños de muchacho, todas las quimeras de adolescente y todas las ambiciones de los veinte años han tenido como confidentes mudos y como tácitos espectadores a esas dos sencillas y honradas palabras: Elósegui, Tolosa. ¡Cuántas veces también, en las correrías por los montes incultivados, cuando los chicos aborrecíamos la escuela más de lo conveniente volvía mi boina de los merodeos estivales convertida en una sonora jaula de grillos!

Quien haya tomado en la mano una boina, siempre que no sea un técnico, habrá vacilado en la apreciación de su materia. Parece una mezcla de paño y de fieltro, sin junturas ni cosidos, compacta, y flexible. Sin embargo, se trata de un simple tejido, tan sencillo como el de cualquiera de los paños con que se hacen nuestras ropas. Desde que los blandos vellones de lana penetran en las máquinas cardadoras hasta que las máquinas de tejer entregan las boinas a los aparatos compresores, todo es limpio, inteligente y ordenado en la fábrica. Los que desdeñan nuestros métodos y esfuerzos nacionales deberian visitar más frecuentemente los sitios donde el español trabaja.

En esta misma fábrica de boinas ¡cuántas buenas lecciones puede hallar el español desapasionado! Orden y sistema, modernidad y amable disciplina. Varias generaciones de fabricantes se transmiten los secretos de la fabricación, quedando ésta vinculada en una familia y adquiriendo así un tono tradicional que asegura la bondad progresiva del producto y un régimen patriarcal en las relaciones entre el patrón y el obrero.

En el despacho del director de la fábrica veo una serie de antiguas y modernas fotografías que me sirven para hacer rápidamente una historia mental de las distintas formas que ha adoptado la boina a través del tiempo. Un retrato de un guerrillero carlista me da la impresión marcial, montaraz e insurrecta, mientras un poco más allá cuelga de la pared la figura tranquila de un pescador, a quien la simple boina ayuda a parecer más sosegado y bueno. El cura Santa Cruz, especie de fiera carlista, paseó su boina, tantas veces salpicada de sangre, por estos mismos valles guipuzcoanos que ahora respiran solamente paz, trabajo y alegría.

La boina es una prenda de vestir acaso un poco plebeya. Ha perdido la amplia elegancia de terciopelo que tenian las grandes gorras renacentistas, reduciéndose a un capacete que oprime demasiado la cabeza. Es un gorro muy útil para campesinos y pescadores y para cuantos necesiten actuar en zonas húmedas y ventosas. Pero no sirve para la vida urbana y señoril; un hombre galante que lleve encasquetada una boina no podrá saludar en la calle a una dama con un gesto medianamente cortés; se verá precisado a saludar con el gesto rigido de los militares, y esto resulta entre impertinente y violento. La boina es para los campesinos y pescadores, los cuales no sienten ninguna necesidad de descubrirse ante las señoras.

Cuando tiene bastante vuelo y cae graciosamente tendida sobre un costado, la boina resulta agradable y vistosa, pero no cuando adopta esa forma actual de pequeño capacete muy encasquetado hasta las orejas. Así luce la efigie del general Zumalacárregui, el de las patillas románticas, su gran boina de plato ladeada y un borlón cayendo sobre el hombro. Así los suizos de la guardia del Vaticano, con sus grandes y tendidas boinas de corte antiguo, hacen una arrogante figura militar, pintorescamente arcaica. Así vemos los retratos de Rembrandt, fanfarronamente tocados con sus anchas y ladeadas gorras, o boinas de terciopelo.

José Mª Salaverría

EL ESTIRADOR DE ALAMBRE "DONALD MULTIGRIP"

es también "un accesorio indispensable para el automóvil en el campo". Así lo comprueba la carta que transcribimos a continuación, enviada por uno de nuestros clientes.

ULYSSE MONFORT

CEVALLOS 128

UNIÓN TELEF. 5366 (LIBERTAD)
COOP. TELEF. 2339 (CENTRAL)

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA
"MONFORT"

"CODE LIEBER"
A B C 5TH EDITION

Buenos Aires. Mayo 15 de 1922.

Sres. W. Cooper & Nephews Ltd.
87-Maipú-87.
CIUDAD.

Muy Señores mios:

Tengo el mayor placer en comunicarles los resultados obtenidos con el aparato "DONALD", en mi último viaje de Mar del Plata a Buenos Aires.

Salí de Mar del Plata solo, en mi coche "FORD", a las 6 de la mañana y tuve el placer de llegar a mi casa en el mismo dia a las 10 de la noche.

Este éxito, a parte de la bondad del coche, lo debo, y lo confieso con toda franqueza, a su pequeño aparato "DONALD".
En primer lugar, confiando en él, no usé para nada las cadenas hasta mi llegada a Dolores. Allí los caminos son tan malos que por prudencia tuve que recurrir a ellas. El viaje llegaba a su término, eran las 8 de la noche y antes de llegar a la estación GLEW pasé un trecho muy, pero muy malo y me quedé en un pantano metido hasta el eje.

Mi situación era desesperante. Solo, cansado, sin ver casas sinó a mas de 30 cuadras. No sabia que hacer y pensaba con toda franqueza pasar la noche en mi coche hasta esperar el amanecer, para pedir caballos y salir del trance.

Al cabo de un rato, haciendo mi exámen de conciencia pensé que podria probar la verdadera eficacia del "DONALD". Mi situación, es decir, la empantanada era tan formidable, que no pude sinó sonreirme. Pensé en el fracaso mas completo, pero la soledad era tan grande y el deseo de llegar a mi casa a descansar en una buena cama me dieron valor y de viva voz, hablando a mi mismo dije "NADA ME CUESTA, A VER ULYSSE, VALOR, CORAJE, PRUEBA LO PEQUEÑO" e inmediatamente me puse a la obra.

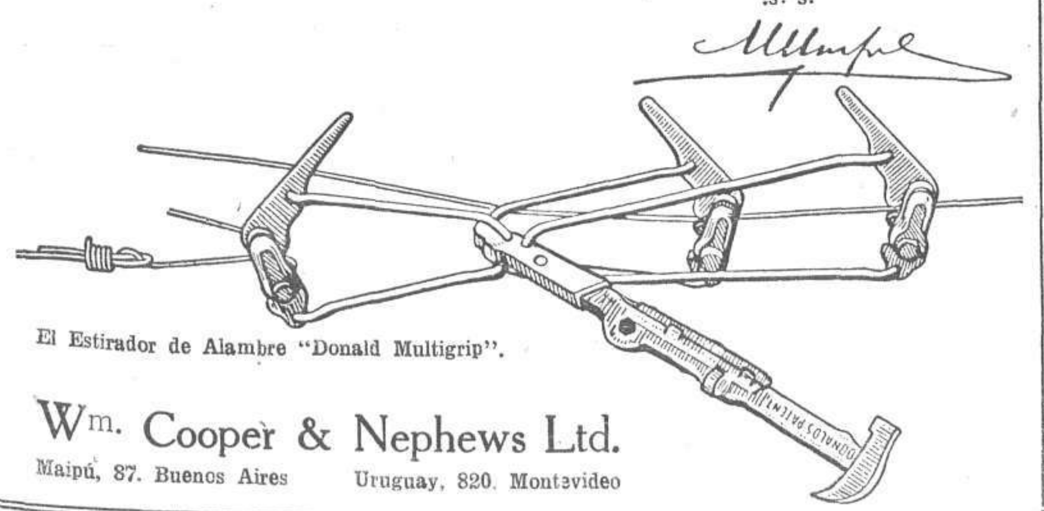
Mi sorpresa no tuvo límite, despues de diez minutos estaba fuera de peligro y en marcha a Buenos Aires, estableciendo, se puede casi decir, un record.

Un consejo, modestia aparte, como Vds. saben tengo mucha costumbre de viajes largos, que efectúo solo, casi siempre, contando únicamente con mis fuerzas y pericia, pues a los amigos del SPORT, que tienen que salir de los caminos pavimentados les es tan necesario tener en el equipo de viaje un aparato "DONALD", como tener aceite y nafta para hacer caminar el coche. El pantano es nuestro enemigo y la mayor parte del tiempo, el mas dificil de vencer.

El "DONALD" tiene una cualidad mas, la de su poco volumen y peso. En cualquier parte se puede guardar y el cajón de herramientas es suficiente.

Nuevamente gracias por sus consejos de haber llevado y probado el "DONALD" y me es grato suscribirme de Vds. su muy atto. y S. S.

U. Monfort



El Estirador de Alambre "Donald Multigrip".

Wm. Cooper & Nephews Ltd.

Maipú, 87. Buenos Aires   Uruguay, 820. Montevideo

AJEDREZ

Publicamos a continuación la partida ganada por el joven polaco S. Rzeschewski al célebre maestro Janowski, en un torneo jugado en el «Internacional Chess Club» de Nueva York, con la participación de otros maestros. Tal partida lo consagra como un temible contricante para el futuro y demuestra el temple de luchador, al seguir una partida iniciada con desventaja en la apertura y que poco a poco evoluciona en forma tal que obtiene el triunfo.

APERTURA GAMBITO DE DAMA REHUSADO

	BLANCAS D. Janowski	NEGRAS S. Rzeschewski
1.	P 4 D	C 3 A R
2.	C 3 A R	P 4 D
3.	P 4 A	P 3 R
4.	C 3 A	C D 2 D
5.	A 5 C	A 2 R
6.	P 3 R	P 3 A
7.	A 3 D	P 3 T D (1
8.	O-O	P × P
9.	A × P A	C 3 C (2)
10.	A 3 D	C R 4 D
11.	A × A	D × A
12.	D 2 D	C × C
13.	P × C	P 4 A D
14.	T D 1 C	C 2 D
15.	P 4 T D	O-O
16.	D 2 A	P 3 T R
17.	T R 1 R	P 3 C D (3)
18.	T 2 C	T 1 C
19.	T R 1 C	D 3 D
20.	D 2 R	P 4 T D (4)
21.	A 5 C	T R 1 D
22.	P 3 T	D 2 A
23.	P 4 R (5)	C 1 A
24.	D 3 R	A 2 D
25.	C 5 R	A 1 R
26.	A × A	T × A
27.	P 4 A R	P 3 A (6)
28.	C 3 A	C 2 D
29.	P 5 R	P 4 A
30.	P 4 C	P 3 C
31.	P × P A R	P C × P
32.	P 5 D !	C 1 A (7)
33.	T 2 C +	R 2 T
34.	P 4 A (8)	D 2 A
35.	R 2 T	C 3 C
36.	T D 1 C R	T 1 C
37.	P 6 D	D 2 C D
38.	P 4 T R (9)	D 3 A
39.	P 5 T	C 1 T
40.	C 5 C + (10)	P × C
41.	P × P	C 3 C (11)
42.	T 3 C	R 2 C
43.	T 3 T	T 1 T R
44.	P × C	T × T +
45.	R × T (12)	T 1 T R +
46.	R 3 C	D × P T
47.	D 3 A R	P 5 A +!
48.	R 4 C (13)	D 7 A
49.	D × P	D 7 R +
50.	R 3 C	D 6 D +
51.	R 2 C	D 7 R +
52.	R 3 C	D 7 T +
53.	R 3 A	T 1 A R (14)
54.	D 6 A +	R 1 C (15)
55.	P 7 D	T × D +
56.	P C × T (16)	D 7 D
57.	T 1 T R	D 6 D + (17)
58.	R 2 C	D × P +
59.	R 2 A	D 4 A +
60.	R 2 C	D 5 C +
61.	R 2 T	D 7 R +
62.	R 3 T	D 6 D +
63.	R 4 T	D × P D (18)
64.	T 1 C +	R 1 A
65.	R 5 C	D 4 D

Las blancas abandonan (19).

(1) P×P o O-O es lo correcto.

(2) C 4 D constituia un mejor recurso para el desarrollo.

(3) La posición del negro es ya difícil.

(4) T 1 T, que era la alternativa, tampoco habría sacado de dificultades al pequeño polaco.

(5) Janowski está jugando como un verdadero maestro.

(6) Crea otro «hole» en el lado del R, pero ese caballo en el centro es un huésped muy molesto, y necesitaba desalojarlo.

(7) Si P× P, D 3 D.

(8) Los peones blancos semejan la «falanje macedónica», tantas veces victoriosa.

(9) Janowski pecó de prudente por no entregar el C desde ahora. Después de 38 C5C+, P×C; 39—P×P, D5R; 40—D3CR, D ×PAR. T×C el juego estaba ganado por las blancas.

(10) Un sacrificio interesante; pero menos sólido que esta sencilla continuación: C4T, T×T; T×T, T1CR; T×T, R×T; C×P, P×C; P6R, R1A; D5R y gana.

(11) Esta jugada la hizo súbitamente, como si con mirada de águila hubiese visto la imposibilidad de resistir de otro modo el avance de los peones blancos.

(12) D×T significaba el renunciar a la victoria, y habría dado probablemente por resultado tablas. Después de 45..., T1TR; 46—D6T+, R1C!; 47—T3C, D5R; 48—T3TR, D×P+; 49—R2C el negro se hubiera podido contentar con dar jaque perpetuo, pues si toma la D con la T y luego el PD con su D perdería, dada la potencia de los dos peones blancos en sexta, apoyados por la T.

(13) Forzado, porque si toma el P con la D, el jaque de la Dama negra en 6C sería terriblemente efectivo.

(14) La lucha toma proporciones homéricas.

(15) Bien jugado. La captura de la D blanca en este momento habría sido un suicidio.

(16) El error definitivo. Tomando la T con el PR no se habría perdido más tarde el PC con jaque, y el resultado habría sido tablas. Porque si D3D; T1TR y el jaque continuo es la única salvación del negro.

(17) Con el horizonte despejado, Rzeschewski se apresta al asalto final.

(18) Destruyendo la última esperanza de Janowski.

(19) «Nulla est redemptio». Muy amarga ha debido ser esta derrota para el gigante franco-ruso.



EL CINEMA de la BUENA SALUD



Millones de personas deben su buena dentadura a ***Sozodont.***

Cinta No. 4

Escena No. 1

Todos consideramos al dentista como nuestro amigo, pero nos es difícil creerlo cuando nos hace estremecer con un par de pinzas.

Escena No. 2

No se coloque dos veces en la misma posición—entre más **Sozodont** use, menos tendrá que temer a las pinzas.

Escena No. 3

Aunque el padre era un poco viejo para aprender, los resultados fueron tan prontos y satisfactorios, que hoy se siente orgulloso y hace lo que sus hijos.

Escena No. 4

No es oro todo lo que reluce. Si yo no pudiera obtener otro bote de lata de **Sozodont,** no vendería éste por ningún dinero.

PADRE

No permita que el descuido de sus dientes le haga parecer de más edad. Consérvese tan joven como sus hijos y use con ellos el verdadero y probado dentífrico para la familia—**Sozodont.**

Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.

Representantes

Harold F. Ritchie & Co.
171 Madison Ave., N. Y., U. S. A.



ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHO CON DOS ANILLOS

de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 k. con 5 brillantitos, todo por sólo **$ 30.—**

El mismo juego con el cintillo de oro 18 kilates, a .... **$ 45.—**

$ 7.90 — **$ 18.00**

RELOJ de níquel chato, máquina bien observada, con cadena, a ... pesos **7.90**

RELOJ de plata, 3 tapas, chato, áncora, 15 rubíes, con una cadena, a pesos **18**

N.º 454. — Enchapado en oro 18 kilates y piedra brillante negro del Brasil, a $ **3.00**

N.º 486. — Platinados y brillantes negros a...... $ **3.50**

N.º 485. — Platinados y brillantes negros a...... $ **3.90**

N.º 442. — Platinados y brillantes negros, $ **4.50**

N.º 487 — Aros de galalit legítimo calados, fuertes, gancho plata, punzó o verde claro, el par ... $ **3.90**

N.º 436. — Plata, imit. ónix y camafeo blanco, el par, $ **4.50**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

EL "FUMOIR"

Por

LUZ Y SOMBRA

Bien que hoy día el fumadero o «fumoir» no es ya el cuarto indispensable en una casa moderna, pues la presencia del dios Tabaco es tolerada en los salones "chic"; sin embargo, cuando es posible instalar una piecita independiente, pero comunicada al mismo tiempo con la sala de recepción, es agradable localizar allí los humos del sexo fuerte. Allí es donde se encienden cigarros y cigarrillos que luego se podrán terminar al lado de las damas, sin haberlas molestado excesivamente.

Supongamos, para amueblar nuestro fumadero, unas piezas más o menos cuadradas, de 3,50 a 4 metros por lado.

El centro de la pared del fondo será ocupado por una chimenea; el centro de otra pared por una ventana; frente a la chimenea, en la tercera pared, un cofre u otro mueble de madera bajo y largo, y frente a la ventana, posiblemente, una puerta de dos hojas comunicando con el el salón. Esta disposición permite colocar alrededor de la pieza cuatro sofás. Estos últimos serán de terciopelo de algodón obscuro, liso o venado de azul verdoso. Las almohadas son factores principales en estas decoraciones, almohadas muy blandas y numerosas, hechas con pedazos de sedas antiguas o bien pintadas o adornadas de cordones, bellotas y otros bordados. Arriba de los sofás habrá una tablita-estante que servirá para colocar libros y objetos de arte. Esta tablita es la continuación de la parte superior de la chimenea y puede ser completada por un respaldo que a su vez forma marco al espejo ovalado de la chimenea misma. Toda esta madera será de un tono gris marcadamente obscuro. Del mismo estilo será el cofre o mueble ya dicho; y los dos motivos que decoran sus hojas, así como los cordones y guirnaldas alrededor del espejo y de sus dos lamparitas eléctricas, serán de color morado. El amueblado será completo con unos sillones bajos y cómodos y unas mesitas un poco cuadradas, de estilo moderno, pintadas en rojo con motivos gris-amarillo claro y ribeteadas de negro. El papel de las paredes — si es que tienen papel o cretona — será rayado, de tonos armonizando con el conjunto, pero en los que predomine el verde.

Otra decoración para el mismo cuarto. En el centro de la pared del fondo está la chimenea de ladrillos; los pequeños estantes, así como la madera de los muebles bajitos, son pintados de gris claro realzado por ribetes azul obscuro. La puerta de entrada tiene la misma decoración. Las hojas de los muebles armonizarán con el conjunto, pero la monocromía no será absoluta, sino alternada con morado y negro. El género que cubre los sofás puede ser un reps beige y morado. Las pequeñas mesitas, como en la pieza precedente, completan el amueblado; ellas son de laqué negro con motivos dorados.

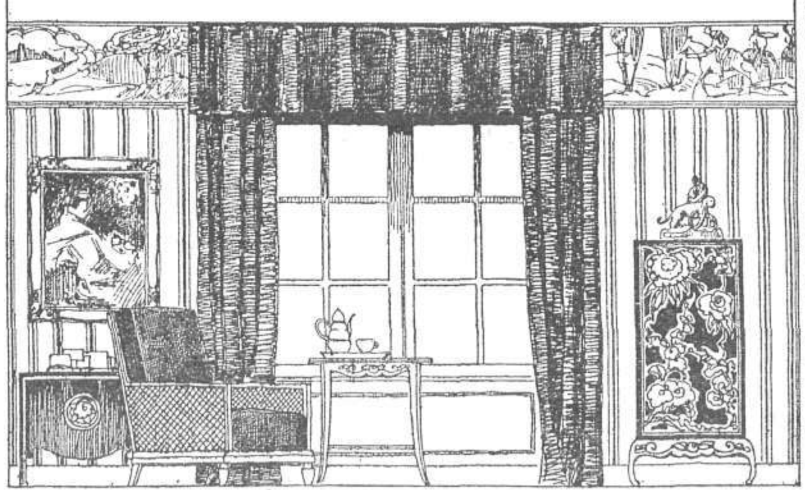
Rincón de chimenea en un "fumoir" moderno.

Como mis lectoras ya habrán observado, el sofá vuelve a ocupar su puesto de honor en la decoración moderna. ¿Significará esto tal vez una nueva tendencia a la vida apacible de las meditaciones, un renovado deseo de soñar? Sin duda esta reaparición de los sofás y de las chimeneas de ladrillos trae consigo cierto sabor viejote, que a muchos encanta.

Sin embargo, la verdadera juventud de hoy, espíritu inquieto y soñador, desdeñoso de mirar para atrás, impaciente perseguidor del mañana, busca placeres más exóticos para sus ojos cansados ya de lo nuevo y de lo viejo. Las pintorescas reconstrucciones de la época de la dominación española, los conmovedores despojos de la Revolución, los restos de barbaries y de corrupciones de otros siglos y otros mundos ya no causan emoción ninguna en el espíritu de los exigentes modernistas. Sólo el Oriente, el misterioso e impenetrable Oriente, con sus civilizaciones demasiado antiguas y demasiado exóticas, con sus artes raras para nuestros ojos, puede satisfacer esta nueva sed. ¿Qué no dirán las seculares paredes de los castillos que vieron a las pelucas empolvadas y las polleras-tonel, y que ahora están cubiertas por lotos y aves raras, destinadas para abrigar dioses pavorosos, símbolos de otra raza y otras supersticiones?

Uno de nuestros grabados os presenta un rincón de ventana de un fumadero estilo chinesco. Este decorado, así como aparece en el dibujo, es simplemente detestable, y os lo presento precisamente para citaros el error.

Vosotras mismas, queridas lectoras, examinándolo un poco atentamente, os daréis cuenta del porqué de mi afirmación. En caso contrario, tendréis todo interés en leer mi charla de la semana próxima.



Un decorado de mal gusto.


En el uso de los perfumes, más que en el de ningún otro artículo, se advierte el grado de distinción y de buen gusto de las personas. Emplear en la toilette perfumes delicados, sutiles y de alta calidad, significa caracterizarse con aquellas envidiables dotes personales.
La PERFUMERIA MENDEL
ofrece a Vd., en sus riquísimos extractos y lociones, los delicados y selectos productos que han de destacarle en tal sentido.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires. - Guardia Vieja, 4439
Montevideo:
Cerrito, 673

De Mercedes



Significativa demostración ofrecida en el Club Social a la distinguida educadora señorita María A. Campi con motivo de su próximo viaje a Europa.

¿QUÉ SOY YO?

¿Qué soy yo? ¿Qué es este yo? ¿Una voz, un movimiento, una apariencia, alguna idea encarnada y visualizada en el eterno entendimiento? *Cogito, ergo sum.* ¡Ah! Pobre ser pensante, esto es muy poca cosa. Seguramente soy, y antes no era: pero ¿de dónde? ¿Cómo? ¿A qué? La respuesta está a mi alrededor, escrita en todos los colores y en todas las formas, pronunciada en todo los tonos, de júbilo y de llanto, en la armoniosa Naturaleza que tiene mil figuras y mil voces; mas ¿dónde están los ojos y los oídos penetrantes que descifren el sentido de ese Apocalipsis escrito por Dios? Vivimos entre una interminable fantasmagoría y en la gruta de un sueño; interminable, porque la más débil estrella, el siglo más remoto no están cerca de sus bordes; los sonidos y muchas visiones vuelan en torno de nuestros sentidos; pero a *El*, a quien no sueña y de quien son obra el sueño y el que sueña, no lo vemos; ni siquiera lo sospechamos, a no ser en algunos raros momentos en que a medias despertamos... Este sueño, este sonambulismo, es lo que en la tierra llamamos vida; en ella la mayoría andan despreocupados, como si distinguiesen la mano derecha de la izquierda; mas sólo son sabios los que saben que no saben nada.

TOMÁS CARLYLE.

Grupo de niños que tomaron parte en el concurso de disfraces infantiles y trajes de fantasía celebrado en la Municipalidad, repartiéndose entre ellos profusión de juguetes y adjudicándose premios a los mejor presentados.



LA BANDA DE LADRONZUELOS

DE MI VIDA EN LA NIÑEZ

POR MÁXIMO GORKI

Se organizó una banda; la formaban Sanka Viakhil, hijo de una mendiga, agradable muchacho de diez años, afectuoso y tierno, siempre sufrido y alegre; Kostroma, un sinfamilia, impetuoso y descarnado, con unos inmensos ojos negros y que se ahorcó más tarde, a la edad de trece años, en la colonia penitenciaria donde le habían recluído por haber robado un par de pichones.

Había también un tártaro de doce años, hercúleo, bueno y plácido; Jaze, hijo de un sepulturero y guardia del cementerio, chicuelo de ocho años, chato, taciturno como una fiera enjaulada y que era epiléptico, y, en fin, Gricha Tchurka, el mayor de la banda, juicioso y justo, apasionado por la lucha a puñetazos; su madre era costurera y viuda. Todos vivíamos en la misma calle.

En el arrabal el robo no era considerado como un pecado: era una costumbre y casi el solo medio de subsistir de muchos burgueses, que no acababan nunca con su hambre. Las seis semanas que duraba la feria no podían enriquecer a las gentes para el resto del año; así muchos honrados padres de familia tenían a la orilla del río un complemento de sus ganancias: pescaban las vigas y los lechos arrastrados por la corriente; transportaban en balsas cargas ligeras; pero, sobre todo, robaban. En general, "espumaban" el Volga y el Oka, apoderándose de todo cuanto hallaban mal sujeto.

Los domingos las personas mayores se alababan de sus hazañas; los chiquillos los oían y se aprovechaban de sus lecciones.

En la primavera, durante el período de trabajo febril que precedía a la feria, las calles estaban llenas por las noches de obreros, de carreteros y artesanos algo ebrios; los chiquillos, tranquilamente, exploraban los bolsillos de los viandantes, ante las miradas de sus padres, y era una costumbre admitida, un procedimiento lícito.

Les robaban sus herramientas a los carpinteros; cogían las clavijas y los trozos de hierro a los mecánicos; las mantas a los cocheros de plaza. Mas nuestra banda no se entragaba a este menester; Tchurka había manifestado una vez para todas en tono resuelto:

— Yo no quiero robar; mamá no me lo consiente.

— Y a mí me da miedo — apoyó Chabi.

Kostroma no sentía más que desprecio por los raterillos; y acentuaba la palabra "ladrón" con una particular energía; cuando veía a muchachos ajenos a nuestra banda desvalijar a los borrachos, los perseguía, y si lograba atrapar a un delicuente, le zurraba sin compasión. Este chiquillo, de grandes ojos y aire triste, se imaginaba que era un hombre; andaba moviendo las caderas como un mozo de cordel y se esforzaba en hablar con voz varonil y brutal. Toda su persona tenía algo de viejo, de reflexivo, de estirado. Viakhil estaba persuadido de que el robo era un pecado.

Mas el hecho de ir a las Arenas para coger tablas y listones no estaba clasificado entre los hechos reprensibles; ninguno creíamos cometerlos, y elaborábamos una serie de procedimientos que facilitaban mucho nuestras necesidades.

Los días de lluvia, a la caída de la noche, Viakhil y Jaze se dirigían hacia las Arenas pasando sobre el hielo mojado e irregular; entonces hacían todo cuanto podían para atraer la atención de los guardias, mientras que los otros cuatro — y yo era uno de ellos — nos dirigíamos disimuladamente a la isla, uno a uno.

Inquietos por la aparición de Viakhil y de Jaze, los guardias no los perdían de vista, y durante este tiempo nosotros nos reuníamos junto a un montón de madera convenido de antemano; entonces escogíamos tranquilamente nuestro botín y, mientras que nuestros compañeros con sus ágiles pies se divertían hostigando a los guardias y arrastrándolos en su persucución, tomábamos el camino de vuelta.

Cada uno de los cuatro operadores peseía una cuerda, armada en su extremo por un gran clavo curvado en forma de corchete; clavábamos ese corchete en las tablas o en los maderos, y no teníamos más que arrastrarlo sobre la nieve o el hielo. Los guardias no nos veían casi nunca, mas si nos descubrían ya no nos podían alcanzar. Vendido el botín, repartíamos entre los seis el total de lo recibido, y a cada uno tocábanos a veces cinco, seis y hasta siete copecks por barba.

Con esta suma podía uno alimentarse lo suficiente durante un día, pero a Viakhil le zurraba su madre si no le llevaba algo para comprar aguardiente; Kostroma economizaba, soñando con poder mantener unas palomas. La madre de Tchurka estaba enferma y él trataba de ganar lo más posible. Chabi guardaba todo el dinero para poder volver a la ciudad en que había nacido, de donde le sacara un tío suyo que se había ahogado poco después de su llegada a Niji-Nugorod. Por lo demás, Chabi tenía olvidado el nombre de su ciudad; sabía solamente que se hallaba en el Kama, junto al Volga.

Aquella manía nos divertía mucho, y embromábamos al tártaro, de ojos bizcos, cantándole:

> La ciudad está en el Kama.
> ¿Donde? No se sabe nada.
> Ni tendiendo los brazos se le puede tocar...
> Ni por mucho que andes a ella puedes llegar...

Al principio, Chabi se enojaba; pero Viakhil, con voz arrulladora que justificaba su apodo de "Charlatán", le dijo:

— ¡Vamos! ¿Es que los compañeros no pueden gastar bromas?

El tártaro bajó las orejas, y, desde entonces

canturreaba con nosotros el estribillo de la ciudad sobre el Kama.

No obstante, preferíamos recoger los huesos y los trapos a robar madera. Esta labor se hizo más interesante en la primavera, cuando la nieve se derretía y las lluvias lavaron las calles, adornadas en la desierta feria. Siempre, en aquellos sitios, hallábanse entre las cunetas muchos clavos y ferretería; a veces hasta dinero, en monedas de plata y cobre.

Pero los guardianes de las tiendas vacías nos acosaban, quitándonos los sacos, si no les untábamos en seguida

Por regla general, ganábamos el dinero con dificultades; pero nos llevábamos bien. Sin embargo, en ciertas ocasiones teníamos nuestros disgustillos, aunque jamás hubo entre nosotros cuestiones graves.

Viakhil desempeñaba siempre el papel de pacificador. Tenía el tacto de pronunciar, en el instante oportuno, las justas palabras que nos hacían entrar en razón, avergonzándonos. Las decía con una especie de asombro. Las violentas salidas de Jaze ni le espantaban ni le ofendían; juzgaba inútil todo lo malvado, y sentenciaba en tono sereno y convencido.

— ¿Por qué vuelves a hacerlo? — preguntaba.

Y sentíamos que, efectivamente, no había razón para proceder de aquel modo.

Llamaba a su madre "Mi Pichona", lo que nos daba mucha risa.

— Anoche, "Mi Pichona" regresó hinchada como un tordo — nos refería alegremente. Y sus dorados ojos redondos relucían. — Abre la puerta grande, se sienta en el suelo y se pone a cantar. ¡Una verdadera gallina!

Tchurka, siempre positivista, se informa:

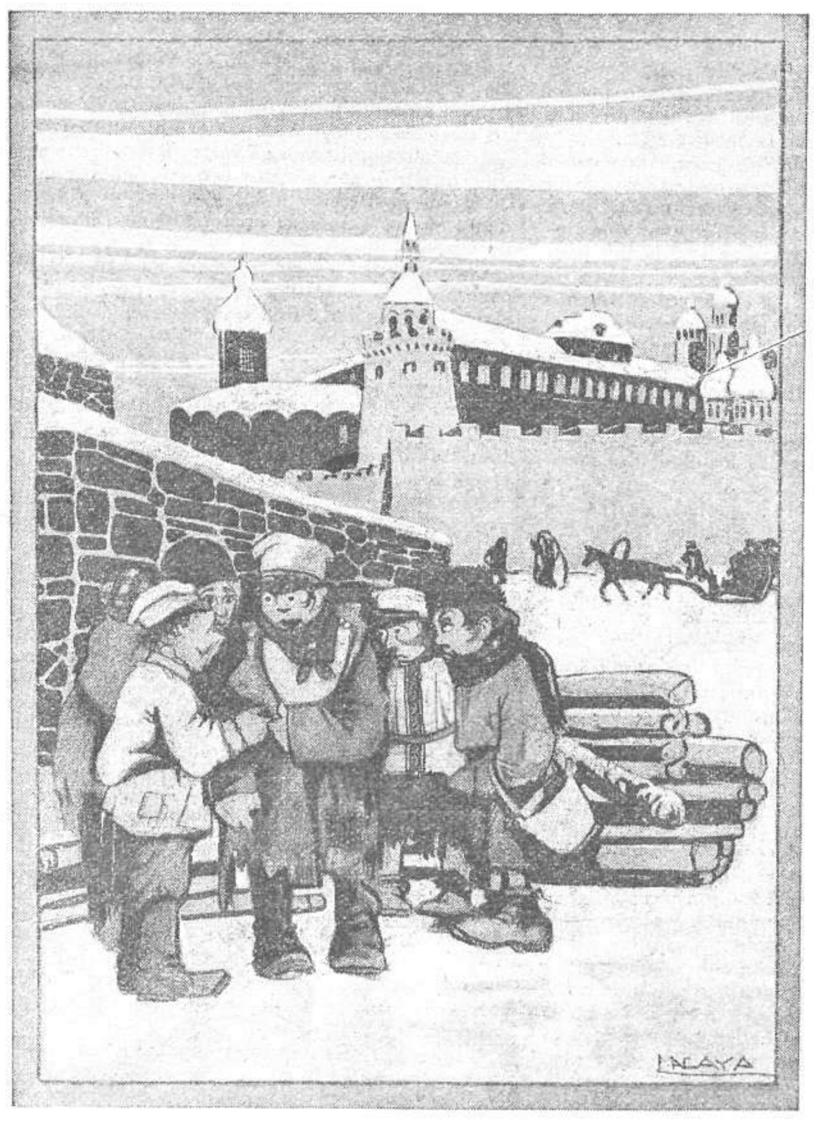
— ¿Qué cantaba?

Viakhil, golpeándose la rodilla a compás, imita a su madre con aflautada voz:

> To, to, to. El pastorcito
> llama a la ventana. Acudimos a la puerta.
> To, to, to. El pastor llama. Al caer la noche,
> toca la zampoña. La aldea está en silencio.

Viakhil sabía muchas de estas cancioncillas y las cantaba con mucho arte.

— Sí — continúa. — Se duerme en el umbral. La cocina está fría. Todo mi cuerpo tiembla. Iba a helarse, pues no tenía fuerzas para conducirla hasta casa. Esta mañana le pregunté: "¿Por qué te atiborras de ese modo?" Y me responde: "Un poco de paciencia aún. Dentro de poco he de morirme".



Tchurka confirma gravemente:

— Sí, morirá pronto. Está abotargada.

— ¿La sentirás mucho? — pregunto.

— Naturalmente—replicó Viakhil, admirado. — Es muy buena.

Todos sabíamos que azotaba a su hijo sin medida ni razón, y, no obstante, ninguno dudó que fuese buena. Es más: en ocasiones, cuando la suerte no nos sonreía, fallaba Tchurka:

— Demos cada uno un *kopel* para que Viakhil le compre aguardiente a su madre, si no le pegará.

De toda la banda, únicamente Tchurka y yo sabíamos leer y escribir. Viakhil nos envidiaba mucho, y de cuando en cuando susurraba, estirando sus orejillas puntiagudas de ratón:

— Cuando yo entierre a "Mi Pichona" también iré a la escuela y haré una gran reverencia al maestro para que me admita. En seguida me contrataré de jardinero con el obispo o con el emperador.

A la primavera, "Mi Pichona" y un viejo cuyo oficio era recaudar para la edificación de una iglesia, fueron aplastados por una pila de leña en el instante en que se disponían a beberse una botella de aguardiente. La mujer fué

llevada al hospital, y el grave Tchurka dijo a Viakhil.

— Ven a vivir conmigo. Mi madre te enseñará a leer.

Poco después Viakhil, la nariz al aire, descifraba los letreros:

— Co-tes-mi-bles...

Tchurka rectificaba en seguida:

— Comestibles, ¡tarambana!

— Si lo sé. Pero es que las letras cambian de sitio.

— Tú eres quién las cambia.

— No. Saltan ellas solas de gusto, porque se las lee.

Nos divertía. Además nos asombraba por su amor a las plantas y árboles.

El arrabal, diseminado entre la arena, era pobre en vegetación. Aquí y allá, en los patios, veíanse delgados sauces blancos; macizos de saúcos ostentaban ramas torcidas; al pie de los setos se ocultaban tímidamente briznas de hierba seca y gris.

Si alguno de nosotros, por casualidad, se sentaba en estas espesuras polvorientas, Viakhil gruñía en tono irritado:

— ¿Por qué aplastas la hierba? Siéntate más allá, en la arena. ¿No es igual para ti?

Cuando estaba presente daba fatiga tronchar una rama de sauce, arrancar un ramito de saúco, cortar un tallo de mimbre a orillas del Oka. Se enfadaba siempre, alzaba los hombros y dejaba caer los brazos:

— ¿Pero qué necesidad tenéis de romperlo todo? ¡Ah, qué diablos!

Y su estupor avergozaba a todo el mundo.

El sábado nos entregábamos a una diversión muy alegre, que ya veníamos preparando durante la semana, amontonando por las calles los viejos zuecos de tilo desportillados que se escondían en las casas.

El sábado, pues, cuando los segadores tártaros del "desembarcadero de Siberia" entraban por grupos en la casa, tomábamos posiciones en la encrucijada y los bombardeábamos con semejantes proyectiles.

A los comienzos se enfadaron, nos insultaron y hasta nos persiguieron. Pero bien pronto el juego les sedujo y, conociendo de antemano lo que les aguardaba, llegaron al campo de batalla abastecidos, también ellos, de zuecos de tilo.

Habiendo logrado descubrir los rincones donde los ocultamos, nos robaron más de una vez nuestro material de guerra.

Nos quejamos de este proceder desleal.

— Eso no vale. Así no se juega...

Entonces devolvieron la mitad del botín y la batalla comenzó. Por lo general situábanse ellos en lugar descubierto; las más de las veces, en la encrucijada. Nosotros los atacábamos a gritos y tirándoles zuecos viejos.

Cuando alguno de nosotros, sorprendido en pleno ataque, volteaba, hundiendo su cabeza en la arena por un proyectil hábilmente dirigido a sus piernas, ellos vociferaban y se reían a carcajadas estentóreas.

El juego era de larga duración, a veces hasta bien entrada la noche. Los burguesillos acudían, y escondidos tras la esquina nos miraban, protestando en nombre del orden turbado, mientras que los zuecos de tilo, grises y polvorientos, volteaban como los cuervos.

Los tártaros se calentaban tanto como nosotros. A veces, terminado el combate, nos invitaban al comedor de su asociación, ofreciéndonos carne de caballo dulzona y un raro plato de legumbres. Tras la cena bebíamos te muy cargado y comíamos una especie de pasta de avellanas azucarada y espesa.

Aquellos zagalones gigantes nos agradaban. Eran verdaderos hércules. Tenían algo de infantil que saltaba a la vista; pero lo que me sorprendía sobre todo era su dulzura sin malicia, su humor igual, su buena hombría y las amistosas atenciones que se prodigaban unos a otros.

Su risa tenía una franqueza adorable: se reían hasta saltárseles las lágrimas.

Uno de ellos, muy jovial, con la nariz rota, originario de Kasimof, dotado de una fuerza fantástica — una vez había conducido desde un ribazo en la orilla a otro lugar bastante lejos una campana que pesaba cerca de seis quintales — aullaba con formidables carcajadas.

— ¡Ju! ¡ju! La palabra es hierba; la palabra es moneda. Y también la palabra es oro.

Uno noche hizo que Viakhil se sentase en su mano y lo levantó en alto, diciendo:

— Allá es donde debe vivir. ¡En el cielo!

DIBUJOS DE MACAYA

ADOLESCENCIA

DE PAISAJES DEL CORAZON

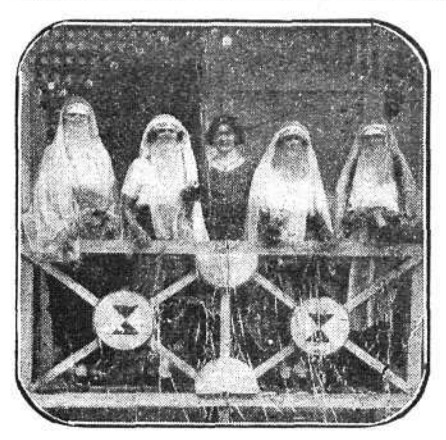
En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.
El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.
Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos



y me ofreció sus mejillas
como quien pierde un tesoro.
Caían las hojas muertas
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos.
No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
... y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

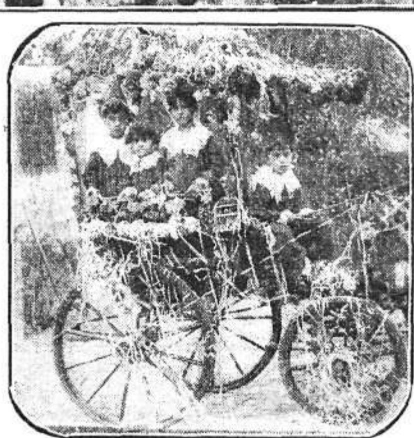




Interesante concurso infantil celebrado en la Municipalidad de Morón, al que asistieron numerosos niños, a los que se les repartieron juguetes y bombones.

Señora y señoritas de Vincent y señorita Laurani y Stowg, disfrazadas de odaliscas y que ocuparon el palco que mereció el primer premio.

Niños de Insúa, que fueron muy celebrados por el público por su original cochecito carnavalesco.



De Sierra Chica



Picnic dado por el Centro Recreativo de esta localidad en honor de las familias de sus asociados, fiesta que se celebró en el parque de señor Ochi.

LA MUERTE DE LAS PERLAS

Extraída de las profundidades marinas y expuesta a la luz del sol, la perla languidece con el tiempo y ya no brilla.

Pero un pecho femenino sano y robusto basta para devolverle el brillo primitivo. Parece que esto se debe a la secreción de las glándulas subcutáneas, cuya grasa tiene las mismas propiedades reconstituyentes de la madreperla. Así, en los Estados Unidos, un collar de perlas de cien mil dólares, depositado en la caja fuerte de un banco, languidecía fatalmente porque el collar, por una curiosa disposición testamentaria, no podía ser usado sino por la misma nieta del testador, y la nieta en cuestión... aun no había nacido.

Entonces otro nieto, temeroso de que el collar fuera a perder su calidad y por consiguiente su precio, decidió recurrir a los tribunales de San Francisco. Estos resolvieron que durante algún tiempo el collar fuese llevado por la esposa del reclamante, pero bajo la estrecha vigilancia de un policía privado que pagaría el banco. Este caso curioso ha tenido su precedente: La mujer de Thiers dió vida a otro collar de perlas que languidecía en el Museo del Louvre, llevándolo puesto algunas semanas, pero con el compromiso de no sacarlo fuera del recinto del mismo Museo.


LA SALUD SE REFLEJA
EN EL SEMBLANTE
En su espejo podrá conocer Vd. si su cuerpo necesita una limpieza general.
Nada mejor para estos casos que un purgante preparado por Vd. mismo.
Tenga siempre en su casa los
"Polvos Rogé Parodi"
y podrá prepararse en el acto una limonada Rogé en el momento que lo desee.
EN VENTA:
Droguería de la Estrella Ltda.
DESENSA, 215
sus secciones y en toda farmacia.

CONSULTORIO

N.º 1974. — *¿Dónde está el arrecife de coral más grande del mundo?*

R. Sorol. — Chilecito.

El llamado "arrecife-barrera" de Australia, que se halla en las costas septentrionales de dicha isla, tiene una extensión de más de 200 kilómetros. Su distancia media de la costa es de 35 a 45 kilómetros, pero en algunos puntos se aleja hasta 90 ó 120. El brazo de mar que hay entre el arrecife y la costa tiene unos 40 metros de profundidad, aunque en ciertas partes pasa de cien.

El arrecife que hay en la costa occidental de la Nueva Caledonia tiene 780 kilómetros de longitud y en una distancia de muchas leguas rara vez se aproxima más de 15 kilómetros a la costa.

N.º 1975. — *¿Qué especie de pescado se usa como antorcha en algunos países.*

Don Bosco. — Ciudad.

Los indígenes de la parte N. O. de la América Septentrional empleaban para alumbrarse cierto pescado que se denomina el "pez-bujía". Este curioso y útil pez es muy delgado y mide cerca de 30 centímetros de largo. Su color es de blanco plata. Los indígenas lo consideraban como el más delicioso de todos los pescados comestibles, aunque es casi imposible asarlo o freirlo, porque se convierte por completo en grasa. Esta es la cualidad por la cual se le empleaba en el alumbrado. Cuando necesitaban luz los indígenas cogían un pescado de éstos, seco, lo colocaban con la cola hacia arriba en un montón de barro o en un pedazo de madera rajado y encendían la cola que ardía como si fuese una vela. Algunas veces solían atravesarle a todo lo largo del cuerpo una rama de ciprés, que hacía de pábilo.

Por lo general se le empleaba como antorcha, porque además de arder mejor cuando está en movimiento, el aire disipa la gran cantidad de humo que despide. También empleaban este pescado para extraerle el aceite, que se usa principalmente en medicina, pues, según dicen, es tan eficaz como el aceite de hígado de bacalao, y además tiene la ventaja sobre éste de ser mucho más agradable de tomar.

N.º 1976. — *¿Cuál es la causa del tartamudeo?*

Wháshington. — Temperley.

Hay diversas teorías acerca de la verdadera causa del tartamudeo, todas las cuales examina el doctor Ernesto Tomkis en el "Medical and Surgical Journal". La teoría de Bluemel es que el tartamudeo es causado por una rápida y completa pérdida de la memoria del sentido auditivo en los centros auditivos de la palabra en el cerebro producida por una congestión cerebral. Esta teoría el doctor Tomkis la considera errónea, así como considera errónea cualquiera teoría que le atribuya falta de eficiencia al tartamudo. Por supuesto que aquí se incluye la teoría de la astenia visual, la teoría de la psicosis o enfermedad mental y la teoría freudiana.

El doctor Tomkis arguye que la dificultad que sufre el tratamudo no es que sea deficiente en algo, como por ejemplo, falta de buen funcionamiento en las células cerebrales, o habilidad en la coordinación, o falta de inteligencia, sino más bien la idea equívoca de que su palabra es defectuosa. La teoría de la imposición de la palabra está en armonía con los hechos, y ella explica todos los casos de tartamudeo, el cual no es una enfermedad, sino más bien hábito. Cuando el tartamudo se olvida de su dificultad, entonces su palabra fluye sin ninguna interrupción. Este hábito se mantiene arraigado en las gentes por pasar en alto por sobre su verdadera naturaleza, y por la divulgación de falaces teorías acerca de que el tartamudeo es una enfermedad.

N.º 1977. — *¿Cómo se puede hacer para conocer la autenticidad de los cuadros?*

A. Rodríguez. — Ciudad.

Ya es conocida la ayuda que viene prestando, para establecer la autenticidad de los cuadros antiguos, el uso de la radiografía. Pero hasta con la simple fotografía en negro, que pone en juego las transparencias de las capas superficiales del color, se obtienen resultados que son a menudo sorprendentes. Algunas investigaciones de este género ha hecho un docto historiador francés en materia de arte: Mr. Parenty, quien ha logrado, por el medio dicho, es decir, el de la simple fotografía, hacer visibles en las telas rembrandtianas una cantidad de signos, no visibles a la simple vista, que garantizan la autenticidad de los cuadros. El gran holandés no ponía su firma sobre sus telas. Durante el trabajo mental preparatorio trazaba sobre ellas, casi mecánicamente, el propio nombre, el monograma, una cifra, una fecha, un lema latino, del mismo modo que los enamorados escriben sobre el papel el nombre de la mujer a quien aman o dibujan las iniciales. Estas escrituras, escondidas bajo las capas de color, se revelan sobre la placa de un modo apenas perceptible, pero si se acentúan los contornos, como lo hace Mr. Perenty, y se confronta la positiva obtenida del negativo recalcado, se hacen visibles algunas veces arabescos tan llenos de números y de letras que se puede inferir que en el célebre pintor aquello constituía una verdadera manía.

N.º 1978. — *¿Para qué le sirven los pelos que algunos insectos tienen en los ojos?*

Curioso. — La Plata.

Son bastantes los insectos que tienen pelos en los ojos compuestos. ¿Cuál es su objeto? Ya se había indicado que acaso fuesen un aparato táctil. Un sabio entomólogo español, el señor Sánchez y Sánchez, apunta como consideraciones finales de sus investigaciones que estos pelos de *Apis mellifica* (así como en los otros insectos que los poseen) constituyen un aparato táctil que, lógicamente, es de suponer que les sirve especialmente para los trabajos frecuentes y delicados que realizan en la oscuridad, evitando que los ojos se embadurnen con la miel y cera, lo que les privaría de la vista prespicaz que necesitan en seguida para sus rápidos y largos vuelos de recolección. Y aun sin estar en la oscuridad, las abejas y otros insectos utilizarán ese tacto para defensa de las córneas, cuando, muy cerca de algún objeto, no pueden verlo, por no formarse ya la imagen.

N.º 1979. — *¿Cómo puedo hacer para mejorar la visibilidad de objetos distantes?*

Pedro Pita. — Ciudad.

El poder de percepción de los pormenores de un objeto colocado a mucha distancia, y en especial el de sus colores naturales, puede ser mejorado considerablemente con el sencillísimo sistema ideado por C. V. Raman, profesor de Física en la Universidad de Calcuta, que consiste en colocar un pequeño prisma de Nicol en el ocular del telescopio.

El Nicol sirve para destruir en gran parte el efecto del *velo* que envuelve ordinariamente a los objetos mirados desde alguna distancia, ya que éste se halla constituído casi totalmente por luz polarizada. Los pormenores del objeto, que de ordinario se pierden a causa de este velo, por ejemplo el color de las rocas o de la vegetación de los montes lejanos, se distinguen bastante bien por medio de este procedimiento.

También pueden mejorarse de la misma manera la visibilidad del horizonte marino, y en este caso el resultado es debido en parte a la supresión de la luz polarizada por *reflexión* en la superficie del agua.

Odontólogo (La Cruz, Corrientes).

1.º Para ejercer su profesión debe desde luego revalidar su título en cualquiera de las Facultades de Medicina existentes en la República. 2.º En la secretaría de las mismas lo pondrían al corriente de los trámites necesarios. 3.º Aconsejámosle la Facultad del Litoral, sita en la ciudad de Santa Fe.



LA CEREMONIA MAS IMPORTANTE DE LA VIDA,

aquella en la cual la frente de la novia ciñe el clásico velo de la desposada, merece perpetuarse en un retrato digno de su significado trascendental.

PREFIERA usted para ese objeto a BIXIO & CASTIGLIONI, que han hecho de esta clase de retratos una especialidad en la que nadie ha podido superarlos.

EL nuevo y grandioso edificio de BIXIO & CASTIGLIONI permite a éstos ofrecer, conjuntamente con la más alta expresión artística en sus retratos, las mayores comodidades y *los precios más razonables.*

LLAME usted por teléfono al 41 Plaza 1396 y BIXIO & CASTIGLIONI enviarán a buscar su traje de *novia* y *lo tendrán* preparado para cuando usted llegue, poniendo a su disposición una experta peinadora.

Encomendar su retrato de novia a BIXIO & CASTIGLIONI será, pues, para usted una satisfacción artística, sin molestias, incomodidades ni demoras.



Entre Córdoba y Viamonte

Bixio & Castiglioni

Sucesores de BIXIO & MERLINO

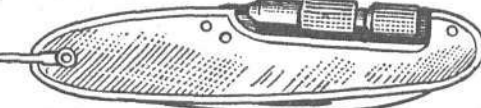
NO TENEMOS SUCURSAL



PRECIOS DE RECLAME

PARA LOS LECTORES DE ESTA REVISTA





BONITO CORTAPLUMAS, hoja de acero fino «Solingen», con portamina para lápiz, niquelado fino, por sólo pesos.. 1.50

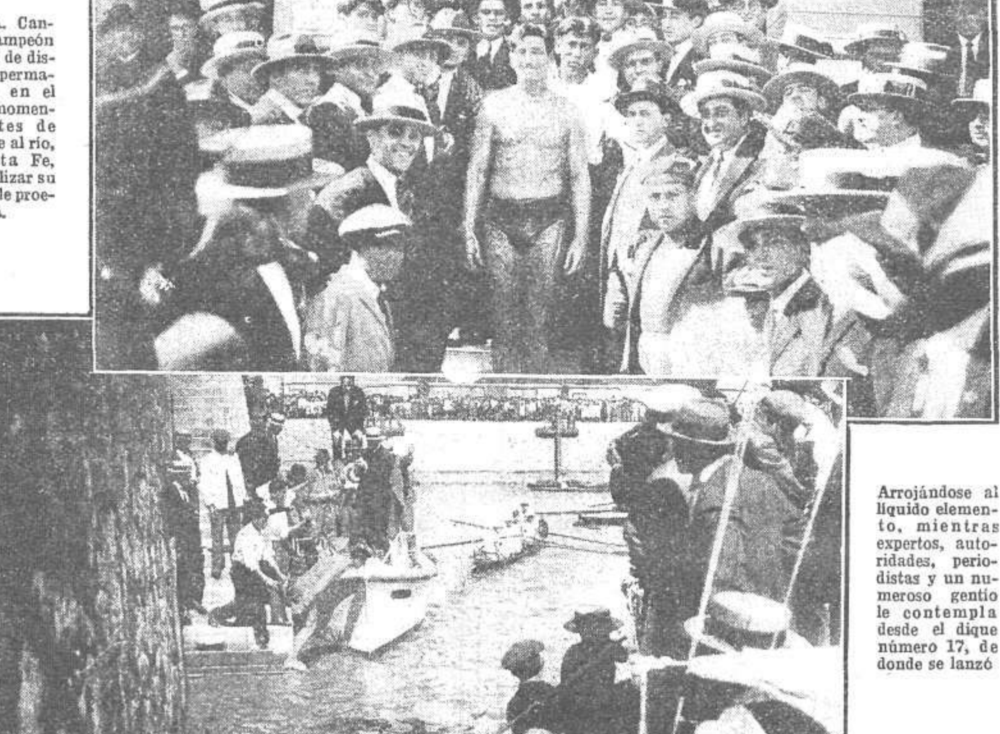
CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:

CASA MATUCCI

Avenida de Mayo, 1062 — Buenos Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

De Santa Fe. — El raid mundial de permanencia en el agua

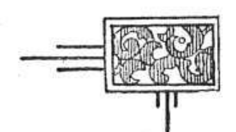


Pedro A. Candiotti, campeón mundial de distancia y permanencia en el agua, momentos antes de arrojarse al río, en Santa Fe, para realizar su admirable proeza.

Arrojándose al líquido elemento, mientras expertos, autoridades, periodistas y un numeroso gentío le contempla desde el dique número 17, de donde se lanzó



GALLETITAS



BAGLEY

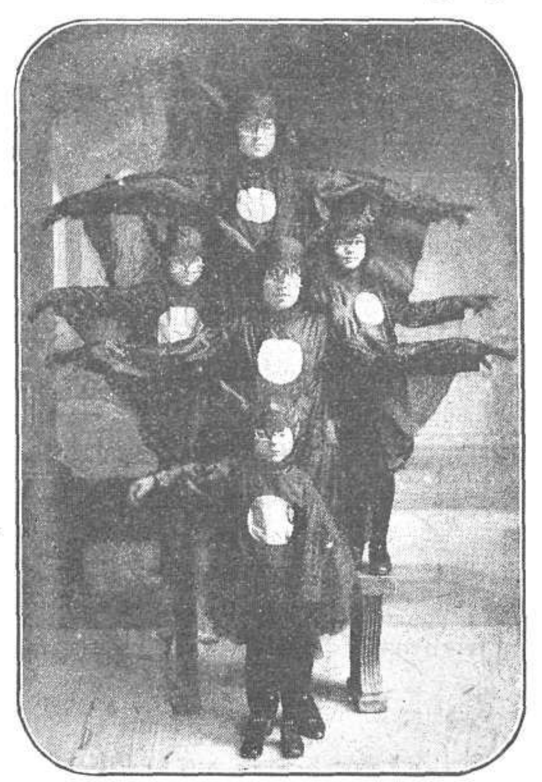
Son las predilectas...
porque su delicioso
sabor es invariable
y agrada a todos
los paladares.

Entre la selecta variedad
de gustos tenemos una
o varias de su agrado.

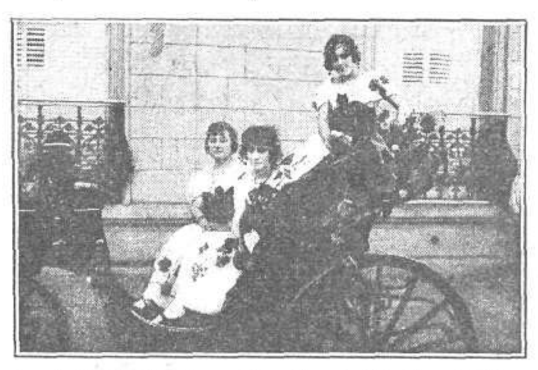




De Gualeguaychú (Entre Ríos)



Niñas de Calale, Cereghetti, Freyre y Echeverría disfrazadas de murciélagos, grupito que resultó muy original.



Carroza "La Vendimia" ocupada por las señoritas Risso, Rodrigue y Molinares.



Señoritas de Freiberg Delgado, Benbenaste Isak, Coghan y señor Pablo, Lischinsby.

EL VERANEO DE LOS MAESTROS

«Camping Club». Presidida por el profesor señor Sebastián Soler, esta sociedad, formada por miembros del magisterio de la capital, tiene por objeto proporcionar a sus asociados medios que les permitan reposar en las orillas del mar de sus arduas y nobilísimas tareas.

El año pasado, primero de su constitución, formó en la agreste y brava playa de los Ingleses, en Mar del Plata, un campamento de maestros. El éxito de la feliz iniciativa ha permitido que este año gocen de tal beneficio setenta y cinco excursionistas de ambos sexos.

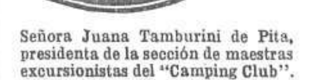
El señor ministro de Justicia e Instrucción Pública, colaborando en la plausible obra, cedió el local del colegio nacional de Mar del Plata para alojamiento de la sección femenina, que presidía la educacionista señora Juana Tamburini de Pita, destinando la escuela provincial número 1 para albergue de la sección masculina. Los miembros del Consejo de Educación visitaron complacidos sus dependencias.



Sección femenina del "Camping Club de Buenos Aires" en la excursión veraniega.



El te en el "campamento" de las jóvenes maestras.

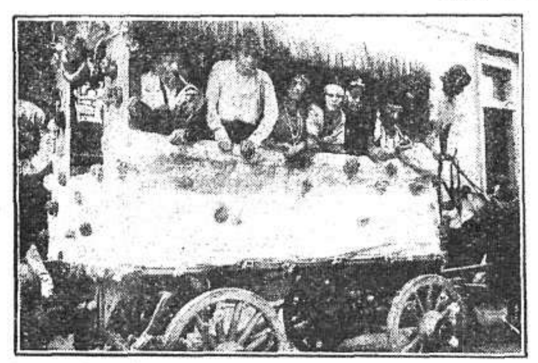


Señora Juana Tamburini de Pita, presidenta de la sección de maestras excursionistas del "Camping Club".



En Cabo Corrientes. El "Camping Club" en excursión, a la que concurrieron el presidente del Consejo Nacional de Educación, señor Boero; inspector general, doctor Rezano; el presidente del Consejo Escolar de Mar del Plata, señor Pascarelle, y otras autoridades.

De Córdoba



Carro "El Cardenal", primer premio en los corsos de Carnaval.



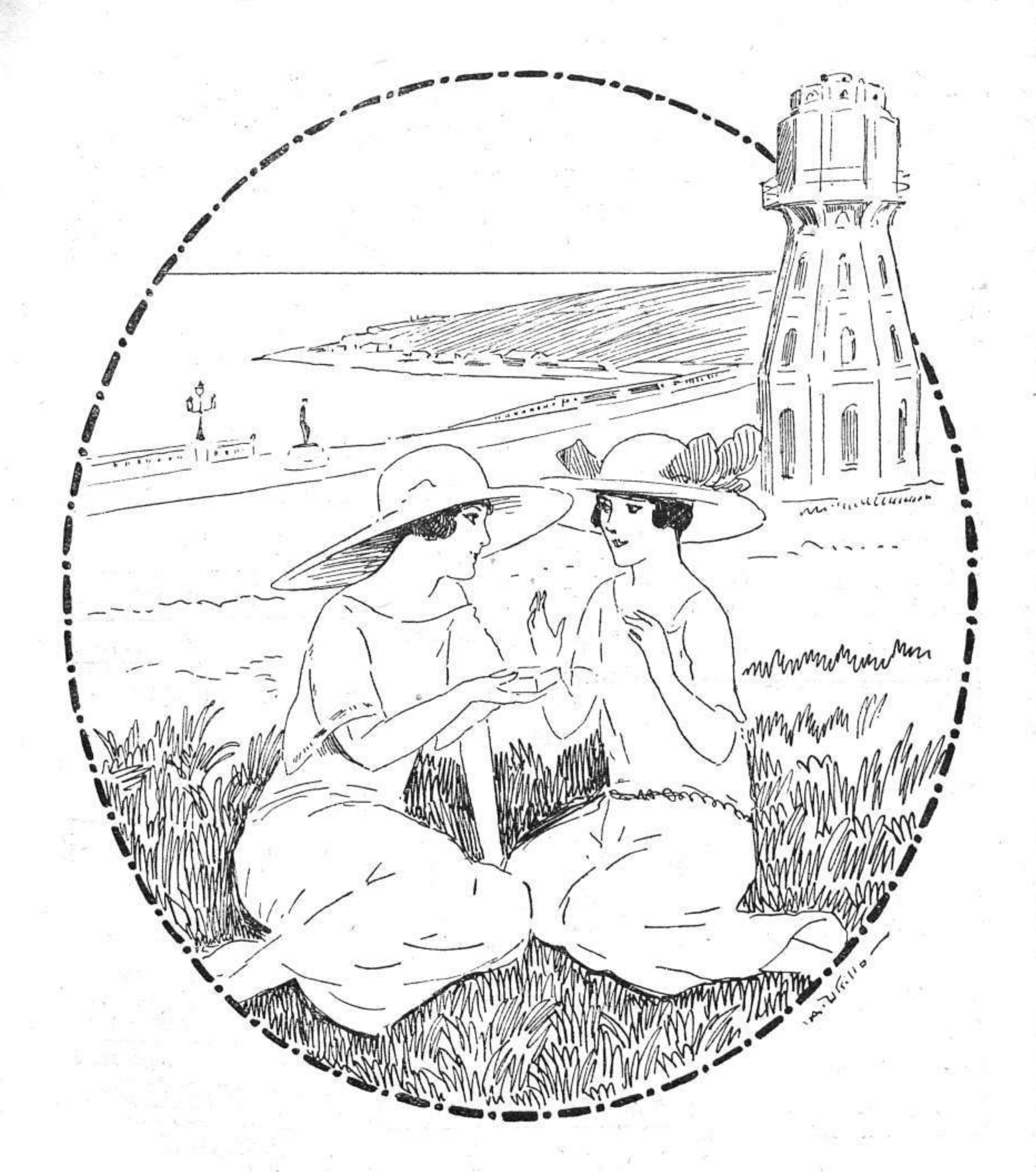
Carroza "Las Floristas", que consiguió diversos premios en varios concursos.



"Los Pierrots", automóvil ocupado por señoritas que fueron muy celebradas.



Uno de los palcos del corso que más se destacó entre los adornados.



—No me pensaba bañar
por habérseme acabado
mi jabón privilegiado,
que siempre acostumbro a usar.

—El **REUTER** ¿A que acerté?...
Pues no te apures, chiquilla;
yo tengo aquí una pastilla,
de modo que bañaté.

—Pero ¡qué casualidad!
—¿Casualidad? Al contrario.
Es el jabón que a diario
consume la humanidad.

—En eso tienes razón.
De Norte a Sur; de Este a Oeste,
en toda la tierra, es éste
el más popular jabón.

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Intercalación comprimida, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

RA 100 ZA

N.º 2
Intercalación comprimida, por Icaro Guaita (Cañuelas, F. C. S.)

NOTA L NOTA

N.º 3
Intercalación comprimida, por Icaro Guaita (Cañuelas, F. C. S.)

NO S TA

N.º 4
Charada, por Icaro Guaita (Cañuelas, F. C. S.)

Mi "primera" y mi "tercera"
es nombre de un animal,
mi "segunda" y mi "tercera"
es nombre de un vegetal.
Después de haber reunido
lo que hasta aquí has encontrado,
verás que el "todo" es muy útil
a labriegos y hacendados.

N.º 5
Charadístico, por Néstor Messuti (Temperley, F. C. S.)

1.ª	1.ª y 2.ª	3.ª
NOTA	NOMBRE DE MUJER	NOTA
TODO: PEZ		

N.º 6
Comprimido, por «Liquina» (ciudad)

BI 9 TO

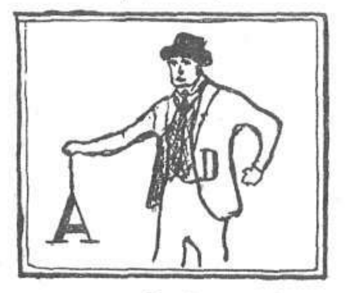
N.º 7
Intercalación, por «Liquina» (ciudad)

LE B PUERTO CHO

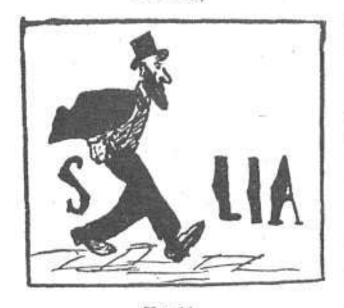
N.º 8
Jeroglífico comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú, Entre Ríos)

PETRO

N.º 9
Comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú, (Entre Ríos)



N.º 10
Jeroglífico, por «Carso» (Gualeguaychú (Entre Ríos)



N.º 11
Comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú Entre Ríos)



N.º 12
Comprimido, por «Héctor» (ciudad)

B INFLEXIBLE

N.º 13
Acertijo, por «Héctor» (ciudad)

¿Cuál es el nombre de mujer compuesto por un nombre de varón y un adjetivo de género femenino?

N.º 14
Logogrifo-jeroglífico doble, por «Cayetano» (ciudad)

MAMIFERO

1 5 4 3 2
3 4 1 2 5

N.º 15
Intercalación, por «Cayetano» (ciudad)

Ciudad 0 10 francesa 1.000 0

N.º 16
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

1.ª y 3.ª	2.ª y 3.ª
FRUTA	PRENDA DE VESTIR
TODO: EN RUSIA	

N.º 17
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

1.ª y 2.ª	1.ª y 3.ª
NOMBRE DE MUJER	NOMBRE DE MUJER
TODO: FRUTA	

N.º 18
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

1.ª y 2.ª	3.ª y 4.ª
FRUTA	AVE
TODO: ARBOL	

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MARZO DE 1923
CUPON N.º 1275

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de febrero. — Se reciben soluciones hasta el 10 de marzo inclusive.

Nota. — Los pasatiempos publicados con el seudónimo de «Rino» se consideran fuera de concurso para las colaboraciones, no así para el concurso de solucionistas.

TEATRO DEL SILENCIO

«Donde el oro es negro»

Es un cinedrama en seis partes, con intrigas y luchas alrededor de grandes yacimientos carboníferos, en el cual las pasiones salen a flote y motorizan las férreas voluntades de los luchadores por el dólar. Franklyn Farnum, actor experto en estas simulaciones de acción, resulta un elemento grato, expresivo y varonil, que logra dar realce a las turbulentas escenas en que se debaten intereses por las buenas o por las malas. Alma Bennet, figura principal del argumento, es una «girl» no desprovista de desenfado, pero le falta mucho todavía para «llenar» la escena, por rural que ésta sea. Digamos, de paso, que el «oro negro» se halla principalmente en las ahora ocupadas regiones del Ruhr, centro metalúrgico del mundo entero.

«Madame Butterfly»

Inspirada en la famosa ópera de su nombre, nos dió la impresión, poco satisfactoria por cierto, de una cosa ya conocida y buena a la que, por artes artificiosas, le restaran la «vida» para presentárnosla como los ventrílocuos nos presentan a sus muñecos: con apariencias humanas, movibles, sonrientes y parlanchines, pero sin alma. La música que le falta a esta *señora mariposa* era el espíritu que animaba a la heroína de Puccini; no pudimos concebirla sin deleitarnos con sus notas canoras, y la infeliz, carente de su máxima expresión, semejaba en la pantalla algo así como una mujer de cera o una flor sin aroma... vale decir, una figura a quien conocimos y admiramos con otros atributos artísticos. Por eso es por lo que no constituyó un acierto, a nuestro juicio, esta transplantación de la ópera al cinema. Ya estaba todo visto y dicho en las escenas de la célebre obra, sobrando, para el buen gusto, esta infortunada adaptación. Al contemplarla en el celuloide fué como si nos tropezáramos con una dulce y grata amiga que hubiera perdido sus facultades líricas.

«El nene del solterón»

Cinta regocijante, nos presenta las peripecias de un solterón, oficial náutico, que se encuentra por «casualidad» a un pibe, lo mismo que pudo haber atrapado una peineta o una polvera *portátil* en el asiento de un salón cinematográfico, objetos que suelen perderse con frecuencia. El hombre, que posee un corazón de mantequilla azucarada, carga con el infante y lo prohija a su modo a fin de que el enredo se complique hasta culminar en escenas vodevilescas, cuyas chuscas situaciones no por «inverosímiles» y disparatadas algunas de ellas dejaron de provocar nuestras carcajadas.

El argumento de esta película trasciende a ingenio francés y la interpretan, con gracia y naturalidad cómica muy ponderable, Tom Reynols y Constance Worth, una pareja que concluye lo más afectuosamente posible, tal como era de esperarse.

«La detective»

No podía faltar en un programa cinematográfico que de veras se estime. Un poco hartos ya de «geniales» sabuesos policiales del género masculino, esta detective vino a «llenar un vacío» en nuestras ansias por las aventuras extraordinarias. Hanriette Bonard, una «estrella» que se apunta sus guiños y parpadeos más o menos celestiales, trabaja desde el principio por su cuenta merced a una personalísima desgracia, que consiste en haber sido asesinado su prometido por un procedimiento tenebroso que ella se encarga de esclarecer, poniendo al efecto todas sus dotes «sherlokholmescas» al servicio del caso. Empero, la Providencia atiende también a los argumentistas para sacarlos de muchos atolladeros; Hanriette, haciendo honor a sus talentos deductivos e inductivos, descubre la tenebrosa y sangrienta maquinación realizada, mas llega tarde. Los malhechores han sufrido ya el condigno castigo. Terminar aquí el episodio resultaría soso. Hay que considerar el papel, asaz triste, de esta huérfana de afectos, que después de innúmeras e inútiles pesquisas se queda sin novio; y *entonces*, para natural recompensa de tantos afanes, surge otro, el inevitable substituto, y la detective, olvidando al muerto, entrega su corazón al vivo, y a casarse tocan en paz y en esperanza de que no lo degüellen sus misteriosos enemigos.

«¡Qué tigre... para el amor!»

Aquí está, bizqueando extrafalariamente, esta especie de espárrago a la parmesana — Ben Turpin — en cuyo grotesco rostro y desmañada figura residen las facultades bufas que lo adornan.

Recordemos a nuestras curiosas lectoras una anécdota del popular artista.

Aprovechando unas vacaciones que se le concedieron en el estudio de Hollywood, donde trabaja, Turpin se presentó en Nueva York con los ojillos más danzarines que nunca, paseándose por Broadway y muequeando «contra» todo el mundo. Era un espectáculo verlo, un espectáculo gratis que lastimaba los intereses de sus empresarios. ¿A qué exhibirse en la libre avenida cuando allí estaban una docena de teatros esperándole con un rollo de billetes?

— Hey, Turpin: ¿quieres una semana extra por bailar tus ojos y hacer cuatro cabriolas en el Capitol Theatre? — propúsole uno de sus «managers».

— No; yo vine a descansar — replicó el actor.

— ¡Bah! Un par de horas en la noche... ¿Te convienen seiscientos dólares?

— Te digo que no quiero trabajar en vacaciones.

— Bueno: ochocientos... Mil, de una vez. ¿Sí o no?

Los extraviados ojillos de Turpin comenzaron a agitarse en una codiciosa zarabanda. Tal era la rapidez con que giraban en sus órbitas, que no se sabía para donde miraban.

— ¿Mil dólares por una semana? Vengan.

A la noche siguiente aparecía con su absurda vestimenta de maestro de escuela campesino y gesticulaba endiabladamente; pero el éxito fué muy relativo. Sus payasadas, en aquel gran escenario, resultaban sosas; y el hombre, a las tres presentaciones, hizo mutis, temeroso de perder su legítima fama adquirida en la escena muda. No es lo mismo presentarse ante el público sin hablar palabra que patalear como un saltamontes frente al objetivo fotográfico.

Y Turpin, lejos de devolver las siete terceras partes del sueldo adelantado, pretendía una indemnización de diez mil dólares por haberlo «sacado de sus casillas», comprometiendo su reputación.

«La Naturaleza ha sido conmigo una madrastra, pero yo me río de la Naturaleza y la caricaturizo con mi persona, cobrándole buenos intereses por sus burlas» — nos dijo una vez que aludimos discretamente al «descarrilamiento» de sus ojos.

En esta película que comentamos, Ben Turpin se «desarticula» para conseguir el amor de algunas mujeres, provocando lances pintorescos, sustos, golpes, equívocos, fugas, trifulcas, intrigas... todo el repertorio ingenioso de sus travesuras chabacanas.

«La reina incógnita»

Nos entretuvo por dos razones: por el personaje doble que desempeña el protagonista — Herbert Rawlinson — y por la ingenua dulzura de la heroína, una linda «soberana de Belgravia» que anda de incógnito por Nueva York para vengar el asesinato de su egregio padre, ocurrido allá por los Balkanes, según quiso situarlo el argumentista.

Esta reina, porque así lo quiso el capricho de su director escénico, viste con tendencias madrileñas o andaluzas, asemejándose bastante a esas cupleteras «arbitrarias» que lucen por ahí el peinado «red» de sus cabellos, la peineta como un penacho y los dos típicos ricitos pegados en ambas sienes. Aparte de estos detalles tan poco palaciegos, la artista luce, de verdad, un par de ojos morunos de primer orden, un rostro perfecto de «niña bien» y un aire entre gitano y circunspecto que sugestiona.

Aunque hay un asesinato de por medio, esta película es una comedia graciosa, tanto, que hemos podido advertir, en diversas escenas, cómo se les escapaba la risa a los actores, lo que obligó al operador a ciertos cortes rápidos.

Por lo demás, y prescindiendo del artificio y simplicidad del episodio, ¿quién es el «pétreo» que no disfruta ante las coqueterías tiernísimas de una mujer hermosa?

El final — ¡oh, benditos finales! — es un abrazo estrecho y prolongado que la soberana da y recibe de la contra-figura del asesino de su señor padre, que esté en gloria. Amén.

Narciso Robledal.

De Concordia (Entre Ríos)



Comparsa infantil "Los hijos de Entre Ríos", que obtuvo el primer premio en el corso por su original sencillez.

Otro primer premio obtenido por la notable murga "Los locos del Origuim".

Su encantadora complexión...

tendrá siempre la frescura de las flores si usa diariamente el delicado y fragante

Jabón Crema Lechuga

(El jabón para cutis delicados)

Limpia y purifica la piel. No irrita el cutis.

No produce sequedad en la epidermis.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

Precio
0.45

Proteja su rostro

El supremo deseo de toda mujer es poseer un cutis atrayente, porque es un imán irresistible...

Con el uso constante de la insuperable

Crema Lechuga

(J. Beauchamphs)

hará desaparecer todas las impurezas de la piel y su excesiva grasitud.

Esta crema se vende en envases de loza y vidrio esmerilado.

Pídala en Tiendas y Farmacias.

UNICOS AGENTES:

DIAZ Hnos. Cabildo, 2175 al 85. Bs. As.

En Montevideo: DEL-CO y Cía. - Soriano, 1135

Exíjase en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".



Mándenos el cupón acompañado de 10 ctvs. en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

Nombre..

Calle y N.º...................................

Localidad.....................................

POLVO PYORRHOCIDE

Mis encías ya no se contraen ni sangran. Ya no me duelen ni están inflamadas. Mis dientes ya no son sensibles.

Yo uso ahora Polvo "PYORRHOCIDE".

El polvo **"PYORRHOCIDE"** es el remedio más eficaz que se conoce para promover a la higiene de los dientes, las encías y la boca.

Corrige ese estado conocido como piorrea que se manifiesta por encías blandas, sangrantes, esponjosas e infectadas y por la contracción de las mismas.

La piorrea, cuando no es contrarrestada o corregida, destruye:
1) **las encías o tejidos blandos.**
2) **el tejido huesoso o el alveolo de la raíz.**

Dientes perfectamente sanos, blancos y limpios como perlas pueden descansar en alveolos enfermos como resultado de una infección piorreica.

El polvo **"PYORRHOCIDE"** es el indicado para la prevención y el tratamiento de la piorrea. Años de estudios en clínicas que se dedicaron exclusivamente a la investigación de la piorrea y su cura, dieron forma a este producto como el más eficaz para proteger y promover el desarrollo sano e higiénico de los dientes y las encías.

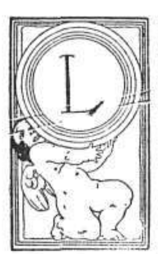
El polvo **"PYORRHOCIDE"** es recetado por los dentistas más eminentes como un medio de mantener los dientes blancos y limpios y las encías duras y firmes.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Fabricantes: THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co. New York

Unicos Agentes: MAYON Ltda. Av. de Mayo, 1245. Buenos Aires

La seguridad en el hogar



La seguridad en el hogar es frecuentemente descuidada quizás porque los problemas que plantea son muy sencillos; sin embargo, se trata de un asunto de vital importancia, porque la seguridad, como la caridad, debe empezar por casa.

Las leyes protegen la inviolabilidad del hogar, como todo el mundo sabe; pero ¿hay en nuestras casas la seguridad necesaria?

Constantemente se nos hacen prevenciones por este estilo: «Guarde su izquierda», «Cuidado con los carros», «Es prohibido fumar» y otras por el estilo; pero pocos saben que en las casas ocurren al año, casi tantos accidentes como en las fábricas, las minas y las calles. Debemos, pues, preocuparnos de la seguridad en nuestras casas, como aconseja, entre otros, el señor J. I. Banosh, ingeniero de Chicago.

Entre los accidentes que pueden llamarse domésticos, el más frecuente es la caída. Uno puede caerse por muchas causas; pero la más frecuente es algún defecto en las escaleras: algún escalón roto o flojo, o ausente. Esas caídas pueden ser fatales, pues es muy fácil quebrarse una pierna o un brazo. Es necesario, por lo tanto, revisar a menudo las escaleras para evitar accidentes por esa causa. Las escaleras que conducen a sótanos o cuevas deben ser pintadas de blanco por si es necesario hacer uso de ellas con poca luz.

Todos los días se leen en los diarios noticias de quemaduras más o menos graves sufridas por niños, porque las madres o sirvientas dejaron a su alcance vasijas con agua hirviendo o muy caliente. La más elemental prudencia aconseja evitar la posibilidad de tales accidentes, debidos únicamente a descuidos imperdonables.

«A los niños, escribe el ingeniero Banosh, no debe permitírseles nunca jugar con fósforos. Los fósforos han concluído con la felicidad de muchos hogares. Descuido con fósforos ha sido la causa más frecuente en los cuatrocientos mil casos de incendio habidos en los Estados Unidos el año pasado. En las casas en que hay niños no debe usarse sino fósforos de los llamados de seguridad, y aun éstos deben estar fuera del alcance de los niños.»

Los venenos son también causa frecuente de accidentes, de modo que, aun cuando en el frasco que los contiene se ponga una etiqueta que diga *veneno*, deben estar bien guardados en un sitio apropiado.

Los niños tienen una curiosidad insaciable y siempre quieren no sólo ver sino también probar lo que hay en los frascos o en cualquiera otro recipiente. Es necesario guardar los venenos en sitios especiales, a donde no puedan llegar las manos de los niños.

Aun las personas grandes suelen ser descuidadas a este respecto, y a menudo toman un veneno creyendo que es una medicina. Ha habido personas que se han puesto yodina en los ojos, en vez de argyrol, y se han cegado. En lo posible, los frascos que contienen veneno, además de la etiqueta indicadora y estar en sitios especiales, deben tener una forma o alguna señal especial que permitan distinguirlos aun en la obscuridad.

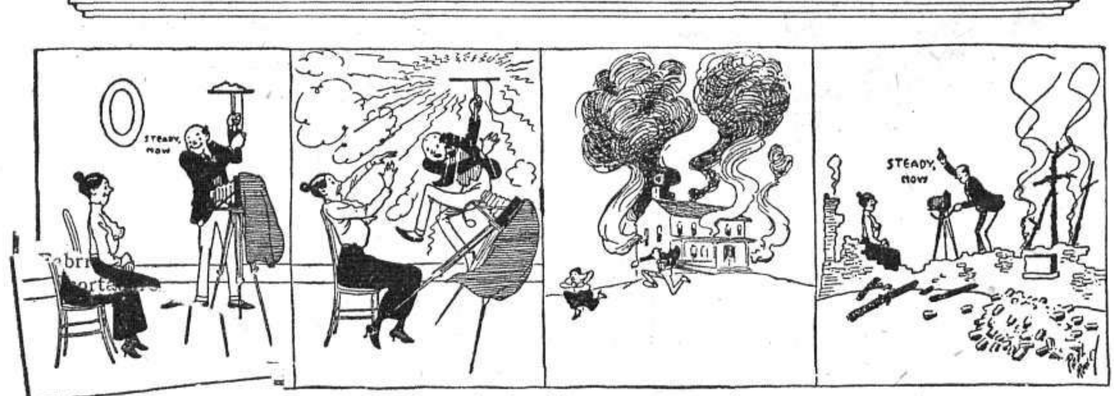
La costumbre de emplear sillas, y lo que es peor, sillones, en vez de escaleras es muy peligrosa porque es fácil perder el equilibrio y caer. Una caída de esas puede fácilmente ser causa de la rotura de un brazo o de una pierna, y aun de lesiones más graves. En toda casa debe haber escaleras que eviten el empleo de sillas y sillones para alcanzar a ciertas alturas.

Siempre es muy peligroso emplear nafta para la limpieza de cualquier cosa en el hogar. Aun con buena ventilación y sin que haya ninguna llama, el peligro existe: la frotación de los objetos que se limpian con gasolina puede producir una chispa eléctrica capaz de causar una explosión. Por lo demás, la gasolina debe ser guardada siempre en un sitio muy seguro y con tanto cuidado como la pólvora.

Los cuchillos y todo objeto cortante como tijeras, sierras, alicates, etc., deben estar siempre fuera del alcance de los niños, porque la más insignificante cortadura en un dedo puede dar entrada a infecciones peligrosas.

Es necesario, también, que los pisos estén bien encerados, porque una caída por resbalar en algún pelotoncillo de cera tiene siempre consecuencias fatales.

«Es preciso tener en cuenta el azar en los hogares, previene el ingeniero Banosh. El hogar debe ser un sitio de seguridad, no de desgracia. Nada difícil es que así sea. Es tan sencillo como el A B C. Y es precisamente la seguridad en el hogar tan importante como la seguridad en la fábrica, en el ferrocarril, en la calle, en todo sitio público.»



Un apasionado aficionado de la fotografía

AÑO ESCOLAR 1923

SURTIDO ESPECIAL DE

ARTICULOS Y AJUARES PARA COLEGIALES

DE AMBOS SEXOS,

OFRECIDOS EN VENTAJOSAS CONDICIONES DE CLASE Y COSTO.



RIFLEROS de castor, azul o negro, con cinta de faya, **$ 8.90;** de paja maglina, blanca o toda negra, con cinta, ala semi-cloche o recta, a

$ 8.50



80. — **GUARDAPOLVO** de brin crudo liso, espalda con presilla. Años 14 a 16, pesos **5.20;** 11 a 13, pesos **4.70;** 8 a 10, pesos **4.20;** 5 a 7, a

$ 3.70

DELANTALES de madapolán blanco, especial para colegios, canesú y tablones.

Largos: cms.		
120	110	100
$ **5.60**	**5.30**	**4.95**
95	90	85
$ **4.60**	**4.45**	**4.20**
80	75	70
$ **3.95**	**3.50**	**3.30**
65		

$ 3.10



CARTERAS de cuero pintado o charolado, con manija o correa, para niña y niño, a **$** 4.90, 4.50 y

$ 3.20

UNIFORME «María Auxiliadora» y otros de buena sarga de lana, azul o negro, cinturón, bolsillo en la falda, corpiño símili sobre cuello lencería.

Años:	16	14	12
$	**46**	**43**	**40**
Años:	10	8	6
$	**37**	**34**	**31**
Años:	4		

$ 28.—

82. — **TRAJE COMPLETO** de casimir color, pura lana, gustos obscuros, todo forrado.

Años: 14 a 16, pesos **39.50;** 11 a 13, $ **36.50;** 9 y 10, a

$ 33.50

Solicítese el folleto ilustrado con amplios detalles; se envía gratis.



39. — **BOTA** de box-calf negro, con botones o cordones. Nos. 34-40, **$ 12.80;** 33, **$ 10.50;** 31-32, **$ 10.00;** 29-30, pesos **9.50;** 27-28, **$ 9.00;** 25-26, a........................ $ 8.50

La misma, charolada. Nos. 34-40, **$ 17.20;** 33, **$ 13.80;** 31-32, pesos **13.30;** 29-30, pesos **12.80;** 27-28, pesos **12.30;** 25-26, a $

$ 11.80



59. — **BOTIN** de box-calf negro, con botones o cordones. Nos. 37, **$ 11.00;** 35-36, **$ 10.40;** 33-34, **$ 9.80;** 31-32, **$ 9.30;** 29-30, pesos **8.80;** 27-28, **$ 8.30;** 25-26, a........ $ 7.80

De potrillo charolado. Nos. 37, **$ 13.90;** 35 y 36, **$ 13.20;** 33-34, **$ 12.50;** 31-32, pesos **11.90;** 29-30, **$ 11.30;** 27-28, **$ 10.80;** 25-26,

$ 10.40



GRANDES ALMACENES

TIENDA SAN JUAN

CIBRIÁN Hnos. S.A.
Bs. AIRES

Señoritas y jóvenes que fueron invitados al lucido baile de fantasía celebrado en la casa del gobernador de la provincia, don Octaviano S. Vera, y organizado por su familia.



Pintoresco núcleo de concurrentes al interesante baile de disfraz efectuado en el Círculo Alemán.

AGRICULTURA — PLANTAS INDUSTRIALES: EL SESAMO

Es una planta oleaginosa, anual, cultivada hace siglos en Egipto, en la India y, en épocas más recientes, en las islas de Guinea, en China, Japón, Estados Unidos de Norte América, Brasil y Europa.

El sésamo (*Sesamum indicum et orientali*) es de tallo herbáceo, ramificado, no más alto de 1.50 m., con hojas ovoidales y lanceoladas, flores amarillas o blancas y fruto en forma de cápsula oblonga, con 4 depresiones longitudinales, que contiene numerosas semillas pequeñas, ovoidales, algo achatadas, de color blanco, negro o rojizo; éstas pertenecen a la variedad oriental, mientras el sésamo de la India es de semilla blanca.



Planta, flor y fruto de sésamo.

Puede prosperar en todas las zonas de clima templado, donde vegeta el maíz y la vid; pero mejor se encuentra en clima cálido, en la región del algodón y del naranjo; en fin, desde Santa Fe al norte encontraría buenas condiciones de clima en nuestro país.

Tiene un ciclo vegetativo muy breve: tres meses a tres y medio; germina entre 10 y 12 días; cuando tiene de 8 a 10 hojas, ramifica en todas direcciones hasta tener 35 y 40 ramas; al tener de 50 a 60 centímetros de altura empieza la floración que continúa un mes; los frutos, en forma de vaina o cápsula, son numerosos, hasta 500 por planta, y cada uno contiene más de 50 granos; una vez maduros caen las hojas y los tallos adquieren un color amarillo característico.

Requiere terrenos francos de mediana consistencia, profundos, frescos y fértiles; y en cuanto a labores una o dos aradas a regular profundidad y otras tantas rastreadas, para dejar la superficie limpia y desmenuzada.

Se siembra en primavera, desde octubre en adelante, cuando la temperatura media se mantiene entre 12 y 15 centígrados, en líneas distantes de 30 a 35 cm., a poca profundidad y empleando de 10 a 12 kilogramos de semilla por hectárea; en tierras sueltas conviene después pasar el rodillo; y cuando las plantas tienen 15 centímetros de altura se procede a la primera carpida, raleando las plantas, dejándolas a 20 ó 30 centímetros entre sí en las filas; en lo sucesivo se practican las carpidas necesarias para mantener limpio de malezas el terreno.

La cosecha se efectúa cuando las plantas adquieren un tinte amarillento y las cápsulas se ponen rojizas, y con guadaña o segadora de lino, dejando los tallos en pequeños manojos en el suelo unos días hasta completar su madurez; después de lo cual se emparva y trilla.

Su rendimiento varía entre 1000 y 2000 kilogramos por hectárea; el grano pesa de 55 a 60 kilogramos por hectolitro; su producto es el más rico en aceite de cuantas plantas oleaginosas se cultivan, pudiendo rendir hasta 50 y 55 por ciento de un aceite que, por su color, sabor y demás condiciones, substituye mejor que ninguno al aceite de oliva, con el que se mezcla; se emplea también como lubricante, en la jabonería y perfumería; la Argentina importa algunos miles de kilogramos de aceite de sésamo; creemos, en fin, que podría ensayarse su cultivo con éxito económico satisfactorio.

EN LA HUERTA: EL PROBLEMA DEL CERCO

La defensa de la huerta y sus productos, para impedir el acceso no solamente a los intrusos y ladrones sino también a los animales menores dañinos, como son las gallinas, las liebres etc., es cuestión que preocupa a los agricultores quizás más de lo necesario; por esto muchos de ellos prefieren comprar la verdura antes que producirla en su huerta.

Desde el punto de vista de la seguridad más perfecta el cerco que llena mejor esta condición sería la pared de ladrillo o adobe, porque también permite ciertos cultivos sobre sus costados en la estación de invierno y sirve de abrigo a las plantas de siembra temprana y de producción precoz; pero es también el más costoso.

El cerco de alambre tejido viene en segundo término; bien tendido sobre postes firmes, distantes de 4 a 5 metros, sostenido su borde superior por un grueso hilo de púa y fijada su línea inferior sobre el terreno por estacas bien clavadas, protege la huerta de la invasión de gallinas, perros y otros animales en forma segura; pero también es costoso, sobre todo cuando se trata de cierta extensión.

El cerco más barato que usan con frecuencia los chacareros es el de ramas secas; pero no es estable ni duradero.

Uno que convendría propagar es el cerco vivo, para el que pueden emplearse diversas plantas o arbustos espinosos de fácil y pronto crecimiento, rústicos y resistentes, como la acacia, la maclura, la morera y el blanco-espín (*Crategas oxyacanta*); este último es en verdad muy recomendable porque se propaga bien en cualquier terreno y bajo todos los climas, no temiendo las heladas, ni las sequías, ni los fuertes calores.

Se siembra en primavera en almácigo en líneas distantes de 8 a 10 centímetros y a igual distancia entre sí, y se le deja un año o uno y medio para que se formen las plantitas, las que una vez desarrolladas se plantan durante el invierno en doble o triple hilera, colocándolas en quincunce y a distancia de 15 centímetros, cuidando de podar las raíces un poco para que prendan mejor.

Una vez plantado el blanco espino su crecimiento es rápido y sus ramas se extienden en todas direcciones formando en poco tiempo un cerco espeso e impenetrable; precisamente para limitar este excesivo desarrollo habrá que podar todos los años en invierno para conservarle la forma y la altura y también para ralearlo un poco.

Si este cerco es bien cuidado, conservado y renovado su duración es ilimitada y su costo insignificante.

HUGO MIATELLO.
Ing. Agrón.

De San Juan



Señoritas pertenecientes a la sociedad sanjuanina en uno de los bailes organizados con motivo de las fiestas de Carnaval.

LA FALTA DE OÍDO MUSICAL

Lord Birkenhead, lord canciller británico, hizo reir mucho un día a los comensales de un banquete diciendo que él carecía a tal punto de oído musical, que no se había dado cuenta de que estaban tocando el himno nacional "God save the King" sino cuando veía que la gente se ponía de pie, si se hallaba sentada, o cuando se descubría si se ponía de pie. Y el periódico "Manchester Guardian" dice ahora que los precedentes de esta amusicalidad son muchos. La doctora Ethel Smith, quien durante treinta años fué vecina y compañera en Farnborough de la ex-emperatriz Eugenia, dice que la ex-soberana carecía casi completamente del sentido musical. Un día que la banda de Farnborough ejecutó en honor suyo el "Partant pour la Sirie", creyó que era el "God save the King". Leyendo algunos pasajes de Walter Scott se puede creer que entendía de música, pero no era así. Un día el famoso novelista declaró: "En la música yo no distingo las notas bajas de las altas". La falta de oído musical del poeta Swinburne era conocidísima entre sus amigos. El crítico Edmundo Goppe, que aun vive, cuenta que un día en un salón una señora, de acuerdo con algunos amigos suyos, dijo a Swinburne que iba a tocar un "ritornello" florentino descubierto hacía poco. Sentóse al piano, en efecto, y tocó una vulgarísima cancioncilla que estaba de moda, denominada "Los tres ratoncitos ciegos" Swinburne se deleitó oyéndola, y dijo que reflejaba muy bien la cruel belleza del tiempo de los Médicis...

¡Una Prueba Concluyente!

Studebaker

"SEIS ESPECIAL"



piloteado por D. Guillermo T. Burke

que se clasificó Primero en la Gran Carrera - Bs. Aires - Rosario - Bs. Aires, batiendo el record de la primera etapa y venciendo a 26 competidores.



"SEIS LIVIANO"



piloteado por D. París Giannini

que se clasificó

Tercero

y obtuvo, además, la Copa PRESIDENTE DE LA NACION, ofrecida al que cubriera una etapa en menos tiempo.

El año pasado STUDEBAKER ganó cuatro carreras con un mismo coche. En la primera gran carrera de este año STUDEBAKER triunfa nuevamente, esta vez con coches diferentes.

TAL ES LA PRUEBA CONCLUYENTE DEL VALOR INSUPERABLE DE LOS COCHES STUDEBAKER.

The Studebaker Corporation of America

Buenos Aires:
AVENIDA DE MAYO, 1235

Montevideo:
AVENIDA 18 DE JULIO, 912

De Santiago del Estero



LA BANDA. — Palco ocupado por las familias Bottaro, Donayo y Muñoz, que octuvo el primer premio del corso por sus llamativos disfraces.

¿CUÁL ES SU TIPO IDEAL?

El corresponsal parisién del "Piccolo della Sera" dice que la Universidad de jovencitas del distrito de Michigan ha invitado a ochenta de sus mejores alumnas a responder a esta pregunta: "¿Cuál es su tipo ideal de hombre?" Ahora bien, las ochenta concursantes, sin haberse puesto de acuerdo, convinieron en esta definición: "El hombre ideal debe tener forzosamente seis pies de altura, ser un buen atleta, ni feo ni hermoso; debe poseer disposición natural al humorismo, ser amable, estar privado de egoísmo, no ser farsante sino caballero; gozar de buena salud, tener amplios pulmones y mandíbula sólida, y mostrarse siempre intrépido". Pero si esta es la votación en lo general, no faltan votos particulares. Una joven declara: "Mi ideal no es ciertamente perfecto, porque no puedo concebir mayor desgracia para una mujer que estar ligada a la perfeción hecha hombre. Mi hombre ideal es moralmente imperfecto, amable, solícito, un poco soñador, pero práctico cuando se trata de luchar a fin de que el sueño se transforme en realidad. Debe de comprender que una mujer es capaz de discutir con inteligencia sobre las cuestiones del día, y debe tener fe en ella". Otra concursante escribe: "Mi tipo ideal debe ser capaz hasta de blasfemar cuando sea necesario. No debe tener miedo a la mujer. Debe saber mandar y mantenerse viril en toda ocasión". Otra muchacha dice: "Un hombre demasiado bello es insufrible, porque no deja nunca de ser un "poseur". Otra agrega: "Yo quisiera un hombre en el que estuvieran fundidos Apolo, Vernon Castle, Mark Twain, Abraham Lincoln y Douglas Fairbanks».


PERFUMERIA HIGIENICA
Brissac.
Buenos Aires
Peinolina
Alisa el cabello y dá firmeza al peinado
No es grasienta
PERFUMERIA HIGIENICA BRISSAC
BUENOS AIRES
PEINOLINA
Para dar firmeza al peinado y alisar el cabello debe usar la Peinolina preparada por la Perfumeria Higiénica Brissac. No es grasienta, no mancha y da un espléndido brillo al cabello.
Precio de venta $ 2.50 el tarro
No hay nada que agrade más a una señora que el ser admirada por su hermosura y espléndido rostro.
El Jabón Higiénico, la Crema Higiénica y el finísimo y perfumado Polvo Grasoso
Brissac.
llenan estos fines. Su cutis, a pesar de los estragos de los años, adquirirá en poco tiempo la juvenil belleza de sus mejores primaveras.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443-55
Unión Telefónica 2045, Belgrano
Representantes en Montevideo:
SASSOLI Y ALONSO
Rondeau, 1440-42
SOLICITEN MUESTRAS.
JABON HIGIÉNICO Brissac
PERFUMERIA HIGIENICA
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
CRÉME HYGIÉNIQUE Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro



LA OBSTINACION CASTIGADA

—«Querido Enrique: no sabes cuánto mal te haces al no querer aprender a bailar. No me vas a convencer seriamente de que careces de disposiciones. Cuando te conocí jugabas al tennis con éxito. Eres un «sportsman» en el fondo. Nada te será tan fácil como bailar. ¿Qué eres demasiado grueso?... No... no eres tan gordo. Mira a ese señor; es dos veces más voluminoso que vos y no resulta ridículo bailando. Sobre todo, bailar adelgaza... Debes aprender; te aseguro que debieras escucharme. No digo que bailaría exclusivamente contigo, pero en ciertos casos te tendría al alcance de mi mano, porque es agradable para una mujer contar siempre con un bailarín».

Así hablaba la señora Isabel Grandbois en un *dancing* de moda mientras que su marido la escuchaba sorbiendo compungido su «sherry-gobler». Decidido más que nunca a no estudiar jamás el arte del fox-trot, no contestaba. Así evitaba proseguir la discusión. Así dejaba seguir a su señora por el camino de otros pensamientos...

—¡Oh! Mira esa señora allá a lo lejos... ¡Qué pesada y vulgar!... ¡Tiene más perlas que un rajah! Es curioso contrastar cómo las mujeres que tienen demasiadas perlas engruesan rápidamente, siempre que no se descarnen de golpe... ¡Es la lógica!... y nada las salva. Yo no usaré otro collar que el pequeño de nuestro casamiento, pero seré siempre delgada... La gorda rabia porque la han vuelto a llevar a su silla...

Ya ves, si tú supieras bailar irías a sacarla... y sería un acto caritativo que no caería en el vacío... ¡Pero fíjate en el pequeño López que entra! Mira como toda la sala se conmueve. ¡Lo que es la gloria!... ¿Cómo? ¿No sabes quien es el pequeño López?... ¿De dónde sales, mi pobre amigo? Es el as, es el rey de la danza en esta temporada... Míralo como se halla orgulloso. Está de pie en el otro extremo de la sala y la contempla. Sin duda no encuentra mujer digna de bailar con él... ¡Cielos! ¡mira, viene hacia aquí!... ¡No es posible!... ¡No puedo creer que ese sultán!... ¡Pero sí! ¡Oh! ¡Esto es demasiado hermoso!... ¡Demasiado hermoso!...

Luego, con una voz emocionada, al levantarse:

— Con mucho placer, señor — murmura, mientras el corazón le late apresurado...

Las palabras son pobres... Os pregunto si no debiéramos en ciertos casos echar fuera la convención que llevan encima. «Con éxtasis» debió haber dicho. En los brazos del pequeño López, no era sobre la tierra por donde la señora de Grandbois andaba sino sobre un pavimento de nubes donde, en pleno cielo, se realizan las apoteosis. No tenía ya ni consistencia ni conciencia. Descifraba emocionada el misterio impenetrable del tango. Planeaba...

Un choque terrible, inesperado, la sacó de su sueño, la arrancó viva aún de las esferas sublimes.

Una mujer, una harpía, la boca torcida, los cabellos erizados, los dientes rechinantes, los ojos fuera de las órbitas, vomitando insultos, se le había echado encima y, tomándola de un brazo, como cuando se extrae un diente de su alvéolo, la extirpó rudamente de los brazos de López. ¡Era la gruesa señora que Isabel había observado momentos antes!...

—¡Yo le prohibo!—rugía.—¿Me comprende usted? Yo le prohibo que usted use mi bailarín. Es el mío y no es el suyo, y si usted lo vuelve a tomar ya verá lo que le pasa... ¡Un muchacho a quien yo doy doscientos francos por día debe estar a mi disposición exclusiva!

— ¿Por qué no le pone usted un cartel, señora, o si no por qué no le ata usted a su asiento?

—No solamente es usted una ladrona—respondió la gruesa señora, ultrajada por la respuesta—sino que también es una insolente.

Y quiso tomar de los cabellos a la señora de Grandbois. Pero entonces el marido de esta última, Enrique, que había asistido a la escena estupefacto, intervino seriamente:

— Soy yo, señora, quien le prohibe que toque a mi esposa. ¡Vaya unas costumbres!

— ¡Oh! ¡oh! pobrecito — repuso la gorda — yo le voy a bajar el gallito... yo...

Y gritó, corriendo el riesgo de amotinar toda la sala:

— ¡Próspero!... ¡Próspero! ¡Socorro!

Sin saber de donde salía, surgió de pronto la alucinante silueta de un señor interminablemente largo hasta la transparencia, armado, al cabo de un brazo de dos metros, de una mano chata y seca como esas palmetas de lavadero, y sin reparos, con un movimiento de catapulta, la descargó sobre la mejilla del señor Grandbois, tendiéndole, para no perder un instante, con la otra mano la tarjeta con sus señas.

La cara del ofendido se hinchó en el acto mientras descifraba, espantado, el nombre de la tarjeta:

Próspero Mistofle

NEGOCIANTE

Fué así como Enrique Grandbois, que desde el comienzo de la gran guerra no había tocado un florete, tuvo su primer duelo. El marido de la gruesa señora tan susceptible (porque habréis adivinado sin esfuerzo que Próspero Mistofle estaba agregado en calidad de marido a esta señora) no era más fuerte que Grandbois en el terreno del honor, pero tenía sobre él una innegable ventaja. No teniendo casi volumen, no ofrecía ninguna superficie a los golpes de su adversario. Los testigos de este duelo tuvieron la impresión de asistir a una lucha entre un melón y un cuchillo. Los golpes del señor gordo se perdieron en el aire. Los del adversario flaco encontraron un blanco magnífico. Al cabo de un minuto la sangre del señor Grandbois surgió profusamente. Lo llevaron a su casa y allí estuvo quince días entre la vida y la muerte antes de entrar en una convalecencia que duró 3 meses.

Durante ese tiempo Isabel fué heroica. Se abstuvo de bailar. Pero cuando el enfermo se hubo restablecido y los dos volvieron a sus antiguos quehaceres, la joven esposa con amable tenacidad y como continuando una conversación interrumpida, dijo a su caballeresco cónyuge:

— «Mi querido Enrique: mide hoy donde te condujo tanta obstinación. Si hubieras sabido bailar no hubiera necesitado de los servicios de un profesional y la señora de Mistofle no se hubiera molestado ni tampoco su marido te hubiera provocado como lo hizo. Queriendo arreglar las cosas, mira lo que he hecho: El pequeño López te dará lecciones... ¡No sabes cuán complaciente es este muchacho!... Fíjate que me ha dicho: «Ya que fué en parte por mi culpa que su marido estuvo a punto de morir, voy a hacerle un precio de amigo. Le cobraré sólo ciento cincuenta francos por hora». ¿No te parece bien el arreglo? Al fin de cuentas, salimos ganando.

FRANCIS DE MIOMANDRE

DIBUJOS DE MACAYA

Inauguración de la estatua de don Facundo Zuviría, acto al que asistieron el primer mandatario, las autoridades, numeroso público y los doctores Raúl Zuviría y Gustavo Martínez Zuviría, descendientes del prócer.

El gobernador de la provincia, doctor Adolfo Güemes, acompañado de sus ministros y el jefe de policía saliendo de la catedral después de asistir al tedéum con que se conmemoró el 110.° aniversario de la batalla del 20 de febrero.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

EL REY NICÉFORO, *por José María Salaverría.* — Nuestro distinguido colaborador, según él mismo nos previene, escribió esta novela hace algunos años, antes de la guerra, la tuvo guardada desde entonces, y ahora la publica por creer que no debe condenar al olvido una obra que en cierto momento de su vida llenó todo su ser. Ha hecho bien el señor Salaverría en hacernos conocer a su rey Nicéforo, porque es un personaje digno de ser conocido. No sabemos si el señor Salaverría quiso, cuando escribió su novela, satirizar la vida política y social de España en ese tiempo; y, caso de haber sido ello así, ignoramos también hasta qué punto la sátira conserva hoy filo y punta; pero sí sabemos que la lectura de *El rey Nicéforo*, el que quiso socializar a la manera quijotesca, hace pensar así en cosas de carácter general, como en cosas particularmente españolas. Sin insistir en grado de hacer perder a su libro el carácter de novela, el señor Salaverría, no diremos que plantea, expone problemas sociales y políticos de aquellos que antes como después de la guerra eran y siguen siendo preocupaciones dominantes de gobernantes y gobernados. La acción novelesca es, naturalmente, sencilla; pero las figuras, en especial las de personas del pueblo, tienen mucho relieve y vigor. A las veces paladea el lector cierto saborcillo galdosiano que resulta muy grato y dice mucho de las facultades del señor Salaverría como autor descriptivo. En suma, *El rey Nicéforo* es una novela seria y entretenida al propio tiempo, que es precisamente como deben ser las novelas de esa índole. En cuanto a las cualidades intrínsecas del señor Salaverría como escritor, es ocioso señalarlas, pues los lectores de CARAS Y CARETAS las conocen y aprecian bastante, y desde hace mucho tiempo.

LA CIUDAD UNICA, *por W. Jaime Molins.* — Al autor podría tal vez aplicársele un calificativo feliz, aunque algo vago, inventado por el doctor Ricardo Rojas: es, intelectualmente hablando, un *eurindio.* Posee amplia cultura europea y ama con sinceridad las cosas de las Indias, esto es, las cosas de la América aborigen y colonial. No es de esos americanistas librescos cuyo entusiasmo por las Indias se acaba cuando se dan cuenta de que las ciudades más característicamente eurindias carecen de buenos hoteles con baño para cada cuarto; ni es de aquellos indianistas de gabinete que, cuando van a Potosí o al Cuzco, se sienten molestos porque hay muchos indios. El autor de este libro sobre la Imperial Villa tiene afectos que resisten triunfalmente a las deficiencias de los hoteles y a la abundancia de indios, y a esos afectos se une una preparación histórica suficiente para embridar una imaginación rica y cálida. Y pocos temas podía haber escogido el señor Molins tan adecuados a su idiosincrasia intelectual como este de Potosí, ya tratado por varios escritores de renombre. Durante la colonia, y particularmente en las postrimerías del siglo XVI, la historia de Potosí parece la historia de alguna ciudad italiana del Renacimiento, tanto se exacerbó el individualismo de sus gentes, individualismo inconscientemente paganizado, en especial por el ansia de apurar los goces de la vida, pero que siempre conservó muy arraigada la tendencia mística a acabar los últimos días pidiendo el perdón de sus pecados, a la sombra de la Cruz. En las guerras de la Independencia, Potosí, como todo el mundo sabe, tuvo papel muy importante, y Buenos Aires quiso recordarlo perdurablemente dando su nombre a una de sus principales calles, homenaje que, ¡ay!, como tantos otros, no ha resistido a la novelería de cambiar nombres a las calles a cada triquitraque. Menos mal que la de Potosí se llama ahora de Alsina; pero ha habido otros cambios que... Bueno; el señor Molins ha escrito sobre Potosí un libro lleno de interés, de interés inteligente y cariñoso por esa ciudad ilustre entre las más ilustres de la América española, cuyo nombre fué y sigue siendo símbolo de esplendor y riqueza. ¿Habremos de reprochar al señor Molins que tal cual vez se deja llevar de un lirismo que parece un poco fuera de lugar? Seguramente no, porque ese discreto lirismo no hace daño a nadie y no quita un tomín al peso de los méritos de esta nueva obra del distinguido y sincero eurindio que es el señor Molins.

EL COMITÉ, *por Ciro Torres López.* — La caricatura política literaria es, sin duda, uno de los géneros más difíciles, y se torna más difícil aún cuando de meramente literaria pasa al escenario. No sabemos si el señor Torres López ha escrito esta comedia para que sea representada; pero, después de leída, se nos ocurre que nada ganaría con serlo, sobre todo si se tiene en cuenta la dificultad de encontrar cómicos tales como el autor los desea. Leída, esta caricatura política de ambiente provinciano resulta muy entretenida, y nos deja ver ciertos aspectos de la vida política en los pueblos, que no por cómicos dejan de ser harto inquietantes. Es posible que escritores como el señor Torres López contribuyan, con su fusta satírica, a mejorar esas costumbres.

EL CÓDIGO PENAL Y SUS ANTECEDENTES, *por Rodolfo Moreno (hijo).* — Las obras de jurisprudencia, casi siempre monumentales, nos inspiran un respeto que se nos antoja análogo al que nos inspiraría la contemplación de las pirámides de Egipto: no sabemos qué admirar más, si la grandeza de la construcción en sí misma, o el inmenso esfuerzo que ha exigido. Y, es claro, sobrecogidos de respeto, llenos de admiración y, además, completamente ignaros, tanto en el arte de construir pirámides como en la ciencia de la jurisprudencia, nos limitamos a respetar y admirar. Así con esta obra del doctor Moreno, cuyo prestigio como jurisconsulto no ha menester, por cierto, ser reforzado con nuestro aplauso, débil eco del regocijo con que los estudiosos han recibido la publicación de su monumental obra sobre el Código Penal y sus antecedentes.

BIBLIOGRAFÍA

FOLLETOS:

Colegio Marcos, de la Asociación Protectora de hijos de agentes de policía y bomberos de la capital. Memoria anual. Ed. imprenta C. López y Cía. Buenos Aires.

El Trust Joyero Relojero. Elegante y cuidadosamente ilustrado en colores apareció de esta casa el catálogo H. Ed. Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos. Buenos Aires.

REVISTAS:

Boletín de la Liga de Empleados Civiles Nacionales. Año I. Número 5. Buenos Aires.

Israel. Año VI. Tomo VII. Número 337. Buenos Aires.

Fortituto. Año II. Número 16. Buenos Aires.

La Idea. Año I. Número 16. Curuzú-Cuatiá.

Renovación. Año I N.º 1. Buenos Aires. Nueva publicación de ideas, libros y revistas de la América latina, que con acierto dirigirá el periodista Gabriel S. Moreau.

La Quena. Año IV. Número 13. Buenos Aires.

Apicultura. Año II. Número 16. Buenos Aires.

Impuesto Unico. Año II Número 15. Buenos Aires.

Legislación del Trabajo. Año I. Número 2. Buenos Aires.

El Avisador Mercantil. Con motivo de haber entrado en su vigésimoquinto aniversario este diario bursátil ha editado un número extraordinario de abundante material y seleccionados temas. Buenos Aires.

Agricultura y Ganadería. Año IX. Número 476. Buenos Aires.

Ciencias Médicas. Año V. Tomo V. Número 57. Buenos Aires.

Asociación Argentina Criadores de Cerdos. Año I. Número 6. Buenos Aires.

ANUARIOS:

Instituto Argentino de Artes Gráficas. Memoria correspondiente al ejercicio fenecido del año 1922. Ed. Taller Escuela del Instituto. Buenos Aires.

MUSICA:

Pimpollos Rotos, tango para piano, original del compositor Pascual de Gregorio y letra del poeta Enrique F. Dhéréte. Bánfield.



RAWSON. — Paseo campestre ofrecido por el Club Social a las familias de sus asociados.

LA GEOFAGIA SE IMPONE

Resulta ahora, si hemos de creer al doctor Blob, notable cirujano francés, que la tierra es uno de los alimentos más sanos; la cuestión es acostumbrarse a comerla.

Después de todo, la geofagia, o costumbre de comer tierra, está más extendida de lo que pudiera creerse. En América hay muchos pueblos indígenas que comen arcilla, y en el territorio de Hola, en la India, hay una tierra negra que, mezclada con hierba y hojas picadas, se considera como una golosina.

Pero aun hay más: la profesora miss Herman, de la Universidad de Michigan, asegura que ha de llegar el día en que toda nuestra comida se hará a base de tierra, y que cuando un hombre quiera comer sólo tendrá que coger una paletada de tierra y echarla en una máquina que, por efecto de la luz solar concentrada, con sólo dar vuelta a un manubrio soltará un chorro de sustancia nunutritiva, agradable al gusto y fácil de digerir.

Todavía va resultar que los famélicos rusos, que vienen comiendo tierra desde hace largos meses, son dignos de envidia.



CARAS y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

UTILIZACION DE LOS JACKS Y PLUGS EN LOS AMPLIFICADORES

Cuando se posee una estación receptora con amplificadores, resulta muy cómodo para el operador poder pasar del detector a los amplificadores, ya sean éstos de alta o de baja frecuencia, con rapidez.

Esto puede hacerse gracias al sistema de los jacks y plugs, que son generalmente conocidos por todos los aficionados, pero cuya colocación en un circuito constituye siempre una dificultad.

Existen varios tipos de jacks según los usos a que estén destinados, pero el más empleado es el que representa la figura N.º 1.

Consta de cuatro planchuelas elásticas montadas sobre un soporte metálico que lleva un tornillo por medio del cual se fija al tablero del aparato.

Las cuatro planchuelas están aisladas una de otra por medio de espaciadores de papel o cartón aislante.

Figura 1

Cuando no se utiliza el jack, cada una de las planchuelas internas toca la correspondiente externa, de manera de establecer un contacto perfecto.

Junto con el jack se utiliza el plug, que está unido al teléfono.

Consiste en dos piezas de bronce colocadas una dentro de la otra con una aislación especial, de manera que ninguna de las dos piezas estén en contacto.

A cada una de ellas se conecta uno de los alambres del teléfono, haciendo la unión con atención para evitar que los alambres no se unan, pues el teléfono quedaría en corto circuito.

El tornillo por medio del cual se fija el jack al tablero es hueco y permite que pase el plug, el cual llegando hasta el fondo se introduce entre las dos planchuelas más largas del jack.

De esta manera se separan de las planchuelas internas y cada una de ellas se apoya sobre una de las piezas de bronce de que está formado el plug.

Se comprende fácilmente que si en el lugar que corresponde al teléfono, en el circuito del detector, se coloca un jack, y los dos terminales se conectan a las dos planchuelas externas, en el momento de colocar el plug, al cual está conectado el teléfono, éste queda intercalado en el circuito del detector.

Sabemos que en los amplificadores el primario de los transformadores debe conectarse en lugar de los teléfonos; luego si cada uno de los bornes de éste se conecta a las planchuelas internas, se comprende que en el momento de retirar el plug del jack, las planchuelas externas se pondrán en contacto con las internas y el transformador quedará intercalado en circuito detector.

A su vez el plug que se ha retirado de este jack se colocará en el correspondiente colocado en el circuito de placa del amplificador, y de esta manera tan sencilla se pasa del circuito detector al amplificador.

Para pasar a un segundo amplificador se conectan los dos bornes del primario del segundo transformador a las dos planchuelas internas del segundo jack, de manera que al retirar el plug de éste quede intercalado en el circuito de placa del primer amplificador.

El plug a su vez se coloca en un último jack intercalado en el circuito de placa del segundo amplificador.

Este sistema, además de ser el más rápido, es el que permite hacer dichos cambios con la mayor sencillez al mismo tiempo que con el menor número de conexiones.

Las conexiones se hacen con el jack por medio de soldaduras, ya que dado la proximidad de las planchuelas entre sí es imposible la utilización de tornillos, siendo muy importante que la soldadura sea hecha con todo cuidado, de manera que no queden las planchuelas en corto circuito, aconsejándose para esta clase de soldaduras una pasta metálica que se aplica sobre el punto a soldar y que luego se funde con la llama de un fósforo.

Como resulta muy cómodo poder encender el audión al mismo tiempo que se coloca el plug en el circuito de placa del detector o de los amplificadores, existen en plaza jacks con dos planchuelas más, que corresponden al circuito del filamento.

Cuando se introduce el plug y las planchuelas exteriores se separan, una de éstas, que lleva fija un pernito, empuja hacia arriba una de las planchuelas del circuito del filamento, hasta que entra en contacto con la otra, de manera que se cierra el circuito y se enciende el filamento.

Sin embargo, si bien esto presenta una comodidad, es preferible el empleo de una llave o reóstato para cada filamento, pues el número de conexiones aumenta considerablemente si se tiene en cuenta que al introducir el plug en el segundo jack no sólo debe encenderse la lámpara amplificadora sino que también la detectora, y que al hacerlo en el último jack deben encenderse las tres lámparas.

Con los amplificadores de alta frecuencia se pueden emplear jacks para pasar de un amplificador a otro según la distancia a que está la estación que se desea escuchar, pero con la diferencia de que en lugar de estar intercalados en el circuito de placa de cada lámpara lo están en el circuito de reja.

Como lo indica el esquema de la figura N.º 2 se conecta un cordón flexible en el circuito de reja del detector, colocándose en la otra extremidad un plug perfectamente aislado.

Los dos conductores que unen la bobina con el amplificador se unen a las planchuelas externas del jack, de manera que al introducir el plug del detector ésto quede conectado directamente sobre el circuito de antena, y no se utiliza el amplificador de alta frecuencia.

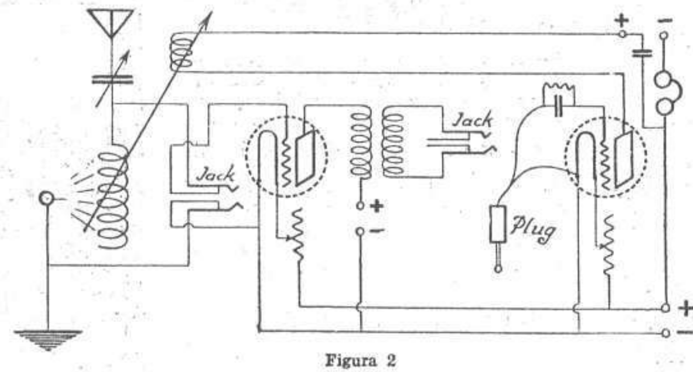


Figura 2

Las dos planchuelas internas se conectan respectivamente a la reja y a un borne del filamento, de manera que al retirar el plug el circuito de sintonización quede conectado directamente sobre la lámpara amplificadora.

En el circuito de placa de ésta se encuentra el primario del transformador, sobre cuyo secundario debemos conectar el detector.

Para este fin se utiliza otro jack, uniéndose los dos bornes del secundario del transformador a las dos planchuelas externas del jack, de manera que el circuito de reja quede cerrado a través del secundario del transformador por medio de éste.

Como se habrá notado, una de las planchuelas exteriores es más larga que la otra, para que cada una haga contacto sobre las dos piezas de bronce del plug, de manera que es muy importante saber a cuál de estas piezas se ha conectado el conductor que corresponde a la reja, de manera que la planchuela del primer jack, que está conectada a la antena, y la del segundo, al borne del secundario del transformador que corresponde a la reja, se una a ésta directamente, pues de otra manera se obtendrá un pobre rendimiento.

Nuestros pequeños visitantes



Nilda Lusso, de dama antigua. Amelia Magdalena Rossi, de holandesa. Orlando Di Justino, de baturro. Ermelinda Ofelia Jiménez, de india. María Luisa Romero, de maja. Irma Ferreira, de manola. Norma Battino, de sultana.








Teresita Briano, de Legión de Honor. Zulema Poretti, de aldeana italiana. Alicia E. Poretti, de pierrot. Horacio Pinola, de boxeador. María L. López, de gitano. Blanca N. Marasco, de zingara. Zulema R. Libertella, de manola.







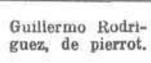
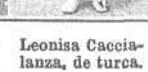

Dardo Alfredo Sarlo, de «loco de la galera». Carmencita Urquiza, de apache. Eduardo Jonquieres, de baturro. María L. Aceto, de fantasía. Obdulia Trotola, de margarita. Corina E. Fulchi, de dama antigua. Ignacio del Prado, de billiken.








Abraham Schijman, de marqués. Jorge Rubén, de enano. Roberto M. Acuña, de torero. Eugenio Parada, de turca. Ilda Lontano, de gitana. Edelweiss Pisani, de fantasía. Delia Ayeta, de odalisca.




Juan E. Leberat, de pierrot. Guillermo Rodríguez, de pierrot. Margarita Badasso, de holandesa. Leonisa Caccialanza, de turca. Beatriz E. Fernández, de aldeana gallega. María E. Argüello, de egipcia. Gregorio A. La Mónaca, de pierrot.

Nuestros pequeños visitantes



Jorge O. Melo, de pierrot.

Benedito E. Sosa, de Cupido.

Juan Casagrande de Napoleón.

Zulema Inggenieri, de mariposa.

Rosendo Martínez, de maragato.

René O. Demarco, de bretón.

Carmen Zulema Spinelli, de fado.








Dora Casalini, de egipcia.

E. Sánchez, de dama andaluza.

Julio Iglesias, de militar.

Irma S. Rumbo, de rosa.

Eduardo Lavoraño, de pescador.

Ramón Laguna, de polichinela.

Arnaldo O. Martinez, de apache.








Reinita Colombo, de billiken.

Manuel G. Viñas, de gaitero.

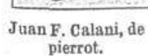
Matilde C. Arnaud, de esclava.

Nélida T. Rial, de aldeana gallega.

Romeo R. Rial, aldeano gallego.

Cleria Rey, de gitana.

Angélica A. Romero, de margarita.







Juan F. Calani, de pierrot.

Mercedes Aloes, de odalisca.

María Pesane, de pierrot.

Pepito Carvajal, de pierrot.

Isabel Fraga, de pierrot.

Amelia M. Garbutti, de ventana.

Nélida E. De Rose, de Carlitos.








Carmen M. Yannoni, de Pompadour.

Nora Norma, de tejedora.

María E. Borton, de almohadón.

Delia Meléndez, de odalisca.

Francisco Borcaccorso, de baturro.

René Gallardo, de confetti.

Arturo T. Coco, de baturro.

Nuestros pequeños visitantes



Nélida, Clelia y Ricardo Rimoldi Ciapparelli, de bailarinas y pierrot.

José Suárez, de pierrot.

Alicia Angulo, de rosa.

Juan Carlos Felippichfch, de pierrot.

Carlos D. F. Caggiano, de arlequín.

María Maffoni, de globera.



Hortensia, Ernestina, María E., Florentina y Nélida Rinaldi, de marquesas, napolitana, fado y fantasía.



Angela, Josefina y América Oliveira; Ilda Bellini y Lucía Mancuso, de fantasía.



Laura Andrada, Elvira R. Agale y Nélida Galdi, de bailarina, mascota y girasol.



Julia Taburet, de mariposa.



Oscar Arroyo, de torero.



Pura y Antonio Puga, de fantasía y pierrot.



Amelia Jorio y Mercedes Catalán, de holandesa y Pompadour.

Elsa Aída Alvarez, de pierrot.



Elvira E. E. Fernández, de turca.



Cesáreo Alvarez, de soldado.

Jorge Ledesma, de cocoliche.



Angelita Blanco, de fantasía.

Edgard H. Amaré, de arlequín.



Miguel A. C. Calcagno, de baturro.

Severino I. M. Vindel, de Robespierre.



María A. Gurliddo, de pierrot.



Concepción Rocco, de paje Luis XV.

Agustín A. Frugoli, de mariposa.



Esther Defelipe, de sultana.



María L. Grippi, de fantasía.



Juan José Margarit, de canillita.

Angelita. P. Carbonell, de fantasía.



Angel Marchetti, de mariposa.

Nuestros pequeños visitantes



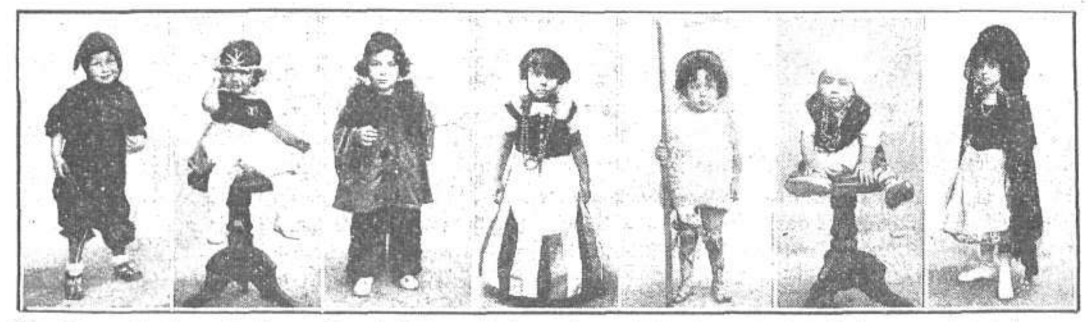
Lucía Frecero, de perlas luminosas. José R. Ferreyra, de baturro. Josefina C. Gracioso, de reina de Saba. Oscar H. Mas, de coronel del ejército español. Leonor M. Garay, de dama antigua.



L. Tiraboschi De Campo, de samaritana. Araceli Imelda Palazón, de Salomé. Olga M. Rodríguez, de «Caras y Caretas». Carlos A. Villarruel, de pierrot. Eduardo Riscosa, de pierrot.



Lilia y Sarita Sclavuno, de hada y holandesa. Leonor Devoto, de fantasía. Mechita Vacas, de dama antigua. Juan C. Ruegas, de pierrot. Odila y Domitila Mouriño, de bailarinas.



Eloy Gómez, de diablito. Laura A. Garay, de bailarina. Dora N. Bellizzi, de pierrot. Magdalena I. Sívori, de alsaciana. Ornna Irasta, de San Juan Bautista. Lola J. González, de alsaciana. Isabel Forteza, de maja.

Comentarios



Cierto infeliz gramático,
cachazudo y linfático,
se ha sentido convulso
y ha comprobado, inquieto,
que se le altera el pulso.
Y diremos por qué. No es un secreto.
— Como hay — piensa — en los textos escolares
verbos irregulares,
los tendremos, de fijo, que sacar.
La tarea es terrible;
pero ¿cómo dejarlos? ¡Imposible!
Marcó no quiere nada irregular.

* * *

— Sabe que se morirá.
¡Y tiene una pesadumbre!
— Es la falta de costumbre;
pero se acostumbrará.

* * *

Ser algo más que Homero quiere un mozo,
a quien apenas si le apunta el bozo;
y ya escribe unos versos sorprendentes
por lo fosforescentes.
— Imitarán a Homero los serviles —
dice — y yo de imitarle me avergüenzo.
Yo no canto la cólera de Aquiles,
sino la de Matienzo.

* * *



Pregunta el señor feudal
a un labrador marrullero:
— ¿Eres soltero?
— Soltero.
— ¿Usas zapatos?
— No tal.
— ¡Quién me dijera que yo
envidiara tu fortuna!
Porque tú, sin duda alguna,
eres muy dichoso.
— No.
Y el señor feudal, furioso,
grita:
— Ya lo oís, vasallos;
no tiene mujer ni callos,
¡y dice que no es dichoso!

* * *

— Seré — murmura Elpidio emocionado —
presidente interino. Ya he tomado
las mil disposiciones
que se toman en estas ocasiones.
Estoy, pues, preparado.
Luego, mientras apunta
en un cuaderno datos peregrinos,
una voz conocida le pregunta:
— ¿Necesita ministros interinos?

* * *

Fuente de inspiración busca el poeta
y la busca el banquero
y el mismo anacoreta
y el mismo peluquero.
Loza ya la encontró, Loza que goza
de fama que se extiende y que se agranda.
¿El ministerio en el que Loza manda,
no es la fuente de Loza?

* * *



— ¡Lo que allí me divertí!
A Mar del Plata llegué
y, una vez que estuve allí,
cuanto tenía perdí.
— ¿Y cómo volviste?
— A pie.

* * *

— Transpira todo el mundo.
— Ya lo veo.
— Esta temperatura es un horror.
He visto a un esqueleto del museo
traspirando también. ¡Si hará calor!

* * *



— Al ver que todo es vil prosa,
recorro la población
en busca de cualquier cosa
que me produzca emoción.
A la emoción me abandono
con un placer infinito;
y, después que me emociono,
como con más apetito.

* * *

— Tiene muy mal semblante.
— ¿Y por qué hará esas raras contorsiones?
— Será porque le duelen los riñones
o porque está buscando un consonante.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Poemas en prosa: La suerte del hombre bueno, por **Pedro Miguel Obligado.** La mujer a quien asesinaron sus fantasmas, por **Joaquín E. Linares.** Parábolas de la mujer fea, por el **Vizconde de Lascano Tegui.** Don Juan y don Arturo, por **Francisco Grandmontagne.** Patricia, por **F. Defilippis Novoa.** El hijo perdido, por **Samuel E. de Madrid.** Tomasa Vélez, por **Alberto Meyer Arana.** El quinto bandido, por **H. Steevens.** Escenas de la vida, por **Giovanni Verga.** El secreto de Loveday, por **L. I. Beeston.** El pañuelo de lunares, por **William Le Queux.** La tragedia del corral, por **Alvaro Retana.** Sol y sombra, por **Luigi Pirandello.** El visitante nocturno, por el **ex policía Duncan.** Hombres célebres: Miguel Angel, por **Eduardo del Saz.** El bachillerato nocturno, por **Florencio Garrigós (hijo).**